This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Barra-Mis Impresiones y mis Vicisitudes

1878.

Geog 4228 73

HN UPHI 1

WIDENER

Geog 4228.73

HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCCVIII

MIS IMPRESIONES

Y

MIS VICISITUDES

EN MI VIAJE Á EUROPA

Pasando por el Estrecho de Magallanes

Y en mi escursion á Buenos Aires

Pasando por la Cordillera de los Andes

POR

MAIPINA DE LA BARRA, VIUDA DE COBO

Piqueras Cuspinera y Ca., Editores
Buenos Aires: calle de Cangallo, Nos. 285 y 287;
Montevideo: calle 25 de Mayo, No. 343

BUENOS AIRES

Imp. de LA AMÉRICA DEL SUR, calle Alsina 111.
1878.

~~Geog 4268.73.7~~

HARVARD COLLEGE LIBRARY

OF

ARCHIBALD CARY COOLIDGE

AND

CLARENCE LEONARD HAY

Apr. 7, 1909

Geog 4228.73

ADVERTENCIA

DE

LOS EDITORES

No obstante el modesto título con que la Señora Doña Maipina de la Barra encabeza su libro, éste es de un valor inapreciable. Son sus impresiones de viaje y sus vicisitudes, ó mas bien, sus impresiones de viaje y una de las mayores amarguras de su vida, acaecídole al regresar á Chile, su patria; y aunque es un trabajo dedicado á las Damas argentinas en particular, debe estimarse como un *libro de moral y educacion, dedicado á las Madres de familia en general.* (1)

La Autora narra con la mayor sencillez y elevacion de sentimientos todos los incidentes que tienen lugar durante sus viajes, todas sus impresiones. Ella se introduce en el seno de las sociedades, observa y

(1) Y ésta es la razon porque nuestra Casa, que no publica sinó las obras de los escritores de universal reputacion, ha editado con el mayor gusto la de la Señora de la Barra.

y cuenta con recta crítica los usos y costumbres de los pueblos por donde pasa; visita sus establecimien tos públicos de beneficencia, de artes y de instruccion, y aprende así á conocer el progreso moral y material de las mismas.

En los diálogos que sostiene con su hija (con quien viaja) y en los razonamientos que dirije á las madres de familia, así como en los soliloquios que ella tiene, campean los principios evangélicos, cuya moral forma la base de todos sus actos y discursos, de la educacion dada á su hija y de la que aconseja dar á las suyas á las madres de familia.

En nuestro concepto, uno de los grandes méritos de esta obra consiste en que es un fiel relato de lo que á su Autora le ha ocurrido. Por eso las descripciones que hace de los sitios por donde pasa y de las cosas que examina son tan sencillas, tan naturales, y frecuentemente tan sentimentales y sublimes.

Al hablar de las personas, nunca se ocupa de la belleza física, sino de la belleza moral. Al tratar de las sociedades y sus costumbres, prescinde del lujo y de las superfluidades, y atiende solo á su estado moral, intelectual y material. Para ella la riqueza por sí sola es (como deberia ser para todos) secundaria: una familia que habita un palacio, no es á sus ojos, por este solo hecho, más digna que la que habita una cabaña; y fundada en la fraternidad evangélica, atiende solo al mérito personal, á la pureza de sentimientos, á la

bondad de corazon: así la vemos filosofar con tanta elevacion despues de un interesantísimo coloquio habido con la esclava Hortensia, en el Brasil, á quien con justicia llama *sublime criatura*.

En el primer diálogo con su hija, en el Estrecho de Magallanes, se vé á la madre fuerte preparando con saludables consejos el corazon de la jóven, para que en caso necesario pueda triunfar de las dificultades de la vida práctica. Es una leccion que deberian repetir incesantemente todas las madres de familia, á fin de arraigar en el corazon de sus hijas la modestia, la laboriosidad, la resignacion y la caridad.

Si de este primer diálogo pasamos al segundo, habido en las aguas del Atlántico, vísperas de llegar á Europa, observaremos con qué admirable fuerza de raciocinio prueba la Autora á su hija la existencia del alma despues de la muerte, y la razon de las comunicaciones de ultratumba. Conmovida la hija por la conviccion que tales razonamientos llevan á su ánimo, pregunta á su madre:

—*¿Dónde has leido tan saludables principios?*

—*En el libro de la* Meditacion en la grandeza de Dios—*le contesta ella.*

—*¿Y cómo no me lo has dado á leer—replica la hija—para que yo aprendiese por mí misma?*

—*Hace diez y seis años que está abierto ante tus ojos materiales, y tú no has fijado aún en él tu vista.—Este*

libro no está impreso, hija mia, sinó escrito por la mano del Hacedor mismo. Su primera parte es la Creacion, con todas las leyes que la rigen; su segunda, es el corazon humano, con todas las pasiones que lo dominan.

Si fijáramos atenta y desapasionadamente nuestra consideracion en las obras de Dios, veriamos claramente que entre el Universo y la Humanidad existe una perfecta armonía, que responde y camina siempre hácia el bien. Por consiguiente, toda ley, ya física, ya moral, que no responda á esta armonía universal, que no responda al progreso y bienestar de la Humanidad, y sobre todo, que no presente al Sér Supremo infinito en todas sus perfecciones; *no es ley de Dios, sino ley de los hombres, y fruto de sus bajas pasiones.*

Así pues, sucede, hija mia, que donde muchos no ven en Dios mas que un sér iracundo, vengativo, cruel é implacable, yo veo un Padre amorosísimo, lleno de ternura, de bondad y de perdon; y donde muchos no ven en los padecimientos de esta mísera vida mas que los efectos caprichosos de la injnsticia divina, yo veo patentemente nuestra próxima redencion.

Medita, pues, hija mia, sobre las obras de Dios, y aprende á considerarlo en todas las cuestiones bajo el prisma de su grandeza infinita, y tù estarás en la verdad, y tú serás buena hija y buena esposa y buena madre, y tú sabrás inspirar á tus hijos sentimientos caritativos, únicos que han de regenerar á la Humanidad.

Así se expresa á cada paso la modesta cuanto ilustre Autora.

Al tratar de la educacion (*fundamento de todo progreso,* como ella la llama) entra en consideraciones filosóficas de mucha elevacion; compara los tiempos primitivos con los que precedieron al Cristianismo y con los presentes, y prueba que la educacion basada en los principios evangélicos y unida á la instruccion, ha regenerado y sigue regenerando á la Humanidad; de donde deduce la imprescindible necesidad de educar é instruir convenientemente á la mujer.

Enumerar todas las bellezas que este libro contiene, seria empresa difícil; basta decir que encierra multitud de profundas concepciones y trascendentales principios, expresados con la mayor sencillez, ternura, candor y elevacion de sentimientos, estilo propio y conveniente para la educacion de la juventud.

Cada plegaria, de que está sembrado el libro, es un modelo de oportunidad, de expresion, de sentimiento y de acendrada fé en la proteccion divina.

Por eso su lectura es atractiva, seductora, y una vez empezado á leer el libro, se sigue con avidez, y ya no se deja hasta el fin.

En todo el curso de la obra, ya se trate de cuestiones psicológicas, ya sociales, ya artísticas, ya de costumbres, se observa una real y constante aspiracion á la perfeccion, ó lo que es mas exacto: un vehemente

deseo de progreso y un profundo amor á la Humanidad.

Pero donde más se revelan los sentimientos esquisitos y el amor de madre de la Autora, es en la segunda parte del libro, al separarse de su hija, único vástago que le quedaba y en quien cifraba toda su felicidad.— Renunciamos al placer de trascribir aquí algunos párrafos relativos á tan dolorosa separacion, porque no creemos conveniente anticipar al lector emociones que solo deben sentirse en aquel momento.

Finalmente, el pasaje de la Cordillera está descrito con tantos y tan interesantes detalles, que reputamos inmejorable su descripcion.

« *Por esa cadeua de los Andes—dice la Autora—tan renombrada en todo el mundo como una maravilla geológica, y tan justamente temida por los peligros que su pasaje ofrece; yo, débil mujer, quebrantada de salud, sola, y cadá vez mas sola (segun el mundo lo entiende), sobreponiéndome á todos los elementos, iba á pasar..... sin conocer bien el término de mi viaje, sin mas objeto que huir de mi desventura, sin otro norte que me guiara que aquella voz íntima que á cada paso resonaba en todo mi sér repitiéndome*: Hija mia: resígnate á tu infortunio, es tu destino, tú lo has querido, no desmayes, ten fé en Dios, Èl premiará tu sacrificio, Èl te salvará, ten valor."

Refiere la Autora, que, despues de sostener un rudo combate entre la vida y la muerte, pues que á medida que ascendian la montaña iban encerrándose en mayores precipicios, al llegar á la cumbre se quedó abismada á la vista de la inmensidad. Su alma se reconcentra, su pensamiento se eleva al cielo, y, arrobada en la contemplacion de un espectáculo tan magestuoso, exclama:

«*¡Señor!*

«*Cuando desencantada de la ficcion mundanal fijo mi vista en el espacio inmenso, y contemplo el curso eterno de los astros, su vertiginosa celeridad con la precision de tan colosales movimientos, su asombrosa magnitud, su número infinito, y comprendo, aunque imperfectísimamente, la grandiosidad de tu Creacion, ¡cuán sabio, cuán poderoso, cuán justo y cuán misericordioso te concibo, Dios mio!..... y cuán ignorantes, cuán débiles, cuán injustos y cuán pequeños vèo que somos nosotros! Entónces, Señor, siento en mi pecho una fé inestinguible, y creo firmemente en que no me abandonarás, porque Tú, que eres Padre infinitamente clemente, no puedes abandonar á ninguna de tus criaturas*».

Concluimos reproduciendo las palabras que dijimos al principio, á saber; que aunque este libro es un trabajo dedicado á las Damas argentinas en particular,

debe estimarse como un *libro de moral y educacion dedicado á las* MADRES DE FAMILIA *en general*, porque puede y debe servir de norma para la educacion de la familia, especialmente del sexo femenino.

Los Editores.
PIQUERAS CUSPINERA y Ca.

DEDICATORIA

A LAS DAMAS ARGENTINAS

Al dedicaros mis IMPRESIONES y MIS VICISITUDES, nobles Argentinas, y con especialidad las que habitais esta hermosa ciudad de Buenos Aires, lo hago no solo inspirada por un sentimiento de simpatia hácia el bello sexo, sinó para demostraros mi reconocimiento por las manifestaciones de aprecio que de vosotras he recibido, manifestaciones que tanto halagan al corazon humano, y que tanto necesita una señora viuda y sola en esta Tierra.

No pretendo ser escritora. Al hacer este trabajo, tan solo me propongo fomentar el desarrollo de elevadas ideas que muchas de nuestro sexo guardan ocultas en el fondo de su pecho, y á las cuales no dan expansion, tal vez por un falso temor á la pública crítica, dejando así de manifestar los dones con que la Providencia nos ha dotado. ¡Lástima que no conozcamos bien lo que perdemos en contrariar nuestras bellas inclinaciones!

Seguidme, pues, en MIS IMPRESIONES y MIS VICISITUDES, para que todas alcancemos el anhelado fruto, que es: *comprender cuál es nuestra mision en la vida, para que la aprovechemos cual de nosotras espera Aquel que nos envió para contribuir á la regeneracion universal.*

Sedme, mis amables lectoras, indulgentes para leer esta obrita, que con tanto gusto y afecto os dedica—

Malpina de la Barra,
Viuda de Cobo.

PRIMERA PARTE

MIS IMPRESIONES

CAPITULO I.

Causas que me decidieron al viaje

"No hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz, en la miseria", ha dicho el autor de *La Divina Comedia.* Y tal era el que á mí me afligia al encontrarme viuda, con solo una hija de 16 años de edad por compañera, aislada, casi olvidada, y entregada á la contemplacion de un triste presente y de un nebuloso porvenir, cuyo dolor aumentaba la memoria de mi antigua posicion.

Hallábame á la sazon en Valparaiso. Obligada por las vicisitudes de mi familia á trabajar para ocurrir á las necesidades de la vida, confieso que yo tenia la debilidad de ambicionar, tal vez demasiado, á fin de colocar ventajosamente á mi

hija, cuya educacion habia sido tan cumplida como puede serlo en estos paises; asi es que trabajé con tanto empeño, que en diez años que dediqué á la enseñanza de la música, conseguí tener un regular capitalito, aunque no suficiente para dejar de trabajar, pues los intereses que me producia no alcanzaban á cubrir nuestras necesidades, y mucho ménos bastaban para formar la posicion necesaria para colocar dignamente á mi hija.

Tanta tarea no pudo dejar de producir sus naturalas funestos resultados; mi físico se resintió, y mi espíritu decayó de ánimo, llegando al abatimiento cuando en Chile principiaba la crísis, que cada año ha ido en aumento, y que obligaba á todas las familias á reducir los gastos.

Entretanto, mi pequeño capital iba disminuyendo poco á poco por hallarme achacosa, desfallecida y sin poderme dedicar al trabajo con la asiduidad que lo hacia anteriormente.

Por último, llegamos á una época en que mi hija y yo no teniamos mas amparo que el de la Providencia, y ambas implorábamos la proteccion divina. Mi hija tenia su inteligencia más desarrollada que las niñas de su edad; por consiguiente

era mi verdadera compañera en todo sentido, y ambas reflexionábamos juntas sobre nuestra triste situacion.

Un dia, que asistimos á *las tres horas* de semana santa, yo estuve con mayor fervor, y tal vez pedí con más fé.

Esa enseñanza sublime que encierra cada una de las siete palabras del Salvador en la cruz, por las cuales se consumó el sacrificio de nuestro Cristo, iba inspirándome con una animacion extraña en mí. Yo pedia constantemente que me iluminara en el camino de la vida, pues todo mi deseo era hacer la voluntad del Eterno; pedíale que infundiera en mi ánimo una resolucion clara y terminante sobre el partido que debia tomar en mi difícil situacion, pues no queria bajo ningun concepto hacer nada que pudiera perjudicarnos ni perjudicar á tercero. Pedí á la Madre Dolorosa, que estaba al pié de la cruz de su hijo, que me iluminara en ese dia con su bondad.

Ella me escuchó.

Al salir de la Iglesia iba decidida á realizar mi viaje á Europa, aunque me costara vencer algu-

nas dificultades; y al ir á ponerlo en conocimiento de mi hija, ella se adelantó diciéndome: "Mamá: debemos irnos á Europa; porque Jesús y la Vírgen me lo han inspirado en la Iglesia."

¿Qué podia yo responder á esta sorpresa?

Lo único que hice fué levantar la vista hácia el firmamento, elevar mi pensamiento al Cielo y dar gracias al Eterno por una prueba tan manifiesta de su paternal bondad para con nosotras ¡pobres huérfanas!

Hice, en su consecuencia, mis preparativos sin decir una palabra á nadie. Juzgué deber hacerlo con sigilo, para evitar molestas averiguaciones é impertinentes consejos que en nada harian cambiar mi resolucion.

Rematé mis muebles, y pasé á Santiago para despedirme de mi suegra y de mis demas relaciones diciéndoles que me dirigia al Sud, sin que pudiera prefijar el dia de mi regreso (pues mi ánimo era no volver mas); y dado un silencioso adios á Santiago, y exhalando prolongados suspiros, me restituí á Valparaiso.

CAPÍTULO II

El Estrecho de Magallanes

El dia 6 de mayo de 1873 saliamos de Valparaiso abordo del vapor *Corcovado*.

Ibamos á dejar, quizás para siempre, aquella pintoresca ciudad donde tanto se me habia festejado, donde tanto se me habia favorecido, donde tantas y tan contrarias emociones habia yo experimentado.

Sin embargo, al embarcarme sentia un bienestar inexplicable; mi respiracion era franca, expedita, grata; mi ánimo, tranquilo; hallábame, en una palabra, contenta, no obstante que por momentos pensaba que á cada vuelta del hélice podiamos fracasar y quedar sepultadas en el fondo de los mares.

Me admiraba de encontrarme alegre, á pesar de los tristes presagios que me habian hecho algunas personas timoratas con quienes en otro

tiempo habia consultado, pues me decian que no pensara en ir á Europa, á esos paises *tan herejes*, á esos paises *sin religion*. Yo les contestaba, que la ley de Dios era igual en todas partes; y que inspirándome en la doctrina del Cristo, en todas partes estaria yo bien.

Apénas alejados de la costa, quise posesionarme de los compañeros de viaje que fueran más cerca del término del mio; yo, aunque me dirigia á Génova, solo habia tomado pasaje hasta Lisboa. Mi idea era buscar una persona que nos indicara los incidentes que tienen lugar en la travesía.

Fijéme en un señor de edad avanzada que estaba sentado en cubierta cerca de mí, y me parecia estar algo enfermo, pues estaba solo, meditabundo y tosia con tenacidad. Llamábase señor Corradi.

Aquí me dirijo (pensé en mi interior) y le pregunté si estaba enfermo.

—Si, señora, me contestó; yo me dirijo á mi país en busca de la salud.

—¿Cuál es el país de Vd.?

—Turin.

—Pues yo voy á Génova, donde está mi madre.

—Entónces podremos ir juntos la mayor parte del camino.

—Con mucho gusto, caballero, no sabe Vd. el servicio que me hace; en cambio yo atenderé su salud, pues algo entiendo de medicina doméstica, cuyos sencillos remedios suelen ser los mejores.

—Le estoy muy agradecido, señora.

Pocos instantes despues, vino una niñita, como de ocho años de edad, que una sirvienta acompañaba; y supe por este señor que era su hijita; que habiendo él quedado viudo, no queria dejarla en Chile con los abuelos.

Todas estas impresiones me eran gratas y me animaban, haciéndome presagiar un feliz viaje.

Al dia siguiente llegamos á Coronel, despues de haber pasado una noche no muy halagüeña, pues hubo bastante mar, y nos vimos obligadas á pasar el mareo en el camarote. Ávidas, pues, de descanso y de alimento, desembarcamos y fuimos en busca de un hotel; mas en el trayecto encontramos á un antiguo amigo, que lo fué tambien de mi padre, y que á la sazon se hallaba allí de capitan del puerto, D. M. Hurtado, y nos hizo ir á comer á su casa, donde pasamos la no-

che en compañia de su hija Edelmira, jóven muy cumplida que tendria la misma edad que mi hija. Allí pasamos agradablemente la velada, pues ella tocó con su padre, á dos guitarras, bonitos trozos.

En ese puerto tan solo, pequeño y triste, encontrar personas tan ilustradas, y una niña de tantas prendas, de tanto mérito, digna de brillar en estensa sociedad, nos hace comprender á cada paso las contrariedades de la vida. De buenos sentimientos, ilustrada, pues su conversacion era amenísima, bella, simpática y con esa naturalidad que tanto atrae, ¿qué porvenir le espera á esa niña tan llena de buenas cualidades?—Tal vez se unirá á un sér que no sepa apreciar sus altas prendas; y allí en la oscuridad, en el silencio y en el olvido, morirá esa flor, digna de embalsamar con su aroma otras regiones, digna de figurar como el tipo de la verdadera mujer.

Me he extendido al hablar de esta jóven, porque despues, á mi vuelta de Europa, tuve ocasion de renovar nuestras relaciones; y le cobré un cariño tan tierno, que no puedo dejar ahora de dedicarle estos pensamientos.

Al siguiente dia, ocho de mayo, tuvimos el sentimiento de separarnos de tan amable familia, que, en un elegante bote del Resguardo, nos acompañó abordo del vapor.

A las siete de la tarde nos pusimos en marcha; y como el mar estaba, como de costumbre, bastante agitado, pasamos mareadas todo el trayecto hasta llegar al Estrecho, que fué el dia once. Esos dias de mareo se hacen eternos, viniendo á aumentar la tortura el tener que estar presas, como camaron en la concha, en estrechos camarotes. Sin embargo, aprovechando la circunstancia de estar el cuarto de baño cerca del mio, y haciendo un soberano esfuerzo, me bañaba con frecuencia y conseguí algun alivio. Así que, la víspera de llegar al Estrecho, sintiendo tocar el piano, pensé que con esa distraccion lograria espantar el mareo, y me animé á vestirme y salí al salon. En efecto, aunque al principio estuve algo trastornada, pues no podia tenerme en pié, continué haciendo esfuerzos y resistí apoyando los codos sobre la mesa y teniendo la cabeza entre mis manos.

En esto se acercó un sugeto y me saludó, pre-

guntándome cómo estaba del mareo y si me gustaba la música.

—Tanto me agrada, le dije, que no la he dejado nunca y deseo perfeccionarla en Europa.

—Entonces seria conveniente para Vd. misma que tocara un poco.

—No sé si podré tenerme al piano.

Y este caballero me acompañó y me senté en el trípode.

Al principio no podia ejecutar fácilmente, estaba como entumecida y me paraba; pero resistiendo siempre, logré despejarme y toqué sin obstáculo.

Fueron entónces acercándose varias personas, señoras y caballeros; tomaron asiento en torno al piano, y permanecimos un buen espacio de tiempo en tan grato entretenimiento, del cual no fuí yo la ménos beneficiada, pues me prodigaron alabanzas que nunca imaginé, pero que verdaderamente fortalecieron mi decaido ánimo.

Por fin, al dia siguiente llegamos al Estrecho de Magallanes.

Esa vista es encantadora y á la vez imponente, espléndida, y llama, asi al recogimiento del

corazon como á la espansion del ánimo y á la contemplacion de la Naturaleza.

¡Qué contraste!

Ántes de entrar en el Estrecho todo era zozobra y desconcierto; las montañas eran de agua, pero tumultuosas, aterradoras; y ese mar que se llama *Pacífico* tenia agitados todos los ánimos.

Dentro del Estrecho, la zozobra y el desconcierto se trocaron en agradable calma y bienestar; las montañas eran de granito, pero magestuosas, serenas; y las aguas, que ya no tenian el irónico nombre de pacíficas, eran tranquilas y apacibles.

¡Qué suntuoso panorama! ¡Qué magnificencia! Elevadísimas puntas de diamante cubiertas de espeso verdor y coronadas de nieve, eran las montañas que nos rodeaban, y terso espejo, en el que ellas se reflejaban, el angosto canal donde entónces nos hallábamos encerrados; todo lo cual daba á la luz del dia un tinte particular, extraño, indefinible, pero sumamente original y agradable.

Natural es, pues, que el pasaje del Estrecho

de Magallanes tenga éco en todo el mundo, y sea digno del pincel de los grandes artistas.

Así fuimos deslizándonos silenciosos por aquellas cristalinas aguas, que apénas se movian para dar paso á nuestro dócil *Corcovado*, que iba de un lado para otro buscando la salida de aquel enmarañado laberinto; y cuando apénas habrian trascurrido algunas horas (pues en aquella latitud los dias son cortísimos en la estacion de invierno) sobrevino la noche con todos los atractivos que le presta su digna compañera la luna.

Todo el mundo estaba alegre.

Fatigados por la lucha sostenida en las aguas del Pacífico, la contemplacion de aquel silencioso, pero agradable espectáculo, tenia embriagados nuestros espíritus; asi es que la animacion se pintaba en todos los semblantes, y la galeria de cubierta ofrecia el aspecto de un espacioso salon de recreo.

Si el pasaje del Estrecho durante un dia sereno es encantador, durante una noche de luna es sublime.

Solo un recuerdo contristaba mi espíritu: hacia pocos años que en aquel mismo sitio naufragó

en noche apacible el vapor que conducia á mi madre; y aunque todos tuvieron la fortuna de salvarse, no por eso dejaba de imponerme tan triste recuerdo.

—Eva—dijé á mi hija—esta plácida noche nos convida. ¿No quieres que discurramos de nuestras cosas?

—Querida mamá,—me contestó—yo siempre estoy dispuesta á oirte. ¡Me amas tanto!

—Tomemos, pues, asiento en aquel sitio de allí, que está más reservado.

Sentadas una al lado de la otra, le dije:

—Hija mia: tú sabes cuán grande es el cariño que abriga este pobre corazon que late aquí dentro. Ántes tenia que dividir este amor entre tú y tus hermanitos; hoy es todo tuyo. ¿Sabes lo que esto significa?

—Significa, mamá, que tú me quieres mucho, pues que tú te afanas tanto por mí; y que yo debo serte agradecida y sumisa, complaciéndote en todo y poniendo en práctica todos tus afectuosos consejos.

—Significa más, hija mia; significa que yo no vivo sino por tí, por tu felicidad; que mi vida de-

pende de la tuya; y que si tú no existieras, la vida me seria indiferente. . . . y aun abrumadora.

Tantos propósitos frustrados, tantas ilusiones perdidas, tantos desencantos de esta mísera vida me han obligado á reconcentrar todo mi afecto, todo mi anhelo, toda mi esperanza, toda mi dicha en tí, pedazo de mi corazon. Mis consejos, pues, son sinceros, y ningun interés, sinó el tuyo propio, me impulsa á dártelos. Quisiera ahorrarte con mi experiencia algunos trabajos, algunos sinsabores, algunas amarguras, que casi han hecho sucumbir cien veces á tu pobre madre.

Tú, mi querida, empiezas á vivir, y tu inexperiencia te presenta inerme ante la lucha de la vida. Toma ejemplo de mis desventuras para evitar las tuyas. Desgraciadamente á mí nada de esto me han enseñado; las vicisitudes me han sobrecogido siempre, y no pudiendo evitar sus tristes consecuencias, he tenido que remediarlas siempre con la paciencia, resistiendo las adversidades con la paciencia, desafiando al destino con la paciencia, y conformándome sin reserva con la Voluntad Suprema.

—Pero, querida mamá: tú me has enseñado á

ser buena, humilde, laboriosa, caritativa, resignada, y me has dicho que con estas cualidades se conjuran todos los males de la vida, ¿porqué, pues, te desazonas tanto por mí?

—¡Ah! cuando estas cualidades están arraigadas en el corazon de una jóven, los males de la vida quedan reducidos á muy poca cosa; pero en tí, hija mia, no están mas que depositadas, no arraigadas, porque solo la experiencia y el sufrimiento las puede arraigar. Del mismo modo, tú me has visto sufrir muchas veces; pero no has podido medir la profundidad de mi dolor, porque solo se comprende cuando se experimenta.

—Segun eso, yo debo empezar por sufrir para saber resignarme!

—Precisamente, hija mia; y yo quiero preparar tu corazon para el sufrimiento, mas bien que para el goce, por si tu destino fuera adverso como el mio.

—¿Y no se puede vivir sin sufrir, mamá?

—Es muy difícil, hija mia, porque el sufrimiento es ley de progreso en este atrasado planeta; diré más, el sufrimiento es el gran móvil

del progreso humano, porque obliga á los grandes sacrificios, á las grandes ideas. Él reviste muchas formas; unos sufren físicamente, otros moralmente; pero los sufrimientos de una y otra clase son infinitos. Hay tambien, hija mia, algunos desventurados mortales que sufren física y moralmente desde los primeros años de su vida (¡como tu pobre madre.... ya tú lo sabes!) y á quienes su posicion social por elevada y cómoda que sea no les salva del sufrimiento.

—¿Tambien los que tienen fortuna sufren?

—Algunas veces ¡ay! más que los desheredados.

—Pero yo no comprendo, mamá, estas cosas. Segun tú me repites á cada instante, Dios es autor de todas las maravillas del Universo; por su amor nos ha creado; por su amor nos ha dotado de todas las facultades necesarias para que nos acerquemos á Él; por su amor nos perdona siempre nuestras ingratitudes; por su amor poseeremos un dia toda la virtud y ciencia de que es capaz el espíritu humano; por su amor llegaremos á gozar de su presencia. Me enseñas, además, que Dios es infinitamente sabio, podero-

so y justo. ¿Cómo, pues, nos ha mandado á este mundo tan inferior, donde las necesidades son tan duras y tan imperiosas, y nos ha hecho tan desdichadas, sujetas á tantas miserias, á tantas penalidades?

—Pero ¿no te he dicho, hija mia, que nuestra vida es múltiple?

—Sí me lo has dicho varias veces; pero yo no comprendo bien este fenómeno.

—Porque no habrás prestado la suficiente atencion á mis esplicaciones. ¿Hay cosa más fácil de comprender si se reflexiona un poco? Si nos fijamos por un momento en el cúmulo de males que aqueja á la Humanidad: las enfermedades, los disgustos, las humillaciones, las pestes, las hambres, las guerras, la pérdida de la fortuna, la muerte de nuestros deudos, la indigencia, el abandono, y otras mil calamidades que se sufren; no podremos ménos de confesar: *que la vida normal de nuestra alma no está aquí bajo, donde todo es imperfecto, donde por todas partes se siente el castigo;* no podremos ménos de confesar que el hombre está aquí condenado. . . . ¿por quien?—Un grande escritor contemporáneo

ha dicho que por la Divinidad; pero yo creo, hija mia, *que por nosotros mismos, y que este valle de lágrimas es un verdadero purgatorio, adonde tal vez venimos á purgar nuestras faltas anteriores.* Sí, nuestras faltas anteriores, esto parece lo más natural, puesto que muchos de nosotros, apénas entrados en este mundo, y sin haber delinquido todavía, experimentamos ya un castigo con todos esos males que acabo de enumerar.

Ten presente, hija mia, que no hay efecto sin causa.

Meditemos en ese perpétuo infortunio en que está sumida la Humanidad, y comprenderemos que todas las vicisitudes de nuestra vida que no responden á causas propias de esta existencia, deben necesariamente de ser efectos de causas anteriores á ella, que nos están ocultas; pero que indudablemente son justas, porque todo cnanto ocurre en el Universo no es mas que el cumplimiento de las leyes santas de Dios.

Persuádete, hija mia, de estas verdades, y tú sobrellevarás siempre con la mayor resignacion cualquier vicisitud que el destino te depare, por más injusta que te parezca. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Tan abstraidas nos habian visto, que nadie se atrevió á interrumpirnos.

Aunque no era muy tarde, nuestro ánimo era recogernos; pero al dirigirnos á nuestros camarotes oimos unas voces en el salon que decian: «que se nos van, que se nos van» á cuyo tiempo salieron unos caballeros y señoras rogándome que no nos retiráramos tan pronto, que tuviera la bondad de hacer oir el piano unos instantes.

Accedí gustosa, y toqué con mi hija algunas piezas á cuatro manos, canté algunos aires y pasamos finalmente unos instantes en agradable conversacion.

Luégo nos despedimos, y no pudiendo olvidar el accidente que pocos años ántes habia ocurrido á mi madre, convine con Eva en que dormiriamos vestidas durante el paso del Estrecho; ademas, pusimos cerca de nosotras dos maletitas provistas de frutas y de bizcochos, por si teniamos la desgracia de naufragar, y nos dimos las buenas noches.

No obstante el recelo con que me recogí, aquella noche fué la primera en que verdaderamente descansé, á causa del suave movimiento del vapor y del poco ruido de la máquina que en nuestra cámara se percibia; así es que me reparé de la fatiga de los dias anteriores, y lo mismo aconteció á mi Eva y á todos en general.

Al dia siguiente (doce) lo pasé en gran parte sobre cubierta, contemplando los varios é interesantes puntos de vista que se presentan durante la travesía del Estrecho, siempre iluminado con esa luz semi-amarillenta, semi-violácea, debida sin duda á los diversos reflejos producidos por la verdura de las montañas, por la blancura de las nevadas cumbres y por la tersura de las aguas; por manera que á veces me hacia la ilusion de que me hallaba en el patio profundo de un edificio formidable alumbrado á través de cristales de color. Considero difícil que un artista pudiese fijar sobre el lienzo el color de esta luz singular, sin que la copiase de la Naturaleza.

Hácia las cuatro de la tarde, hora en que empezaba á anochecer, llegamos á Punta Arenas, y unos instantes despues tenia lugar abordo una

escena por demas curiosa: el mercado de pieles de diferentes animales, especialmente de guanaco, y de plumas de avestruz, que los chalanes ofrecen á los pasageros. Este es un negocio más importante de lo que á primera vista parece, pues á veces se realizan utilidades considerables. Me explicaré. Las indias gustan mucho de los adornos brillantes, como pendientes, anillos, cuentas y enormes alfileres; y á los indios se les persuade fácilmente con las bebidas espirituosas á que se entregan con entusiasmo y sin reserva. Pues bien: los chalanes que van en busca de sus hermosas pieles, les proporcionan en cambio bebidas espirituosas y todos esos dijes de vil materia por precios fabulosos. De ahí que todos esos objetos los adquieren por una insignificancia; mientras que despues los venden á los pasajeros á precios exorbitantes.

Una cosa singular noté en las gentes que viven en aquellos sitios: en medio de la fortaleza, de la robustez de su físico, su semblante es pronunciadamente sombrío. ¿Será simplemente á causa de la naturaleza del trabajo en aquellas cuencas carboníferas, ó será tal vez efecto de la crudeza

del clima? ¿No influirá en ello el contacto frecuente que tienen con los confinados que allí manda Chile? No sé, pero lo cierto es que en ninguno de los países que recorrí ví nunca fisonomías más tétricas que aquellas.

CAPITULO III.

En las aguas de Montevideo

Esa misma noche seguimos viaje; y era tal la velocidad que llevaba el *Corcovado* en este su primer viaje, que el dia 17 llegamos á Montevideo.

La primera impresion que tuve, estando á bordo, fué muy favorable: me imaginaba estar en frente de alguna ciudad europea, porque la mayor parte de los marineros que rodeaban el vapor eran italianos. Yo los contemplaba con curiosidad al ver las singulares posturas que tomaban con su natural abandono.

Esto me hacia pensar que cada clima produce en sus habitantes diferentes inclinaciones, diferentes gustos, diferentes sentimientos, que dominan en general. Como yo no habia salido de Chile, en donde la mayor parte de los trabajadores son del país, extrañaba ver tanto europeo, é imaginaba una gran variedad en las costumbres.

Como quiera que en esa época reinaba la fiebre amarilla en Montevideo, no me resolví á desembarcar; asi que me contenté con contemplar la ciudad á vista de pájaro. Por esta razon no puedo dar detalles de ella, limitándome tan solo á decir, que, situada á la falda de un cerro (puerto por medio) su vista es muy pintoresca, viéndose descollar muy buenos edificios con muchas torres y miradores de graciosa arquitectura. Luego supe por los pasageros que de allí se embarcaron, que la ciudad es muy limpia y bien construida; sus habitantes, de buen natural y hospitalarios, y las mujeres, muy amables y graciosas.

Por la tarde principiaron á llegar pasajeros argentinos; con lo cual cada dia iba creciendo la animacion abordo.

La noche era templada, apacible; la luna reflejaba serena sobre un mar en completa calma; el *Corcovado* permanecia inmóvil, y nuestros ánimos estaban dispuestos á gozar del placer que ofrecen siempre esas reuniones improvisadas, que suelen tener lugar abordo de esos suntuosos y elegantes buques. Hubo, pues, un magnífico concierto, que duró hasta cerca de media noche.

Al dia siguiente llegaron más pasageros, entre los cuales venia uno que me llamó la atencion por sus maneras distinguidas. Este caballero era D. J. Negron, español. Hago aquí memoria de él por deber de agradecimiento, pues más tarde me díspensó algunos importantes servicios.

Pues que ya éramos abordo algunas señoras, era preciso ver cuál de ellas me convenia para ofrecernos como compañeras de viaje y ayudarnos mútuamente. Fijéme en una señora de Montevideo, esposa de un aleman, que tenia una niña como de nueve años; y no anduve desacertada en la eleccion, pues nos hicimos muy buena compañía, nos consolamos de algunas vicisitudes de la vida y pasamos momentos muy agradables.

El dia 19 salimos para Rio Janeiro, haciendo un viaje muy rápido, pues era de notar que el *Corcovado* arribaba siempre á los puertos de escala con uno ó dos dias de antelacion al señalado en el itinerario.

En este trayecto la temperatura era muy templada, y las noches tan deliciosas, que era agradable pasarlas sobre cubierta.

Habia abordo dos sociedades de señoras: una,

que la formaban las inglesas, y permanecia bajo cubierta; y otra, compuesta de las americanas, que se reunia sobre cubierta.

Yo no tenia idea, como creo que no pueda tenerla nadie que no haya navegado, de los encantos que reune una noche serena, alumbrada suavemente por la luna, en el silencio de un mar tranquilo y teniendo por techumbre el firmamento.

Sentíame, pues, dulcemente conmovida, y me puse á cantar un duo con mi hija.

Al instante se agruparon los viajeros; y varias señoras y caballeros entonaron con nosotras, haciendo el acompañamiento.

Por fin; formamos una orquesta de voces; y ejecutamos diversos trozos que nos pedian.

Aquella inesperada serenata tenia para mí un no sé qué de celestial. Yo no habia sentido nunca tan gratas emociones. Cantar con mi hija amada en medio del mar solitario en noche silenciosa. . . . . iluminado el firmamento por la luna. . . . . mecidas blandamente por la nave. . . . . confundiéndose nuestras voces con el murmullo suave de la ola. . . . . tenía para mí tal suma de

atractivos, que me sentí enteramente arrobada

Al salir de América, vamos viendo que el mundo es tan diferente cual nnnca creíamos; comprendemos que todo se puede esperar, que nada debe admirarnos y que nunca es tarde para aprender, pues que el saber es una parte muy necesaria de nuestra vida.

El que no trata de saber, de pensar, no es mas que un ente estéril, principiando por nosotras mismas.

Si no trabajamos con nuestro pensamiento en buscar la solucion del por qué de nuestros actos, de lo que pasa á nuestro alrededor; no sabremos llevar con la paciencia debida las miserias de esta vida, sus contrariedades, sus luchas. Felices de nosotras las que sepamos aprovecharnos de las buenas inspiraciones, sin vacilar en pequeñeces, tan comunes en nuestro sexo.

CAPITULO IV.

Rio Janeiro

El dia 23 de Mayo entramos en Rio Janeiro. Era la caida de la tarde, y la luna se manifestaba en todo su esplendor.

Desde que principiamos á divisar el puerto, nos causó grande admiracion la forma, color y elevacion de sus cerros; una vez dentro de él, nuestra admiracion llegó hasta el entusiasmo.

El puerto de Rio Janeiro es sin duda el primero del mundo, en importancia; y yo lo juzgaria tambien en belleza, si no estuviera ahí el de Constantinopla, cuya supremacia es universalmente reconocida.

¡Qué grandioso panorama se presenta á la vista del viajero en el momento de volver el *Pan de Azúcar*, que es un enorme pañon situado á la izquierda de la entrada del puerto! No se sabe á donde dirigir la vista, porque en todas partes hay maravillas que contemplar. El viajero queda per-

plejo y silencioso por muchos instantes; entónces no piensa, solo siente; y en esta especie de éxtasis es conducido suavemente hasta el fondeadero, donde los buques quedan como enclavados á distancia de algunos pasos unos de otros.

Es verdadera, dije, la idea que yo tenia de las grandezas del mundo. Ahora comprendo mejor las descripciones de los novelistas; y esta luna que nos alumbra debe producir en esta tierra genios que se inspirarán en su luz celestial. ¿Quién puede dudar que es inspiracion de esos genios invisibles aquellos momentos extraordinarios que solemos tener en ocasiones dadas en que nos entusiasma algun hecho, alguna vista, algun recuerdo, y nos sentimos diferentes á nuestro ordinario modo de ser? ¿Qué otra cosa puede ser sinó que en esos momentos un genio superior toma posesion de nosotras para sacudirnos del letargo de la indiferencia en que generalmente vivimos, y darnos un impulso para que conozcamos lo que tenemos más allá de nuestra natural vista? En esto no puede caber la menor duda: todos tenemos nuestra hora, y si supiéramos aprovecharla, ganaríamos inmensamente; pero en general no sa-

bemos aprovechar las buenas inspiraciones que nos sugieren, y nuestro ángel bueno se lamenta de nuestra ceguera y pérdida de tiempo.

Perdonad, mis queridas lectoras, si me he extendido en consideraciones que me inspiraban entónces y que hoy más que nunca me inspiran: es el alimento del alma, sin el cual desfallecería.

Al dia siguiente desembarcamos sin temor á la fiebre amarilla (ya yo iba desprendiéndome de falsos temores). Fuimos en un vaporcito de la Compañía con el capitan y algunas señoras y caballeros.

Al entrar en la poblacion, lo primero que se presenta á la vista es el mercado, donde todos los vendedores son negros y negras, ya esclavos, ya libres. Las negras esclavas andan con camisa descotada, manga y falda corta, pié desnudo y una especie de turbante turco á la cabeza. Las negras libres llevan vestidos blancos descotados, collares, pulseras, y van bien peinadas. El cútis es muy fino y de un negro ébano; algunas se barnizan para tener el cútis más fino: es una clase de negras muy diferente á las que solemos ver en nuestros países.

Al lado del mercado está la *Plaza de Palacio*,

en cuyo frente se halla el palacio del Emperador, que no tiene mas apariencia que la de una casa particular.

Al otro lado de la plaza, esto es, en frente del puerto, está la *Capilla Real*; es pequeña, y de una arquitectura rara, pero bonita. Cuéntanse en Rio Janeiro mas de veinticinco iglesias, cuya elevacion forma gran contraste con la pequeñez de las casas y la estrechez de las calles, especialmente las más cercanas al puerto.—Una de las bonitas iglesias se halla en el *Palacio de San Cristóbal*, situado en el arrabal de su nombre, á inmediaciones de la ciudad.

La mejor habitacion no es en el seno de la poblacion, sinó en sus alrededores y en los cerros que hay en la misma ciudad, llamados *Morros*, como el de Santa Teresa, el del Castillo, etc.

Hice algunas escursiones por los alrededores de Rio Janeiro, y os aseguro, queridas lectoras, que así como la ciudad me disgusta por sus incomodidades y extraordinario calor que en ella se experimenta aun en el invierno; los alrededores son en extremo pintorescos, comparables á los de Suiza, Nápoles y Constantinopla, pero de un género

y vegetacion especiales, debido sin duda á su clima y topografía particular.

Uno de los puntos de vista curiosísimos que ofrecen los amenos alrededores de Rio Janeiro, es el que se descubre desde *El Corcovado*, no el vapor en que haciamos el viaje, sinó una montaña situada á mayor elevacion que todas las que rodean la dilatada ciudad. Colocado en su cumbre, el observador vé á sus piés, á manera de carta geográfica perfectamente delineada por los infinitos y preciosos colores que la Naturaleza distribuyó en todo el país: de esta parte del puerto, la ciudad antigua y moderna; dé la otra, el distrito de Nitherohy; á un lado, los extensos arrabales de Rio Comprido, Cajú, Sâo Cristovâo, y Santa Teresa; del otro, los de Catette, Larangeiras, Bota-Fogo y Sâo Clemente, interrumpidos aquí y allí por caprichosas colinas coronadas de pasmosa y variada vegetacion. Tal es el verdadero punto de observacion para apreciar debidamente el puerto de Rio Janeiro. Su extension, su capacidad, su importancia, nadie, al entrar en él, puede comprenderla. Abordo de un buque no se vé mas que su belleza; al pié del asta-bandera del *Corcovado* se

cuentan más de doscientas islas, más ó ménos habitadas, algunas de ellas muy extensas, dentro, todas, del puerto.

En mi segunda excursion nos dirigimos al Jardin Botánico, que está más allá de Bota-Fogo, como á una legua de distancia de la poblacion.

Por el camino me distraia mucho contemplando tantas infelices negras, tan compuestas con sus vestidos blancos, lo mismo què sus hijitos.

En el trayecto hallamos diseminadas mil quintas con sus pintorescas casas de recreo rodeadas de árboles frondosísimos y de una vegetacion admirable y desconocida para mí, y muchos hoteles habitados siempre por los que, huyendo del suelo ardiente de la ciudad, quieren gozar de las delicias del campo.

El Jardin Botánico es muy hermoso sitio, como lo son todos los de este país; pero no tan rico en plantas y flores como son los jardines botánicos de Chile y Europa.

Una de las cosas más notables de este establecimiento es una extensa y altísima calle de palmeras, llamadas *Oreodoxa regia*; siendo otro de los árboles que llaman la atencion del viajero el

Arbol del Pan, que da un fruto amarillento, macizo y extraordinario, del tamaño y forma de un gran zapallo oblongo, y que sirve de alimento al indígena del desierto.

En este país, á diferencia de los países del mediodía de Europa, no abundan las flores delicadas ó hermosas, y de las pocas que hay, la mayor parte son inodoras; pero en cambio hay una infinidad de arbustos de variadísimos colores, que bien combinados forman cuadros matizados de mucho primor, y esto es lo que abunda en los jardines.

Concluida la visita, pasamos al restaurant que hay frente al jardin, donde encontramos algunos compañeros de viaje con sus señoras. Tomamos algunas frioleras, como caldo, pescado, fiambres, fruta; y probamos por curiosidad el agua, pues nos habian dicho que en aquel sitio era amarga, malísima, lo que en efecto era así, y la sustituimos con cerveza.

El objeto del paseo del dia siguiente á un sitio de campaña donde se hallaban muchas esclavas trabajando en el cultivo del café, fué el de contemplar de cerca á esta parte desgraciada de la

Humanidad, y estudiar algunos rasgos característicos de la esclavitud. Mi trabajo, pues, estuvo altamente recompensado.

Era mediodía cuando nosotras llegábamos á la chacra. Las esclavas, sentadas en el suelo á la sombra de un cañaveral, en grupos, segun las edades, estaban comiendo. Al acercarnos, se levantaron algunas, y, como si fuéramos familiares, tomaron los caballos de la brida y llevaron el carruaje bajo de un árbol; otras vinieron á ofrecernos su pobre *feijoada* (rancho que dan á los esclavos); otras nos dieron excelentes frutas; otras fresquísima agua. Aceptamos las frutas y el agua; comimos la *banana* y el *conde*, é hicimos agradable refresco con el *cajú* y la *jaboticaba*. Puede decirse que asistimos, sin haber sido invitadas, al banquete de aquellas pobres esclavas, tan desgraciadas como amables y dignas de conmiseracion. Nada preguntaban, casi nada decian; sus gestos, sus miradas y alguna que otra palabra entrecortada nos hacian comprender su triste situacion. Una cosa me sorprendia sobremanera y cuya causa no me podia explicar: en la ciudad se ven esclavas de todas edades, de diversos tipos

y no todas gozan de igual salud; allí todas eran jóvenes, robustas, bien formadas y, algunas, lindas.

Viendo una jóven de fisonomía expresiva, melancólica, pero simpática, que me miraba con singular fijeza.

—¿Cómo te llamas?—le dije.

—Hortensia, Señora.

—Y tus padres, ¿dónde se hallan?

—No lo sé, Señora: no los conocí nunca.

—¿Ni te acuerdas de la mujer que te dió el primer sustento?

—Me acuerdo vagamente; pero no podria reconocerla.

—¿Dónde naciste?

—Me han dicho que en Bahía.

—¿Qué edad tienes?

—Diez y seis ó diez y siete años.

—¿Quién es tu amo?

—El Señor . . . . N., que tiene muchos esclavos.

—Entónces os tratarán con benignidad, porque, segun lo que he oído decir, ese Señor debe ser muy humano.

—El amo y toda su familia son muy buenos ; pero los administradores no son tan compasivos.

—¿ Y cómo es eso que todas sois jóvenes y robustas ?

—Las ancianas no pueden soportar las fatigas del campo, Señora.

—¿ Y aquí os permiten casaros ?

—Ellos nos casan, Señora, para quitarnos despues á nuestros hijos.

—¿ Y tú no has pensado nunca en casarte ?

—Jamás mientras sea esclava, Señora, ¿ Qué seria de mis hijos ?

Esta sublime respuesta en boca de una pobre criatura que ni edad tenia para comprender la profundidad del pensamiento que encerraba, heló mi sangre y me impidió hablar por algunos instantes. ¡ Y decir que la raza etíope es indigna de la libertad !

—¿Sabes leer y escribir, Hortensia ?

—¡ Leer y escribir ! . . . . Apénas sé rezar, Señora.

—¿ Os llevan con frecuencia al templo.

—Raras veces, Señora.

—¿Y cómo haceis para pedir á Dios que os dé fuerza para soportar vuestro infortunio?

—Dios nos oye en todas partes, Señora.

—Tus respuestas, Hortensia, me llenan de admiracion. Dí - ¿Crees tú en la justicia divina?

—Creo firmemente, Señora.

—¿Y en que ha de llegar dia en que premiará todos vuestros sacrificios, toda vuestra abnegacion?

—Así lo esperamos, Señora.

—¿Y en que se verán castigados con rigor los inhumanos qne os oprimen?

Hortensia no contestó. Bajó la cabeza, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Dime, Hortensia, ¿qué juicio habeis formado vosotras, pobres esclavas, de los que injustamente se llaman vuestros hermanos blancos?

Hortensia guardó silencio.

—¿Pero crees que me es indiferente, ó qne me interesa vuestra desgracia?

—La señora es extrangera: los extrangeros son muy humanos.

—Y sin embargo nada puedo hacer por vuestra felícidad.

Entónces oyéronse unos golpes, y todas se levantaron.

—¿Qué es eso, pregunté?

—Nos llaman al trabajo.

Y como observára que Hortensia queria hablarme y titubeaba.

—¿Qué quieres? le dije, habla.

—¿La Señora me lo permite?

—Sí, con el mayor gusto.

—La Señora estará aún mucho tiempo en este país?

—Mañana parto. ¿Porqué lo preguntas?

—Entonces la Señora ya no volverá por estos desiertos—dijo con marcado sentimiento.—Dadme vuestra bendicion, Señora. (Que es el saludo de los esclavos.)

Un instante despues, cuando todas las esclavas se habian esparcido por la campaña, y Hortensia, la virtuosa é inteligente Hortensia, no se veia mas, nos volvimos á la ciudad haciendo mil tristes reflexiones sobre la injusticia de los hombres y sobre la abominable esclavitud.

¡Qué admirable conformidad en la desgracia! —decia yo á mi hija una vez solas en el carrua-

je.—¡ Y luego tenemos valor nosotras para quejarnos de nuestras vicisitudes, de nuestros insignificantes sinsabores ! ¡ Una pobre criatura que ignora cuándo ha venido al mundo y dónde están sus padres; que nunca recibió sus caricias, ni los conoció nunca; que no tiene voluntad de accion; que siente mucho y se vé condenada á ocultar sus sentimientos. . . . . ¡Y sin embargo, es humilde y resignada, bendice al que la castiga y espera con fé en la misericordia de Dios!

¡ Sublime criatura!

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Segun pude observar en el poco tiempo que permanecí en Rio Janeiro, el carácter de sus habitantes es muy afable y obsequioso en general. Las señoras son de fisonomía trigueña, pero expresiva, simpática, mirada activa, pupila dilatada, y de natural amable.

Por fin, nos retiramos abordo abrumadas por el cansancio y el calor, que para nósotras era insoportable.

La noche era muy despejada, y pudimos con-

templar á la luz del pleniluvio aquella bella vista que ofrecia la poblacion con sus altas torres y sus bien vestidos cerros, por entre cuyo follaje iba discurriendo la luna como por entre caprichosas nubes y presentando golpes de vista de admirable efecto.

Al dia siguiente vinieron abordo muchos pasageros del Brasil, entre los que habia varios individuos de su aristocracia.

Este refuerzo llenó las cámaras, y nos dejó, como era natural, bastante incómodas.

Entre las que subian divisé á una señora conducida por dos caballeros, que la dejaron en pié sobre cubierta. Iba vestida de riguroso luto, con un gran crespon que la cubria desde la frente hasta el suelo; su cara amarilla, desencajada, inmóvil. Al verla hice una exclamacion, pues era un cadáver andando, y creí nos traia la fiebre amarilla. En breve nos volveremos á ocupar de ella.

Llegó la hora de partida. Levóse el ancla; silbó la máquina, y el poderoso hélice empezó á mover aquella flotante ciudad llamada *Corcovado*, dirigiéndola hácia la embocadura del puerto.

Una hora despues nos hallábamos en pleno Atlántico discurriendo sobre el concierto que debia tener lugar en aquella noche. (Era el 26 de Mayo.)

CAPITULO V.

En el Atlántico

Pero esta vez, el concierto fué solo de marineros vestidos de negros; y á fé mia que esta clase de espectáculos no dejaba de tener novedad y gracia para mí.

Dos artistas, diremos así, tocaban la gaita; otro, las castañuelas; otro, el violin; otro, la viola, con cuyos instrumentos ejecutaban extrañas y bonitas piezas.

Despues, uno que tenia la voz de tenor, cantó los cantos que acostumbran los negros de Norte-América, que por cierto son tan melancólicos como raros; otro declamó en inglés; luégo se vistió de mujer y representó el papel admirablemente; y todos los que éste tal representaba los ejecutaba con extraordinaria desenvoltura.

Pero ¡ oh comedia ! al dia siguiente, á todos estos grandes artistas, tan admirados y aplaudidos la noche anterior, los veiamos tan alegres. . . . . lavando el piso.

Tres dias habian trascurrido desde nuestra salida de Rio Janeiro, cuando de improviso circula la noticia de la muerte de la señora enlutada.

Mucho y muy severamente se criticó la ligereza con que el Facultativo de abordo permitió el embarque de una persona visiblemente atacada de la fiebre; pero este justo desahogo no evitaba el percance que todos lamentábamos y que tanto nos habia contristado por las fatales consecuencias á que podia dar lugar, y fué preciso dar sepultura al cadáver, cuya ceremonia tuvo lugar el 29 de Mayo á mediodía.

Este acto es terriblemente imponente. No quise presenciarlo por el desagradable efecto que sabia me causaria; pero supe todo por referencia de los que asistieron á él.

A mediodía párase la máquina y queda todo en un profundo silencio, percibiéndose solo el suave murmullo de las mansas olas de esos mares.

El Capitan, el Doctor y algunos Oficiales se colocan de pié cerca de la escalera de embarque, donde preventivamente se halla puesta una tabla inclinada hácia el mar. Tráese el cadáver envuelto en la bandera nacional y con unas balas

de plomo atadas á los piés; pronúnciase la oracion fúnebre, y se le deja resbalar por la tabla al fondo del mar.

¡Todo queda en suspenso en ese momento! un silencio sepulcral conmueve los ánimos de todos!

Pensé que tal vez tendria yo la misma suerte; y á veces sentí una especie de remordimiento por haber expuesto tambien á mi hija á que tuviera su sepultura en el mar.

Por fin, pasó este lúgubre dia, como pasa todo en la vida, así la alegria como el pesar, y nos entregamos á nuestras ocupaciones y distracciones ordinarias.

Pero estas ocupaciones y distracciones tenian una interrupcion cada semana, á causa de hallarnos bajo el pabellon inglés.

Sabida es la severidad religiosa con que los ingleses guardan el domingo, y lo intransigentes que son en esta parte con los que no participan de sus creencias. Yo he respetado y respeto siempre en toda persona los principios religiosos que profesa; pero estimo tambien que cada cual observe el mismo respeto con relacion á los que no piensen como él. Así pues, no solo no hallaba yo

mal que el Capitan reuniese en la cámara á los ingleses y sus señoras y celebrasen sus oficios; sinó que me sentia agradablemente conmovida al ver la devocion, la religiosidad, con que todo se hacia; y me lamentaba amargamente de que en los templos católicos hubiese á ese respecto, como hay cada dia más, tanta descompostura, tanto descomedimiento, en la mayor parte de los asistentes, y muy especialmente en muchos jóvenes, que suelen conducirse en el templo con la misma desenvoltura que lo harian en un teatro, y peor aún. Lo único que yo censuraba y censuro en los ingleses es su intolerancia, es la prohibicion de leer, escribir, tocar el piano y cantar; porque estos entretenimientos no solo deleitan é instruyen, sinó que moralizan, y todo depende del carácter que se les imprime, de la direccion que se les da.

A fines de Mayo íbamos ya navegando sobre el Ecuador, y la estancia bajo cubierta se hacia insoportable; fué, pues, necesario celebrar nuestras reuniones al aire libre, y se mandó colocar el piano sobre cubierta. Allí tuvimos el dia 31 un concierto con baile; y esa misma noche se organizó otro concierto más serio, sujeto á programa y ensayos, de que en seguida me ocuparé.

El dia 1° de Junio hubo sobre cubierta, como acontece el 1° de cada mes, revista de Comisario, que no deja de tener para los pasajeros algun atractivo. Componíase el personal de noventa individuos entre tripulantes, servicio de cámara y de cocina, panaderos, maquinistas, etc., etc. Fué un acto muy serio y que revelaba cuan estricta era allí la observancia de la disciplina. Todos tenian que presentarse vestidos de gran parada; y al que no lo estaba le mandaban preso, pues era señal segura de que su ropa la habia vendido por licor, falta gravísima que se castiga severamente.— Es escusado decir que se mandaron presos unos cuantos.

Concluido este acto, se dió órden para que desencajonasen mi música, á fin de organizar algunos conjuntos de canto y piano para el concierto que debia tener lugar pocos dias despues. Una vez ensayadas las piezas que debian ejecutarse, se escribieron elegantemente varios ejemplares del programa siguiente:

CONCIERTO

Abordo del vapor de la Mala Real "El Corcovado"

PROGRAMA

Junio 4 de 1873, á las 8 p. m.

1ª. PARTE

1 Fantasía de la Norma. . . . Piano solo—Señora de la Barra.
2 Song (Sims Reeves). . . . . Canto—Mr. Rogers.
3 Ach wie ists möglich dann.. Duo—Frau Pevchell y Herr Willig.
4 Carnaval de Venecia. . . . . Solo—Señora de la Barra.
5 Tais toi mon coeur . . . . . Solo—Captain Craufurd R. N.
6 Guillermo Tell. . . . . Piano solo—Señorita de Pereira.
7 Serenata (Schuberth) . . . . Solo—Herr Weisse.
8 Soukai a. . . . . Recitativo—Señor Gomez.
9 Haiden röslein. . . . . Coro—Deutscher Herren.
10 Surprise on the waves. . . . Coro—Varias Señoras y Señores.

2ª. PARTE

1 Wacht am Rhein—Coro—Deutscher Herren.
2 The blind girl to her harp—Solo—Mr. Rogers.
3 Schweizer Gesang—Solo—Herr Deiticeker.
4 Il balen del suo sorriso—Solo—Señor Gomez.
5 Serenata (Gounod)—Solo—Madame Malm.
6 Good bye sweetheart good bye—Solo—Mr. Kith.
7 Ernani—Duo—Señoritas de Barra y Pereira.
8 Reading Irish—Solo—Dr. Jones M. D
9 Miserere (Trovatore)—Duo—Señora de la Barra y Herr Weisse.
10 God save the Queen—Himno—Todos.

Como se desprende del anterior programa, el concierto fué digno de un Conservatorio, tanto más cuanto que todos los que tomaron parte en él dejaron, como artistas, bien sentado el pabellon.

En los intermedios hubo juegos de prestidigitacion, ejecutados por el italiano Sr. Corradi, que afortunadamente se sentia un poco más aliviado que de costumbre. Este caballero se portó, no como simple aficionado, sinó como un grande artista, y fué justamente aplaudido.

En una palabra, aquella fué la velada más bien dispuesta, más variada, mejor ejecutada, en donde reinó más intimidad, más armonía, y de la cual salimos todos más satisfechos.

Dos dias despues, el 6 de Junio, dia en que cumplia un mes que habiamos dejado á Valparaiso, principiamos á divisar las montañas de Africa, que, aunque á bastante distancia, se veian muy elevadas. Nos hallábamos ya solamente á dos dias de camino de la civilizada Europa. El tiempo nos habia sido favorable en todo el trayecto del Atlántico: y aunque los dias eran bastánte calurosos, las noches eran agradables por las brisas generales que reinan en aquellas latitudes.

Esa noche nos hallábamos sentadas mi hija y yo en nuestro retirado sitio de costumbre.

Habíamos principiado el viaje con la lectura de un hermoso libro que trata de la inmortalidad del alma, y del modo como ésta vive despues de la muerte de nuestro cuerpo material y se comunica con las personas que le son queridas. Varias veces me habia interrogado mi hija sobre algunos puntos, á su parecer oscuros, que habia encontrado en el curso de lá obra; y yo solo habia satisfecho sus preguntas en cuanto bastaba para que siguiera leyendo sin confundirse, reservándome para cuando hubiésemos concluido la lectura, mi explicacion final.

—He concluido—me decia—querida mamá, mi tarea, y es preciso que, como acostumbras hacer siempre, me des la razon de ciertos hechos; por ejemplo: cuando sueño con papá y con mis hermanitos, yo los veo con mucha realidad, y hablo con ellos como lo hacia cuando vivian; y aun á veces cuando digo mis plegarias y mezclo en ellas sus nombres, se me figura que los veo y que me responden y que oigo su voz; y me lleno de consuelo pensando que viven y que algun dia los

veré; pero, ¿cómo puede tener lugar todo esto (que á mí me parece cierto) y cuál es la verdadera utilidad de esta comunicacion? Explícame esto, mamá,

—Con todo el placer de mi alma, hija mia; y una vez penetrada tú de la existencia de tu papá y de tus hermanitos en la otra vida, tú misma descubrirás la causa benéfica que les impulsa á comunicarse con nosotros, que es: la de alentarnos en nuestras tribulaciones, por medio de su inspiracion y la de instruirnos y hacernos progresar.

Para ello, nuestro punto de partida es la existencia de Dios con todos sus atributos y perfecciones, y la inmortalidad del alma, dogmas comunes á todas las religiones.

Dios es único; ha existido y existirá eternamente; es el principio y el fin de todas las cosas; es infinitamente poderoso, sabio, justo y misericordioso; está presente en toda la Creacion, y es orígen de todo bien y de verdad.

Dios, pues, es el autor, como tantas veces te he dicho, de todas las maravillas del Universo.

Su incansable actividad crea perpétuamente

almas en estado de inocencia; y para hacerlas progresar, crea á millares los mundos, adonde venimos á encarnar.

La vida corporal es transitoria, de expiacion, de purificacion solamente, y está reducida á un corto número de años de padecimientos.

La vida espiritual es eterna.

La vida normal, pues, es la espiritual, nó la corporal. Posponer lo perfecto y eterno á lo imperfecto y temporal, seria anti-lógico.

Al abandonar nuestra alma el planeta, va á continuar su progreso al mundo espiritual; y como al dejar el globo, deja en él afecciones de familia ó de amistad ó de simpatía, de ahí que se siente atraida hácia los que ama, y de ahí tambien que, pudiendo continuar su progreso, ayudando con su inspiracion á los que en el mundo quedan, viene en nuestro auxilio, como un ángel de la guarda, inspirándonos las buenas acciones y el cumplimiento de nuestros deberes. Y todo esto es debido á la gran misericordia de Dios, que no nos abandona jamas, y que se sirve de nosotros mismos para que nos ayudemos unos á otros á progresar. ¿Comprendes ahora la utili-

dad de la comunicacion espiritual y la infinita bondad de Dios que de ella se desprende?

—Comprendo perfectamente, madre mia, que Dios es más benigno y más justo de lo que la fé humana puede concebirlo; y que en Él no hay ni puede haber esa cólera, esa venganza, esa crueldad que temerariamente se le atribuye, porque eso seria indigno de su excelsitud. Pero dime: ¿por qué no vemos las almas de nuestros deudos ó de nuestros amigos?

—Tambien podria yo preguntarte á mi vez ¿por qué no vemos ese mundo microscópico que nos circunda? Y no lo vemos, no porque no exista, sinó porque nuestros sentidos imperfectísimos no pueden distinguir los innumerables séres, perfectamente organizados para la vida, que pueblan una gota de agua, un grano de arena, un átomo imperceptible que vaga por la atmósfera.

Dios en su sabiduría y misericordia infinitas, no ha querido darnos sentidos más perfectos, porque entónces hubiéramos tenido que pasar por un suplicio cruel, cual seria el de vernos perennemente rodeados de una inmensa nube de insectos que invaden el aire, que viven en el agua, que cubren

nuestros alimentos, y por consiguiente que aspiramos, bebemos y tragamos sin descanso y sin apercibirnos.

Por la misma bondad y sabiduria, no ha querido que viéramos á las almas de nuestros deudos, ni que supiéramos la eficaz y constante ayuda que con sus inspiraciones ellos nos prestan para nuestro adelanto, pues entónces quedarian sin mérito todas nuestras buenas acciones, todos nuestros sacrificios, y sin responsabilidad todos nuestros actos.

—¡Qué consoladoras son tus explicaciones, madre mia! Tú te expresas de un modo tan natural y sencillo, que cada vez siento más fé en la bondad de Dios y más esperanza en nuestro destino. Yo nunca habia oido hablar á los demas como tú me hablas, ni en el colegio nos han explicado jamas las cosas como tú me las explicas, ¿dónde has leido, pues, tan saludables principios?

—En el libro de la MEDITACION EN LA GRANDEZA DE DIOS.

—¿Y cómo no me lo has dado á leer para que yo aprendiese por mí misma?

—Hace diez y seis años que está abierto ante tus ojos materiales, y tú no has fijado aún en él

tu vista.—Este libro no está impreso, hija mia, sinó escrito por la mano del Hacedor mismo. Su primera parte es la Creacion con todas las leyes que la rigen; su segunda, es el corazon humano con todas las pasiones que lo dominan.

Si fijáramos atenta y desapasionadamente nuestra consideracion en las obras de Dios, veríamos claramente que entre el Universo y la Humanidad existe una perfecta armonía, que responde y camina siempre hácia el bien. Por consiguiente, toda ley, ya física, ya moral, que no responda á esta armonía universal, que no responda al progreso y bienestar de la Humanidad, y sobre todo que no presente al Sér Supremo infinito en todas sus perfecciones; no es ley de Dios, sinó ley de los hombres, y fruto de sus bajas pasiones.

Así, pues, sucede, hija mia, que donde muchos no ven en Dios mas que un sér iracundo, vengativo, cruel é implacable, yo veo un Padre amorosísimo, lleno de ternura y de perdon; y donde muchos no ven en los padecimientos de esta mísera vida mas que los efectos caprichosos de la injusticia divina, yo veo patentemente nuestra próxima redencion.

Medita, pues, hija mia, sobre las obras de Dios, y aprende á considerarlo en todas las cuestiones bajo el prisma de su grandeza infinita, y tú estarás en la verdad, y tú serás buena hija y buena esposa y buena madre, y tú sabrás inspirar á tus hijos sentimientos caritativos, únicos que han de regenerar á la Humanidad. . . . . .

. . . . . , , ...

. . . . . .

En la isla de Madera, donde arribamos dos dias despues, no nos permitieron bajar á tierra á causa de la defuncion por la fiebre amarilla que tuvimos abordo. Individuos del Resguardo vinieron á recibir la correspondencia, que tomaban con unos largos ganchos y zahumaban en una preparacion desinfectante que traian en medio de su bote. Del mismo modo entregaron la suya; y concluida la operacion, enderezamos la proa hácia Lisboa, donde llegamos el dia nueve. Allí debia yo desembarcar para seguir mi viaje por tierra; pero considerando que seria muy molesto por efecto de la guerra civil en que España se veia envuelta, y por otra parte, que la cuarentena en Lisboa, aunque cómoda en cuanto cabe y bien atendida,

era de doce dias para las procedencias americanas; resolví, de acuerdo con otra familia, seguir por mar hasta Burdeos, dondo solo habia dos dias de cuarentena.

La ciudad de Lisboa es muy pintoresca. Está situada en la desembocadura del Tajo sobre las faldas de los cerros, que son bajos, de cómodo acceso y muy fértiles.

Como una milla ántes de entrar en la ciudad se encuentran dos fuertes con sus lindas torres en medio del mar. Mas léjos se descubre un puertecito de pescadores, bastante grande para ser habitado únicamente por ellos; es un bonito lugar.

El mar es manso como en Rio Janeiro, y por eso se ven casas á flor de agua; lo cual tenia para mí mucho atractivo.

Al llegar tuvimos una tempestad que duró tres horas; y así que pasó desembarcaron ochenta pasajeros.

Al dia siguiente á las seis de la mañana salimos para Burdeos, adonde llegamos felizmente dos dias despues, esto es, el 12 de Junio.

Desde el Estrecho de Magallanes hasta Bur-

deos, trayecto que mide cerca de dos mil quinientas leguas, habíamos empleado un mes justo. . . . en el más feliz de los viajes, pues no hubo que lamentar ni un solo dia de mal tiempo.

Al tocar con mi planta la tierra francesa, sentí una rara y profunda conmocion: era esa tierra el país donde nació mi madre, y donde yo tambien nací, aunque no alcancé á conocer por haberme llevado á Chile cuándo todavía era muy pequeña. Ademas, llegábamos al término de nuestro viaje en sus mayores peligros de mar; y era preciso elevar nuestro pensamiento al Sér Supremo en accion de gracias. Mi primer impulso fué postrarme en tierra; pero las circunstancias del momento me lo impedian y exclamé en el fondo de mi pecho:

¡Dios Omnipotente!

Si no nos obstináramos en cerrar nuestros ojos á la evidencia, á cada paso comprenderíamos tus bondades. Acuérdate, Señor, que tenemos una densa catarata en nuestra vista, que nos impide distinguir lo que nos conviene, y ejerce tu poder en combatir nuestras miserias, pues que somos débiles para desprendernos de ellas.

Gracias te damos, Dios mio, de haber llegado salvas á este puerto. Tú nos pones de manifiesto que todo es obra tuya, para que comprendamos que Tú dispones de los elementos hasta los más terribles, favoreciendo así al débil como al fuerte, al más humilde como al más grande, é iluminando lo mismo al ignorante que al sábio. ¡Hé aquí, Señor, una de las infinitas pruebas de tu grandeza!

CAPITULO VI.

Burdeos

A causa del fallecimiento que tuvimos abordo, nos trasladamos al *Lazareto de la Gironde*, quedando allí presos por dos dias.

Este hermoso y vasto establecimiento está situado á orillas del Garona, cuyos alrededores están muy cultivados. El capitan que lo dirige nos entregó á todos (y éramos como 200) una llave, con su número correspondiente, para que cada cual estuviera en su aposento.

El edificio está divido en departamentos de cuatro piezas, tanto en el piso bajo como en el alto. Cada departamento está rodeado de frondosos árboles en bastante extension; y como no hay cerros que lo impidan, la vista se espacia á lo léjos. Este era el único recreo, desde que, estando presos, no podíamos salir de las murallas. Sin embargo, los pasamos muy agradablemente, aspirando otro aire muy diferente al del mar, otra naturaleza muy va-

riada y mucho mas alegre que la acuática, en fin, nos hallábamos en una tierra fértil, embellecida con todos los atractivos de la fecunda Naturaleza y ayudada por la mano y la inteligencia de las criaturas. El panorama era magnífico ; y hubiera sido perfecto, si no lo hubiera empañado un hecho que me contristó sobre manera; en las *pesadas* labores del campo, la mujer trabaja tanto como el hombre; lo cual me causó una impresion muy desagradable, viendo que aún en los puntos más civilizados hay una parte considerable de la Humanidad, cuya precaria situacion la obliga á desconocer la importancia de la mision de la mujer sobre la Tierra.

La comida que en el lazareto nos servian, la encontramos buena, no sé si porque realmente lo era, ó porque estábamos habituados á la pésima de abordo.

En el segundo dia de cuarentena, vino á turbar nuestro pacífico encierro un incidente de que yo no tenia conocimiento sinó por las novelas. Suscitóse entre dos caballeros una ruidosa contienda. . . . ¿por qué cosa importante creerán mis lectoras?—por causa de una silla que el uno

quitó al otro, y éste se creyó *profundamente ofendido en su delicadísimo honor.*

¡Vayan ustedes mirando si es poco trascendental el motivo!

Y luégo preguntad á ese par de atolondrados si no se sienten capaces de gobernar el mundo entero; seguro que os dirán que sí, y no tienen ni la necesaria prudencia para estar en sociedad, ni son tolerantes, ni benévolos, ni tienen caridad.

¡Que un hombre exponga su vida para salvar la de su semejante, injustamente atacado é indefenso, ó para protejer al débil, ó para impedir que se mancille impunemente el honor de una inocente vírgen, se comprende, porque es un deber que todo hombre de buenos sentimientos lo cumple; pero que la exponga por una causa tan trivial, por una causa que denota tan poca generosidad, ni se concibe sinó entre los salvajes, ni merece mas consideracion que el desprecio.

El desafío, pues, no obstante el ridículo motivo que lo promovió, fué nada ménos que á espada; pero algunos caballeros de buen sentido interpusieron su benévola influencia, y el tan descabellado desafío no tuvo lugar.

Este incidente me hizo comprender claramente hasta qué lamentables extravíos pueden arrastrar al hombre irreflexivo las preocupaciones sociales.

Concluida nuestra corta cuarentena, nos embarcamos en un vaporcito, que nos condujo en ménos de tres horas al puerto de Burdeos.

¡Qué vistas tan encantadoras se nos presentaban durante el trayecto! A cada momento hacíamos una exclamacion de sorpresa al ver tan lindas quintas y pintorescos jardines. Ambos lados del Garona se ven cubiertos de una ancha é interminable faja de variadas flores, interrumpida por multitud de edificios de caprichosa arquitectura. Yo creia estar soñando; y á veces esos lugares me traian á la memoria el Paraiso perdido; otras creia estar leyendo fantásticas descripciones de novelistas, entusiasmándome más y más al ver que mis ideas sobre esos parajes iban realizándose, y pensando que me seria fácil sacar algun provecho de las novedades que se ofrecian á mi vista. Creo que si el vapor se hubiera detenido un instante me habria quedado extasiada: tan fuertes eran las emociones que me conmovian.

Por fin llegamos al puerto principal. El Señor Negron, que ha recorrido muchos países del globo, conocedor de aquel en que nos hallábamos, y siempre amable, nos servia de guia. A él nos unimos las señoras americanas que deseábamos permanecer juntas el mayor tiempo posible, y el Señor Corradi, con quien íbamos á hacer el viaje á Italia.

El muelle estaba, como era natural, cuajado de gente de todas condiciones. Muchos y bonitos coches con sus briosos y lucientes caballos esperaban que los ocupásemos. Los cocheros con su largo leviton y alto sombrero de hule, de pié en el pescante, hacian sonar el látigo para llamarnos la atencion. Era aquel un cuadro vivo de mucha animacion.

Al saltar á tierra, pasamos á un galpon á recibir nuestros equipajes revisados por los vistas; y cuando me llegó el turno, me entregaron el mio sin registrar. Ya en esto empezaba á manifestarse la amabilidad francesa.

En seguida nos dirigimos al Hotel en busca de un descanso más tranquilo, más sosegado que el que habiamos tenido en el lazareto.

Como al salir de Chile hacia ya algunos meses que nada sabíamos de mi mamá, á fin de evitar la impresion que necesariamente le habia de causar el vernos; le escribí al instante anunciándole mi llegada á Europa y mi pensamiento de continuar en seguida el viaje por tierra hasta Génova. Era, pues, necesario conocer algo la ciudad en el menor tiempo posible; así que, al dia siguiente de nuestra llegada á Burdeos nos lanzamos á la calle mi hija y yo, sin mas guia que nuestro pensamiento.

No habriamos andado un cuarto de hora, cuando de improviso encontramos una procesion de Corpus-Cristi.

Las calles por donde pasaba, aunque eran muy anchas, estaban llenas de gente; las casas, adornadas con colgaduras blancas en los balcones y guirnaldas de flores.

Componian la procesion, los particulares, los gremios, las comunidades, las corporaciones, las autoridades.

Más de doce órdenes distintas de religiosas, cada una con su hábito diferente, formaban parte de tan solemne fiesta; pero no me causaba tan-

ta extrañeza la rareza de sus trajes, como el verlas discurrir por las calles, pues yo creia que, así como en América, debian en Europa estar sujetas á una estricta clausura. Ellas llevaban un cirio en la mano y en la otra un libro, é iban cantando.

Despues que pasaron las varias órdenes de monjas, siguieron en la misma condicion las de los padres, que tambien fueron numerosas.

Los soldados del ejército, presentando las armas, guarnecian la carrera, que se hallaba ricamente tapizada de flores.

Al fin de una ancha y larguísima calle se divisaba el tabernáculo, que salia de una nube, y despues más arriba estaba un trono con dosel de oro.

A este sagrado lugar subió el sacerdote por unas gradas, tambien doradas.

¡Qué magnífico efecto! ¡Se me figuraba Elias cuando fué arrebatado entre las nubes hácia el Cielo.

« ¡Dios poderoso! — exclamé — infunde en mi pequeñez un átomo de la comprension de tu grandeza y de tu esplendor! »

Tengo la fé, queridas lectoras, de que llegará un dia, en nuestra época, en que comprenderemos lo que es la verdad desnuda de pasiones bajas, en que la verdadera luz resplandecerá como resplandece el sol.

Al presente todo está mezclado y confundido; y es tal nuestra miseria, que hasta nuestras mejores obras están saturadas de egoismo y vanidad.

La fé nos enseña el bien y el mal en toda su fuerza; dejémonos, pues, guiar por ella con confianza.

La vida es sueño; pensemos constantemente en ello y evitaremos graves errores.

La mujer es frágil; pero tambien es más pronta en seguir el bien. Ella es casi siempre más sabia que el hombre, porque el hombre tiene la ciencia bruta de la materia, y la mujer tiene la sensibilidad, el tacto esquisito que la eleva y engrandece en todo sentido.

Una de las cosas que llamó mi atencion como un rasgo característico de aquellos pueblos, fué que en tales ocasiones, las aceras, muy anchas en general, están llenas de mesas con sofaes y si-

llas, donde infinidad de señoras están sentadas tomando refrescos.

Aquello parece un inmenso jardin, una grandiosa feria, un amenísimo paseo. A veces vienen niños y niñas con algun instrumento y lo tocan para que les den alguna limosna; otras, más pobres tal vez, cantan á secas alguna trova; otros, en fin, obsequian á los concurrentes presentándoles ramos de flores, para obtener alguna moneda; son los medios de que se sirven los desvalidos para pedir una limosna; pero es de observar que nunca la piden directamente y sin ofrecer en compensacion algun trabajo.

Por la tarde fuimos al Jardin Público; y por la noche salimos tambien á paseo. Todo estaba muy concurrido y en todas partes habia grande animacion.

En los dias siguientes fuimos á visitar algunos de los monumentos que encierra la lujosa y elegante ciudad de Burdeos; pero tres ó cuatro dias, cuando para ello se necesitarian tres ó cuatro meses, no bastan para conocerlos bien todos.

Descuellan entre ellos L'*Hotel de ville*, que es el antiguo Palacio Real, en cuyo suntuoso edificio

existe el museo de pintura y escultura, donde se observan algunos cuadros de mucha estimacion.

Le Grand Théâtre—L'Hôtel-Dieu—que es el hospital civil—*Los Baños*, que son dos magníficos edificios, que costaron un millon trescientos mil francos.—*La Catedral—La Biblioteca—El Palacio de justicia*—y varias iglesias muy notables.

Despues de esta breve estancia en Burdeos, partimos para Marsella, solas, pues al Sr. Corradi no le fué posible salir el mismo dia, y quedó en que lo verificaria al siguiente y nos alcanzaria ántes de que saliéramos para Italia.

CAPITULO VII.

Marsella

Para conocer minuciosamente el camino que íbamos á emprender, el Señor Negron me dió por escrito un itinerario, que me sirvió como si no fuera la primera vez que yo anduviera por aquellos lugares. Nuestro viaje fué feliz; pero la velocidad del tren no nos permitia contemplar los sitios por que pasábamos. Entonces sentí haber tomado billete directo hasta Marsella, pues á pensarlo mejor, habria visitado algunas ciudades del tránsito. Sentia pena de no poder contemplar tan fecunda agricultura, pues es admirable el minucioso trabajo del agricultor francés. ¡En tantos centenares de leguas que atravesamos, no encontramos ni un pedacito de terreno inculto! Todo parecia un hermoso jardin de varíados colores.—En América no se tiene idea de todo lo que puede aprovecharse el terreno.

Pero sigamos el viaje á Marsella.

En las estaciones hay wagones con un letrero que dice: *Pour Dames seules.*—Para Señoras solas—Esto es una gran comodidad y facilidad para viajar tranquilamente largas jornadas.

Tambien me llamaron agradablemente la atencion las elegantes fuentes de mármol con sus cristalinas aguas que se ven en cada estacion, y sobre todo el cuidado esquisito que supone el hecho de hallarse allí unas mujeres dispuestas para cualquier ocurrencia imprevista que puedan tener las señoras que viajan; por ejemplo, una se enferma en el tránsito, y al llegar á la primera estacion encuentra todos los recursos necesarios, que tales mujeres le proporcionan.

Viajamos todo el dia y toda la noche; lo cual nos molestó bastante, pues no estábamos aún repuestas de la fatiga que siempre produce una larga navegacion; así que, cuando llegó la noche estábamos rendidas. Añádase á esto, que en los intérvalos del camino, durante la noche, teníamos que esperar en algunas estaciones una hora ó dos, hasta que llegaran otros trenes, pues á cada paso teníamos que cambiar. Aquí de los apuros para no equivocarnos, porque á un tiempo

mismo salian tres ó cuatro trenes para diferentes puntos; y en altas horas de la noche, cansadas, con el sobresalto de que podríamos cambiar equivocadamente de ruta, dominadas por el sueño y sin poder disponer de un cuarto de hora, era una situacion penosa, alarmante.

Por fin, llegamos á Marsella. Esta hermosa y extensa ciudad se compone de dos partes bien distintas, la vieja y la nueva. La vieja tiene calles estrechas y sucias en sumo grado; la nueva, por el contrario, las tiene anchas y bien dispuestas, con elegantes edificios de una arquitectura tan hermosa como sencilla. Los distritos más bellos son: el corso *Bonaparte;* las calles *Saint-Ferréol, Vacon, Paradis* y la famosa *Canebière.*

El hotel donde alojamos es magnífico y la servidumbre, la más apuesta, pues aunque por la mañana los sirvientes están haciendo la limpieza del establecimiento, desde la hora de almuerzo en adelante se visten como el más elegante dandy, afeitados, perfumados, lucientes cabellos, muy albos y con guantes blancos.

El comedor está dividido en arcos, y en cada uno hay una mesa; y la hora de comida está

amenizada con música, que no se sabe de dónde sale.

Todas estas impresiones son tan agradables, que una no cree comer sinó ilusiones, manjares del Olimpo. A veces me creia trasportada á uno de esos festines encantados, más fantásticos que los cuentos de las «Mil y una noche».

Para sacudir la pesadez y entumecimiento que siempre produce el viaje, y despejarnos un poco, fuimos á tomar baños de mar. Allí nos dieron de traje de baño unos pantalones y un paletó con cintura. Al vernos en tales trajes nos echamos á reir, acostumbradas como estábamos á los sacos largos hasta los piés que nos daban en Valparaiso; pero pronto nos convencimos de la comodidad de este traje para nadar.

El piso del baño está esmeradamente limpio, una arena tan fina que daba gusto de mirar el fondo; las olas muy suaves.

Concluido el baño fuimos á visitar la catedral y el museo, en donde descuellan las escuelas francesas, italiana y flamenca; despues nos retiramos al hotel.

Al dia siguiente fuimos á ver los justamente

renombrados puertos, el viejo y el de la *Joliette*; las principales fuentes de la *place Royale*, de la *porte Paradis*, de la *place des Fainêants*, etc., etc., y el *Jardin Zoológico*.

En la noche salimos paseando sin direccion fija, y llegamos á una plaza cuya principal concurrencia era de niños dc ambos sexos, con sus amas y sirvientas que los cuidaban. Su objeto era gozar con sus juegos y sus bailes de aquel ambiente puro al lado de un hermoso lago y bajo el pintoresco techo de muchos y frondosos árboles, por entre cuyas espesas ramas se miraba el claro de la luna.

De vez en cuando oíanse algunas piezas de música magistralmente ejecutadas tal vez por alguna reunion de familia en alguna de las casas inmediatas; y en los intermedios, hasta las habitantes de aquel lago. . . . . las ranas, venian á tomar parte con su ronca y chillona voz en aquel nocturno é interesante concierto.

Todo aquel conjunto, en el silencio de la noche, era encantador; y yo daba gracias á Dios por haberme permitido conocer algo de lo que es dado conocer á la inteligencia del hombre, y lo

único que sentia en esos momentos de contemplacion, era una pena interior, porque no tenia cerca de mí á tantos séres amados, que necesitan de contemplar esa constante armonía de la Naturaleza.

Eran los últimos instantes de nuestra corta permanencia en Marsella.

Al dia siguiente á las cinco de la mañana íbamos saliendo del hotel en direccion al ferro-carril, cuando vimos llegar al Señor Corradi. Su delicada salud y las molestias de aquella noche habian provocado una continua tos, y venia en un estado lamentable. Asi que supo que nos íbamos en ese momento á Génova, se resolvió á seguir con nosotras el viaje; y aunque le hice observar que podria ponerse en peor estado, dijo que queria concluir pronto su viaje, y que nuestra compañía seria para él de gran consuelo por si algo le sucedia.

CAPITULO VIII.

Génova

Salimos, pues, para Génova, haciendo un viaje si no tan largo como el que habiamos hecho de Burdeos á Marsella, al ménos con las mismas ó mayores molestias. Atravesamos tantos túneles que, cuando me puse á contarlos, conté todavía más de cincuenta; despues de lo cual nos encontramos de improviso en el territorio piamontes.

Aquí cambia la escena: los actores hablan todos el italiano; y.... ¡cosa admirable! el Sr. Corradi, que habia sufrido tanto en el trayecto, que un momento ántes estaba tan abatido, á medida que iba respirando el aire de la patria, iba animándose su semblante, hasta sentirse, poco despues, casi bueno.

Luégo que registraron los equipajes, pasamos por algunos instantes al salon de espera; y cuando ménos podia yo imaginarlo, oí á mi lado ha-

blar el español. Fijé mi atencion, y ví que un caballero muy bien vestido de viaje hablaba con singular respeto á una señora gruesa muy despejada, que se sonrió cuando aquel le dijo que pedian los pasaportes.

Ella desdobló un papel y se lo presentó abierto al empleado; el cual al saber quien era la persona en cuya presencia se hallaba, se deshizo en ceremonias y pidió mil perdones.

Ella se sonrió nuevamente, y se puso á hablar con los que la acompañaban.

Yo sospeché entónces que seria la reina Isabel, lo que en efecto era así, segun me dijeron las damas de honor que formaban su séquito.

Desde que pisamos el suelo de Italia (preciso es decirlo, para que cese tanta indolencia de parte de las empresas) en cada estacion se sentian malos olores, y ya no habia fuentes de cristalinas aguas, ni flores, ni mujeres que cuidasen de los viajeros que llegasen enfermos, como habiamos notado con gran satisfaccion nuestra, y para honra de las empresas francesas, en todas las estaciones de Francia; y hasta en la misma estacion de Géno-

va siéntese un fuerte olor nauseabundo que predispone mal el ánimo contra aquel puerto.

Sin embargo, en todo aquello que corresponde al individuo en particular, nótase muy distinta cosa, pues si las estaciones *ferroviarias* como allí llaman, en punto á órden y aseo dejan mucho que desear; en cambio, las quintas de particulares que se encuentran en el camino, con sus elegantes castillos y bonitos jardines, son un verdadero encanto, y, frecuentemente, verdaderas obras de arte.

El dia veinte llegamos á Génova, última estacion de mi viaje, segun mi creencia; pero el hombre propone, y su destino dispone, á veces de muy distinta manera.

Cerca de medianoche llegamos al hotel Victoria en *piazza dell' Annunziata.*

Al dia siguienle envié á mi mamá un obsequio del Brasil, diciéndole que unas señoras americanas deseaban verla. Tomé esta precaucion por si no habia recibido mi carta dirigida desde Burdeos; y despues del almuerzo nos dirigimos á su casa.

Pero ¡ cuál no seria mi sorpresa al verla tan acabada! Fué tal mi impresion, que no pude contener las lágrimas.

Largo rato permanecimos en mutua contemplacion.

Ella estaba admirada de mi ánimo en haber hecho tan largo viaje..... sin amparo de nadie, decia.—¡Lo que es la preocupacion!—Generalmente decimos las que somos solas: —«¡Estoy sola en el mundo!» —y no comprendemos que tal soledad no existe; que acaso estamos mejor acompañadas que las que tienen que renegar de su vida viendo á su alrededor personas que las hacen sufrir, apurando su paciencia y con otras mil contrariedades! ¡Cuántas veces nuestras lamentaciones no tienen eco en los que nos rodean; y en la Providencia tenemos la seguridad de que siempre nos oye, nos compadece y nos proteje! Mas como para perfeccionarnos debemos pasar por las pruebas de nuestro destino, nos manda para alentarnos ángeles que nos conforten, y materialidades que distraigan un tanto nuestros sentidos. . . . tal vez agotados del material pesar de nuestra cruz.

Lo que más me sorprendió y me afligió fué encontrar á mi madre casada, hacia un año, en segundas nupcias, con un jóven genovés.

Muchos motivos tenia de sentimiento: por una parte creia no serian tranquilos los últimos dias de mamá, pues él se habia casado por interés;por otra consideraba que yo no podia ya vivir con ella, pues no era prudente, no hallándose sola, como yo creia. Ella pensaba del mismo modo, y frecuentemente exclamaba: « ¡Hija mia, por qué no habrás venido un año ántes! . . . . ya no nos hubiéramos separado jamas! »—Asi que, yo esperé que mi buen ángel me inspirara alguna idea, para resolverme sobre mi permanencia allí, ó mi separacion definitiva.

Pasados los primeros momentos de emocion, de consideraciones, de recuerdos, mamá me mostró la casa, que es magnífica, propia y está situada en una de las pocas calles anchas que allí hay, muy central, pues está cerca de la *Gran Posta.*

Como allí empecé á ver, el lujo de los edificios, en Génova, por regla general, está en los pavimentos, que son de mosáico; pero de una especie admirable, y de tal variedad, que parecen lindas alfombras. Los techos son pintados al óleo con alegorías históricas. El mármol está distribuido con tanta profusion, que pórticos, escaleras, pare-

des, columnas, galerías, todo es de mármol de diferentes clases y colores. Los trabajos de arte en este sentido llaman la atencion de las personas entendidas, y enseñan á conocer el mérito del artista.

Cuando se recorren detenidamente las calles seguidas, *Nuova, Nuovissima* y *Balbi*, es cuando verdaderamente se puede formar idea de la magnificencia de Génova. « Al ver los palacios que las guarnecen, cree una estar en una ciudad de reyes. » Tal es el elogio que Mme. de Staël hacia de la calle de *Balbi*, abierta en 1606 á espensas de la familia patricia de ese nombre. Pero la calle *Nuova* es, sobre todas, la que más llama la atencion del extrangero: allí se hallan los dos palacios *Brignole-Sale*, los palacios *Adorno*, *Serra*, *Spinola*, *Doria*, *Cataldi*, *Gambaro*, *Raggi*, *Tursi*, etc., etc. La posicion particular de la ciudad y el reducido espacio de estas calles, impusieron sin duda á los arquitectos la obligacion de introducir una gran variedad en las disposiciones y en las fachadas, á fin de evitar repeticiones que la proximidad hubiera hecho insoportables. Solo así se explican esas brillantes invenciones de pórticos,

de escaleras, de galerías, de azoteas, donde el lujo de la materia va unido al del arte.

Sin embargo, debemos reprochar á la mayor parte de las iglesias de Génova, excepcion hecha de la de *Carignano*, esa riqueza y profusion de ornamento de que adolecen, que les dá un aspecto demasiado teatral, y que ofende su majestad y la impresion religiosa.

Diré algo sobre las principales.

La *Cattedrale ó San Lorenzo*. Exteriormente está revestida de mármol blanco y negro, dispuesto en hileras alternativas. El interior de la Iglesia presenta una singular mezcla de estilos. Ademas de las cuatro pilastras principales, la nave está decorada con diez y seis columnas de órden compuesto, formadas con piezas de mármol negro y blanco de Paros.—Es notable la capilla de San Juan Bautista, decorada con ornamentos de mármol y de estuco dorado, de bajo-relieves y de estatuas.—Esta iglesia contiene muy buenas pinturas de diversos autores. En su sacristía guárdase un vaso de esmeralda, conocido en toda la cristiandad bajo el nombre de *Sacro Catino*, encontrado en la toma de Cesárea, en Pa-

lestina, en 1101. Se pretende que en este vaso (regalo de la reina Saba á Salomon) fué donde nuestro Redentor Jesus comió el cordero pascual con sus discípulos. Lo cierto es que se le miraba como cosa tan preciosa, que una ley de 1476 castigaba de muerte á cualquiera que lo tocase con un cuerpo duro.

L'Annunziata. El esplendor y la magnificencia de esta iglesia son debidos á la familia de los *Lomellinos*, soberanos de la isla de Tabarca (Africa) que la poseyeron hasta 1741. La nave, la cúpula, y las cariátides fueron doradas hace algunos años. Contiene preciosos frescos representando paisajes bíblicos. Su fachada, sostenida por calumnas acaneladas y revestidas de mármol blanco, no está aún concluida. Sobre la puerta hay una bellísima *Cena de Nuestro Redentor*, obra maestra de *Procaccini.*

Santa Maria de Carignano, contruida en 1552 por el arquitecto *Galeas Alessi* á espensas de la familia *Sauli* y situada á un extremo del puente de Carignano sobre una altura desde donde se domina el mar y parte de la ciudad, es un conjunto de perfecta unidad. Su plano forma un cuadrado

regular de cincuenta metros, y segun oí referir, tiene analogía con el plan de San Pedro de Roma conforme al proyecto de Miguel-Angel. Tres naves dividen el interior y producen la cruz griega; cuatro pilares macizos sostienen una gran cúpula central, y en los ángulos de la cruz hay otras cuatro cúpulas más pequeñas; los pilares están adornados con cuatro estatuas de mármol de cuatro metros de elevacion. Hállanse en esta iglesia muchos buenos cuadros, que no indico por no hacer pesada la descripcion. En mi concepto, *Santa María de Carignano* es el templo más serio, más propio para el recogimiento, y donde el espíritu se siente más conmovido y dispuesto á elevarse hácia su Criador.

Génova goza tambien de algunos importantes establecimientos de beneficencia.

L'Albergo dei poveri (Hospital de los pobres) encierra cerca de dos mil personas enfermas, hombres y mujeres: ancianos, huérfanos, niños abandonados. Toda esta poblacion está dividida en clases y debidamente empleada en trabajos manufactureros; pero por una mala inteligencia acerca de la caridad, ó mas bien, por lo que ya digimos

ántes acerca del egoismo de que estan llenas nuestras mejores acciones, en 1675, y contra las intenciones benéficas de su primer fundador *Emmanuel Brignole*, un mal concebido decreto limitó á solo los nacionales la admision en este caritativo establecimiento.

No sucede así por fortuna en el *Ospedale di Pammatone*, fundado por el jurisconsulto *Bosco* en 1420, donde se reciben á los enfermos de todas naciones, que es lo que deberia suceder en todos los hospitales del mundo, porque todos somos hijos de un mismo Padre celestial y hermanos entre sí.

Génova posee varios teatros. Los principales son: *Carlo-Felice*, construido en 1826 y uno de los primeros de Italia por su grandor, sus proporciones y sus decoraciones interiores.

Paganini, de reciente construccion, más pequeño que el anterior, pero muy lindo.

Acqua-Sola, diurno; etc., etc., etc.

Mamá estaba á todas horas con nosotras, tanto más cuanto que á los pocos dias de nuestra permanencia en aquel país, notamos lo desfavorable que su clima era á nuestra salud. A pesar de

todo, mamá trataba de distraernos sacándonos á paseo y haciéndonos conocer los mejores sitios. Un dia nos convidó á ver la gruta de Sestri y otros jardines. Mandó poner el carruaje y tomamos la direccion de *San Pier d'arena.*

La gruta de Sestri está en el interior de una roca. Éntrase á ella como á una cueva; pero el primer aposento, que viene á desempeñar el papel de vestíbulo de aquel alcázar subterráneo, es una sala cuadrangular, cuyo piso, paredes y techo es de granito, y cuyas puertas son simples boquerones que comunican á otros departamentos, en todos los cuales encontramos gentes que visitaban la gruta. Hacíamos nuestra excursion á favor de la luz de una lámpara que un guia llevaba.

Despues de pasar por algunos aposentos ó sitios todos irregulares y todos diferentes, llegamos á un laberinto, bien distinto por cierto de los laberintos de los jardines. Unas veces aparecian de improviso rocas formando barandas, galerias, puentes, pasillos difíciles y al parecer peligrosos, con gran confusion de vueltas y revueltas, experimentando en cada uno de estos accidentes una nueva y extraña impresion, ya agradable ya de

susto; otras nos encontrábamos, sin saber cómo, rodeadas de agua, siempre avanzando y sin divisar nuestra salida.

En todas partes veíanse estatuas que parecian séres vivientes en actitudes caprichosas, alegorías y toda clase de obras de arte.

Cada uno de los departamentos en que estuvimos era un nuevo cuadro, una nueva decoracion, y cada una producia en nuestro ánimo una nueva impresion y nos arrancaba una exclamacion.

Dimos tantas vueltas en todas direcciones y anduvimos tanto por aquellas encrucijadas subterráneas que creiamos estar muy léjos del punto de partida, cuando en un volver de esquina nos encontramos en la sala príncipal, ó sea el vestíbulo de la gruta. Aquella fué una impresion tan agradable como inesperada, pues nos veiamos salvos de todos aquellos simulados peligros.

Sirviéronnos entónces una copa de un licor muy parecido al Champagne chileno, vulgarmente llamado *chicha*, y brindamos á la salud de un amigo de mi mamá y mio, escritor chileno, muy conocido por su viveza de imaginacion y originales ideas. Impresionadas por las vistas caprichosas que ve-

níamos de ver, y por los accidentes varios que acabábamos de experimentar, deseosas de que él hubiera estado allí, ó de que algun dia logre la satisfaccion de visitar aquellos sitios, brindamos por Manuel Blanco Cuartin.

Tú eres ¡oh Blanco! aquel de los americanos que yo más deseo conozca la Europa.

Aunque tu elevada concepcion te la haya creado hermosa, nunca lo es tanto como la realidad. Allí es donde tú extenderás tus ideas y darás mayor impulso aún á tu inteligencia; y, elevándote á las realidades de esas regiones, en donde en cada punto se puede escribir un poema, de tu pluma brotarán á raudales las maravillas.

De *Sestri* pasamos á *Pegli*, pueblecito de 4000 habitantes, donde se hallan las casas de recreo ó mas bien, los palacios encantados de *Pallavicini*, *Grimaldi y Doria*.

La Villa Pallavicini.—Acumulando sobre un ribazo, casi inculto, surtidores, cascadas, un lago, un parque, etc., etc., es como hace algunos años se creó esta espléndida curiosidad.

El palacio y los edificios de fantasía diseminados en el parque, son de mármol de Carrara; y con

fragmentos de estalactitas, á gran costo recogidas, construyóse con mucho arte una misteriosa gruta, iluminada por diversas pequeñas claraboyas hábilmente colocadas, que derraman sobre el lago que contiene una débil y singular luz.

Al aproximarse los visitantes al borde de este lago, una góndola en forma de cisne viene en su busca para hacer una excursion acuática y trasportarlos al lado opuesto.

Al salir de esta especie de gruta de lapiz-lázuli, el viajero se encuentra en un sitio encantador, animado por el ruido de una cascada que cae á la derecha de lo alto de unas rocas. A la izquierda aparece un templo jónico consagrado á Flora. Más léjos, un obelisco egipcio sale del lago, como de una inundacion del Nilo ; y más adelante admírase la belleza de un pintoresco kiosco turco.

En el horizonte, visto por bajo del arco de un puente gótico, aparece una sorprendente vista sobre el golfo de Génova y el Mediterráneo; y si para contemplar mejor todos esos espectáculos, se quiere amarrar la góndola á la ribera del lago, hállanse allí á este efecto postes de porcelana del Japon.

Para gozar de otro punto de vista, y sobre todo, de otra muy distinta emocion, invítase á uno de los concurrentes á entrar en una cuna situada á corta distancia del lago; y tocando un resorte, cae inopinadamente una lluvia de agua sobre su cabeza. Naturalmente la víctima trata de huir; pero de todas partes saltan sobre ella diversos chorros, que le obligan á renunciar á mas espectáculos.

Y en efecto, éste es el último de ellos, pues en seguida se sale al sitio de entrada.

Por la noche fuimos á *Acqua Sola*, que es el paseo más frecuentado de Génova, situado en una de las elevaciones de la ciudad, bien plantado de árboles, con surtidores y cómodos asientos. Las personas ascienden á él por medio de escaleras ó de una rampa algo pendiente; y los carruages, por una pendiente suave, pero más extensa.

El centro del paseo es un jardin lleno de calles ricamente alumbradas con faroles chinescos.

En una plataforma invisible habia una buena orquesta haciendo prodigios de arte.

Multitud de concurrentes sentados á las mesas alli dispuestas saborean agradables refrescos.

De trecho en trecho elegantes fuentes de már-

mol lanzan caprichosos juegos de agua y contienen en sus receptáculos variedad de peces de todos colores, verdes, granates, dorodos, iris, etc.

CAPITULO IX.

Turin

Decididamente tuvimos que ausentarnos de Génova: mi salud y la de mi hija estaban sensiblemente alteradas.

Con todo el dolor de mi corazon, pues presentia que no la volveria á ver en esta vida, me despedí de mi madre el dia 15 de Julio.

Despues nos dirigimos á la estacion del ferrocarril, y pocas horas más tarde nos hallábamos en Turin, donde solo debiamos permanecer un dia.

Esta hermosa y vasta ciudad, ex-capital del Piamonte, es en su construccion la más regular y simétrica de Europa; sus calles rectas y sus manzanas cuadrangulares la asemejan á nuestras ciudades de Sud-América.

Turin, cuya poblacion es de 200 mil habitantes, está rodeada de dos caudalosos rios, el *Po* y el *Dora*, cruzados por muchos y monumentales

puentes; y contiene ciento diez iglesias y capillas, doce teatros, muchos hospitales y casas de beneficencia, varios museos y establecimientos literarios, muchos palacios y muchas plazas, entre ellas la de *Armas*, cuya área comprenderá unas cien cuadras cuadradas de las nuestras. Su clima es templado, puro el aire, nítido el cielo; la agricultura en todo el Piamonte está mucho más adelantada que en el resto de Italia, y es muchísimo más importante que su industria; el carácter de sus habitantes es activo, laborioso y hospitalario.

Todo el dia estuvimos en continuo ejercicio. Por fortuna aquellas calles están esmeradamente adoquinadas, y el movimiento del carruaje apénas se percibe.

Por la noche anduvimos poco, por el cansancio que sentiamos; solo discurrimos por los alrededores de la plaza de *Carlo-Felice* y *Embarcadero* para conocer el movimiento nocturno de aquella parte de la poblacion, que se dejaba conocer especialmente en los innumerables cafés, confiterías, etc., adonde concurrian á tomar refrescos, en medio del sin número de buenas orquestas que en todas partes se oian.

CAPITULO X.

De Turin á Paris

Al dia siguiente, 17 de Julio, salimos para Paris.

Sentia yo en mi interior una voluntad superior á la mia que hacia eco en todo mi sér, que dirigia mis acciones, y que, aun cuando yo deseaba á veces permanecer más tiempo en alguna ciudad para conocerla, me decia con insistencia: *Paris, Paris: nada más por ahora.*

Emprendimos, pues, el viaje por una via distinta de aquella que habiamos seguido al atravesar la Francia: fuimos por el famoso túnel de Mont-Cenis. Al entrar en él nos pusieron luces en los wagones. Tocáronnos por compañeras unas hermanas de caridad y esto nos tuvo tranquilas todo el camino.

El paraje de *Mont-Cenis* es imponente; el tren emplea tres cuartos de hora en atraversarlo. En su trayecto se ven luces de gas que salen de ca-

ñerías colocadas en el suelo. De trecho en trecho, algunos hombres caminan constantemente con hachones de viento para renovar más rápidamente el aire. Cuando álguien habla un poco alto, es tanto lo que retumba, que se oyen voces atronadoras. Algunos respiraderos en forma de claraboya daban á veces una dudosa luz, á cuyo favor divisábamos las menudas gotas de agua en que caia condensado el vapor de la máquina y de nuestros cuerpos, pues circulaba un aire helado, pesado, húmedo, y de cuya penosa impresion no se daba una cuenta bien hasta la salida del túnel, en donde la pureza del aire hacia más sensible el contraste.

El dia 18 á las tres y media de la tarde llegamos á la reina de las ciudades, á Paris.

¡Qué bullicio! qué confusion de carruajes y de cósas! qué mare-magnum!

Me dió susto la primera impresion; creí perderme en aquel verdadero laberinto; y lo que hice fué ponerme en manos de la Providencia, diciéndole al cochero: «un hotel». Y una hora despues nos hallábamos mi hija y yo descansando en una de sus cómodas y alegres habitaciones.

CAPITULO XI.

Costumbres buenas y costumbres malas

Habian trascurrido algunos dias desde nuestra llegada á Paris; los calores aumentaban cada dia, y la permanencia en el hotel se nos hacia insoportable. Sin embargo, ántes de resolverme á cambiar de alojamiento, quise oir el parecer de mi amigo el Señor Negron, y con este motivo hice llegar á su poder una tarjeta con la direccion del hotel, y al momento vino á vernos.

Manifestéle mi pensamiento de abandonar el hotel, y el deseo de trasladarme á un departamento amueblado en punto ameno; y tan de buena voluntad se me ofreció que convine en que nos acompañase á buscarlo. Díjome, que siendo estacion de verano me convenia vivir en los alrededores de la ciudad; y en efecto, buscamos en este sentido, y al cabo de dos dias encontramos un departamento cerca del Bosque de Bolonia, á la conclusion de los Campos Elíseos, situacion tan

poética como pintoresca. Hacíamos frente á una estacion del ferro-carril de cintura; y cada media hora pasaba el tren por debajo de nuestras ventanas.

Allí, detras de las persianas, observaba yo con frecuencia á las gentes que contínuamente pasan, y los trajes que cada clase usa; y no podia ménos de admirarme al considerar cuán grande es el poder de economía que tienen ciertas costumbres del pueblo, y cuánta moralidad encierran al mismo tiempo.

Las mujeres del pueblo propiamente dicho, y aquellas que han sido mejor educadas, pero que no tienen medios de subsistencia, trabajan mucho, y por este motivo son más independientes. Unas se dedican al trabajo material de las industrias; otras, á la parte intelectual, y llevan la correspondencia ó los libros de contabilidad de una casa de comercio, de un hotel ó de cualquier otro establecimiento; otras, de posicion más infeliz, se ven á todas horas por las calles con un carretoncito de mano vendiendo verduras, frutas y otros mil objetos de poco precio.

Lo que he observado detenidamente en Paris, lo

he observado tambien en todaslas partes de Europa donde he estado : *todos trabajan asíduamente.* La ley del trabajo en Europa es más imperiosa que en ningun punto de América, la escasez de medios de subsistencia obliga á ello; pero en cambio se conoce mejor la economía; economía en las diversiones, economía en el sustento, economía especial y notable en el vestir. Cada clase viste, come y se divierte segun sus posibles, y nada más. puede decirse que gira libremente en su órbita.

Concretándonos á la clase de servicio femenil que es la que más contrasta con la de América, observamos que las sirvientas, por ejemplo, visten todas iguales en la calidad de la estofa y en el corte del vestido, esto es, de un género barato y vestido corto, sin cola y sin superfluidades; un delantal en las horas del trabajo para preservar el vestido y una gorra blanca.—Esto es una gran moralidad, porque no tienen que pensar en coserse modas, que consumen todo su salario, ocupan todo su tiempo y no dejan lugar de pensar en el bien. Esto mantiene á cada una dentro de sus límites, mantiene el órden, tan necesario en todas

las cosas, y no da lugar á esa espantosa confusion que se nota en América, en donde á cada paso ocurre que un caballero ó una señora da la mano á una sirvienta por creerla una señorita de la casa.

En los momentos en que esto escribo (aquí en Buenos Aires) tengo una cocinera, que no sabe cocinar, pero que sabe perfectamente pasar todo el dia deshaciéndose sus vestidos y poniéndolos á la última moda (no la moda de las sirvientas, sinó la de las señoritas), y la noche sabe tambien pasarla parada á la puerta de la calle en conversacion con todo el mundo. La he reprendido varias veces por esta mala costumbre; pero me responde con una insolencia tal que me aturde. En varias ocasiones le he dicho que me cosiera algunas frioleras que necesitaba para mí; y me ha contestado con mucha frescura, que tenia que coser para ella. Si por desgracia la mando fuera de casa por alguna cosa, no sabe volver. Noches pasadas era dia de recepcion, y deseaba yo que mis amigas probasen un refresco que les habia preparado; faltaba solo el hielo, y mandé por él á la cocinera á las nueve, á dos cuadras de distancia de casa, y

no volvió hasta las diez y media, sn hiielo y sin haber estado á buscarlo, segun el dia siguiente averigüé.

En resúmen; yo creo que pago una sirvienta únicamente por poder decir que tengo quien me sirva, porque en realidad no me sirve, sinó que ella tiene casa, comida y salario seguro, tiempo para componer sus cosas y para charlar á la puerta de la calle, y una señora á quien insultar con sus incrianzas. ¿Puede darse un servicio más detestable?

Parece que oigo decir á alguna de mis amables lectoras, que todo eso es fácil de remediar, cambiando de sirvienta; pero ¡ah! he cambiado ya muchas, y el resultado ha sido siempre ir de mal en peor. El mal donde está es, en que aquí los que sirven no están educados para el servicio; y por eso no saben ni servir ni respetar. En Europa cada cual recibe una educacion adecuada á la cosa á que se dedica; y por eso los sirvientes, que están educados para el servicio, saben servir bien y con respeto.

Otra de las recomendables costumbres que he observado en Europa, y especialmente en Paris,

es la de ocupar de algun modo útil el tiempo dedicado al paseo.

En la mayor parte de las cien plazas que Paris contiene, existen fuentes monumentales, obeliscos, estatuas, y otras obras de arte, jardines diferentes, algunos muy poblados de árboles y con anchos y cómodos asientos.

A todas horas se ven allí caballeros, señoras, niños; pero todos ocupados. Los caballeros suelen llevar periódicos ú obras de recreo; las señoras y señoritas, alguna labor ó libros; los niños se entretienen en sus naturales juegos.

De esta suerte el tiempo se multiplica, se vive y se progresa más, no es sola la materia la que goza por el recreo, sinó el espíritu, cuya inteligencia y cuya moral mejoran extraordinariamente. ¿Porqué, pues, no habrian de adoptarse entre nosotros estas costumbres tan convenientes, tan civilizadoras?

Por otra parte, los Establecimientos de Beneficencia aprovechan tambien en favor de sus desvalidos el espíritu de sociabilidad de los pueblos europeos. En las ciudades donde existen Sociedades de Beneficencia, la autoridad local dispone

por regla general, que una ó dos bandas de música toquen en el paseo ó plaza principal; y permite á la Sociedad de Beneficencia que proporcione á los concurrentes las sillas necesarias cobrando por el asiento algunos centavos, con lo cual las sociedades benéficas europeas suelen tener pingües ingresos para ocurrir á las necesidades del Establecimiento.

Ademas, suele tambien arrendarse, para el propio fin, el derecho de servir toda clase de refrescos y de dulces á los concurrentes, hasta en sus propios asientos, para lo cual se coloca en el paraje más conveniente de la plaza un kiosco, desde donde salen los sirvientes á distribuir los helados, gaseosas, etc.

De estas reuniones nocturnas, las poblaciones que las tienen reportan grandes beneficios bajo el punto de vista higiénico, económico y moral.

Primero, porque las gentes salen de sus casas, siempre estrechas y sofocantes en la estacion calurosa, y van á gozar del ambiente fresco y salutífero que ofrece una extensa plaza llena de plantas y de fuentes.

Segundo, porque, asistiendo á sus reuniones el

bello sexo, muchos jóvenes se ven atraidos por sus encantos, por el bienestar que se experimenta en el sitio y por el interés mismo de la música; y no van á los cafés y casas de juego, en donde pierden la salud y cien veces más dinero que el que puedan gastar en el sitio de la reunion.

Y tercero, porque las familias se ven y se ponen más en contacto, y por consiguiente se relacionan con más intimidad, y desaparece más fácilmente cualquier diferencia ó etiqueta, que de otro modo cortaria las relaciones; es decir, que tiende á la union y armonía de todos.

Esto supuesto, ¿qué inconveniente habria en adoptar aquí en América esta buena costumbre?

CAPITULO XII.

La plaza de la Concordia, el Sena y el Bosque de Bolonia.

Ya que hemos hablado de las reuniones nocturnas que en las plazas de las ciudades europeas suele haber en las noches de verano, conveniente seria describir lo que en esas grandes ciudades es una plaza. Paris cuenta en su seno más de ciento de todas formas y dimensiones, entre las cuales hay diez ó doce muy principales. Describirlas todas, seria ajeno á la naturaleza del trabajo que nos ocupa; pero considero útil describir una de ellas, y voy á hacerlo de la plaza de la *Concordia* (que en mi concepto es la principal) respondiendo de la exactitud de los datos, pues son estadísticos:

Saliendo del jardin de las Tullerías por la puerta del oeste, éntrase inmediatamente en la plaza de la Concordia. Al principio se denominaba plaza de Luis XV, á causa de la estatua ecuestre de ese príncipe que se veia en medio de ella ántes de

la Revolucion; despues se denominó de la Revolucion, plaza de Luis XVI, y finalmente plaza de la Concordia.

Esta plaza, que se principió en 1763, segun los diseños de Gabriel, forma un octógono. En los ángulos hay ocho pabellones semejantes entre sí, á excepcion de dos costados. Al norte, hállase la trastera; al mediodía, el pórtico del palacio de la cámara de diputados y el puente de la Concordia; al oriente las azoteas del jardin de las Tullerías; al poniente, la avenida de los Campos Elíseos y la magnífica perspectiva del arco de triunfo de la Estrella, forman un conjunto admirable, que completan el famoso obelisco de Louqsor, dos hermosas fuentes monumentales y cuarenta columnas triunfales, guarnecidas de faros y coronadas de globos dorados. Siguiendo el borde de las aceras, se ven colocados cuarenta candelabros de hierro.

Sobre los ocho pabellones se hallan las estatuas que representan las principales ciudades de Francia. En medio de la plaza se levanta el obelisco de Louqsor. Este monumento, 1600 años anterior á la era cristiana, fué tallado y erigido en la ciudad de Tebas bajo los reinados de Rameses II y

Rameses III; mide 23 metros y medio de elevacion y es de una sola pieza. Sobre el pedestal, que es de granito de Bretaña, se ven representados, por medio de figuras imitando el estilo geroglífico, los medios empleados en Egipto para derribar el obélisco y trasportarlo al Nilo, donde debia embarcarse para Francia, y los que en Paris pusieron en práctica para levantarlo sobre su base. El obelisco hállase colocado entre dos magníficas fuentes: una simboliza la navegacion marítima, y la otra, la navegacion fluvial. En cada uno de sus pilones, que tienen diez y ocho metros de diámetro, se eleva un pedestal sosteniendo una ancha cubeta, sobre la cual, tres genios alados, la Navegacion, la Astronomía y el Comercio, sostienen á su vez una copa, desde donde cae una cascada. En derredor del pedestal hay agrupadas cuatro figuras mayores que el natural, á saber: en la fuente marítima, el Océano, el Mediterráneo, la pesca del pescado y la de perlas; en la fuente fluvial, el Rin, el Ródano, la recoleccion del trigo y de la uva, y la de las flores y frutas. Finalmente, en el gran receptáculo de cada fuente, ocho figuras de britones y nereidas tienen peces y con-

chas que lanzan chorros de agua que caen en la gran cubeta, desde donde se esparce en forma de cascada.

Al salir de la plaza de la Concordia, nos dirigimos á las casas de baños situadas en el Sena.

Este rio está cruzado por multitud de magníficos puentes de piedra, muchos de ellos adornados con grandes estatuas.

En el centro del rio hay mucho que ver; y es sumamente cómodo que por ménos de un peso papel de aquí pueda uno recorrer un trayecto de tres ó más leguas en un lindo vaporcito.

Hay baños en la rivera y escuelas de natation. Elégantes niñas venden los billetes para bañarse; y es tanta la concurrencia en ciertas horas, que tres vendedoras no bastan para satisfacer el pedido.

Llégase á un edificio muy bien decorado, que da paso á un gran patio rodeado de corredores con aposentos para desnudarse. El centro del patio es la pila del baño, construida de ladrillos hasta el fondo, que mantiene siempre cristalina el agua.

Presenta el baño una vista muy carnavalesca,

lleno de gentes vestidas de todos colores. En la hora en que nosotras estuvimos habria sobre cien señoras bañándose con toda comodidad.

Yo que estaba acostumbrada á luchar con las agitadas olas del Pacífico, me encontré tan á mi gusto en el manso Sena, que estuve nadando por largo rato con gran facilidad y sin cansarme.

El traje de baño es bonito y cómodo, pues es de un género que no se pega al cuerpo.

Las francesas son serenas para el agua; á pesar de ser tantas, no se oyó ni un solo grito.

Son dignos tambien de visitarse, *y de estudiarse bajo el punto de vista higiénico y económico*, los inmensos, cómodos y aseados lavaderos que contiene el Sena.

Como viviamos cerca del Bosque de Bolonia, un dia de mucho calor fuimos á pasarlo en aquellos jardines, para lo cual llevamos libros y labores.

Encontramos allí muchas señoras con sus hijos que, como nosotras, huian del calor que se experimentaba en la ciudad.

Es de advertir que allí hay por todas partes mujeres que alquilan sillas por dos centavos de franco (medio peso papel) al dia.

Las gentes se esparcen á su placer por todo aquello: unas se colocan en estrechas calles de frondosos árboles; otras se alejan más hácia el bosque, prefiriendo sus solitarias ensenadas; otras se sientan cerca de los caminos reales para ver pasar la concurrencia que viene á pasearse en carruage. En varias calles se encuentran juegos de *carrousel* para entretenimiento de los niños; y distribuidos en varios sitios, se ven cafés y restaurants llenos de manjares, de bebidas y de comodidades. El sitio es delicioso, y la animacion y el bienestar se siente en todas partes.

CAPÍTULO XIII

El jardin de aclimatacion

Otro dia ménos caluroso que el que tuvimos en la anterior escursion, nos dirijimos al *Jardin de aclimatacion.*

En este vasto establecimiento se encuentran animales de todas las partes del globo; y por consiguiente, en sus distintos departamentos varía la temperatura desde la tropical hasta la frígida, para que cada animal se halle en él como en su país originario.

El primer departamento que vimos fué el de los monos, y los habia de todos los países donde ellos se crian, desde los más pequeños hasta los más grandes, y en cada jaula el nombre del país donde habian nacido. Habia en ellos gran variedad de fisonomías, y algunos miraban con tal expresion, que me pareció ver á traves de su mirada una inteligencia que muchas veces no hallamos en algunos séres racionales.

Despues de este departamento pasamos por unas calles en donde habia diferentes estatuas en actitudes varias; y acordándome de que en Chile hablan mucho contra la desnudez de las estatuas, sin entender nada, sin haber visto nada, sin conocèr siquiera lo que es el arte; traté de dar á mi hija en ese momento una leccion con las reflexiones que el interés de madre me sugeria.

« Aunque venimos, hija mia, la dije, de países atrasados, yo, por mi parte, llevo el deseo de alcanzar á comprender las ideas de todas partes; por tanto, me dispongo á no creer siempre lo malo y á tratar de indagar el lado bueno de las cosas. Si es natural que en todo haya de bueno y de malo, pues tal es la ley que rige en este planeta, ¿por qué no se ha de encontrar en el arte su parte buena? Si no fuera así, no seria arte, no habria sublimidad en esas obras, y no merecerián ni la dedicacion de los grandes genios, ni la admiracion de las grandes inteligencias. Si en los países atrasados no comprendemos mejor lo bello en todo sentido, es porque miramos con malicia y de una manara muy mezquina los objetos; y por eso recibimos inmediatamente el cas-

tigo en no poder descubrir el talento del artista. »

Entónces comprendia á cada paso que yo tenia algun genio protector que iluminaba mi escasa inteligencia, y hallaba que era un gran beneficio, que me hacia gozar admirando las magnificencias que encierra la Tierra.

Y todas mis reflexiones las participaba á mi hija, para que se acostumbrara á ver en todo solo el buen lado, evitándose de este modo las molestias que trae la poquedad de buenas ideas; y al mismo tiempo inculcaba en su ánimo la máxima de que debia constantemente trabajar con su espíritu, hasta formar un justo criterio de las cosas, pues todo ese constante trabajo nos sirve en todas las épocas de la vida.

El segundo departamento que visitamos fué el de las aves. ¡Qué variedad de tamaños, de figuras y de colores! Desde el inofensivo *pájaro-mosca* de los trópicos hasta el altivo y temible *condor* de los Ándes, todos estaban allí representados, cada uno en su correspondiente jaula con la inscripcion que designaba su orígen. Las aves acuáticas tenian tambien dentro de su departamento un lago en donde recrearse y zambullirse.

En un tercer departamento veíanse infinidad de cuadrúpedos: osos, rinocerontes, elefantes, girafas, javalíes, venados, corzos, cervatillos, etc. Todos estos animales estaban domesticados y andaban á nuestro alrededor en todas partes; y tan mansos eran algunos elefantes, que estaban ensillados, y sobre la silla habia seis hombres que habian subido por una escalera. Los visitantes los detenian para darles bizcochos, pan y otras frioleras, que ellos tomaban delicadamente con su trompa, y con mucha prosopopeya se lo llevaban á la boca.

Viéndome en un sitio tan ameno y rodeada de tantos y tan mansos animales, me figuraba por un momento que me hallaba en el Paraiso terrenal entre toda clase de animales que solo servian para nuestro bien.

Veia en ellos inteligencia, puesto que se conducian con discrecion; veia bondad, puesto que eran pacientes; veia afeccion, puesto que así lo probaban mil actos de abnegacion que á cada paso se observan en ellos, y que á veces harian honor á los hombres mismos.

¿Es posible, me decia á mí misma, que esta

suma de inteligencia, de bondad y de afeccion que estos animales poseen se pierda y desaparezca enteramente de la Naturaleza?

¿Es posible que á los hombres malvados, enemigos terribles de sus semejantes, se les reserve una vida ulterior, amplia, infinita, donde corregir sus faltas, donde rehabilitarse y poder progresar indefinidamente; y que á esos mansos animales, amigos fieles del hompre, compañeros inseparables en su trabajo y que tan útiles servicios le prestan, ¿es posible, repito, que á esos *bondadosos* animales, sin cuyo importante auxilio tal vez el hombre sucumbiera, se les condene á la nada?

No, Padre celestial, Padre justo y clemente, no. Tú no has creado nada inútil, nada fatal, nada desgraciado. Tú has creado y creas séres vivientes, no para que desaparezcan más tarde de la Creacion, sinó para que se trasformen, vivan y progresen eternamente, para que un dia participen TODOS de tus espléndidos beneficios.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

El *acuario*, que pasamos en seguida á visitar, es muy interesante por el arte que encierra.

Es una especie de caverna, tan oscura en su primer paso, que nos dió miedo: entrando en ella oíamos hablar á nuestro alrededor, y no veíamos nada ni á nadie; pero unos momentos despues, nos encontramos de repente en el fondo de los mares, esto es, como si estuviéramos en él, pues no parece sinó que han traido allí el fondo de todos los mares del mundo, para poderlos inspeccionar á satisfaccion y sin inconvenientes.

El agua es realmente de mar, y está dividida en departamentos de roca, cada uno de los cuales contiene diversidad de peces, de mariscos, de pájaros, de animales de mar de todas especies, y algunos de una rareza tal, que nadie lo imaginára.

Las divisiones de rocas ostentan muy caprichosas formas, más admirables aún que lo que de más bello admiramos en la naturaleza de los campos.

Las plantas en el fondo de los mares abundan en colores preciosos, y la arena es tan gruesa y de colores tan vivos y variados, que parece un tornasol.

Para que la ilusion sea completa, se vé sobre este mar ficticio una nube, desde donde se des-

prende constantemente una finísima lluvia, formando en algunas divisiones juegos de agua naturales.

Segun Julio Verne, en el fondo de los mares se forman rocas inmensas del polvo que cae del espacio. Pensamiento atrevido, que á primera vista parece una paradoja; pero cuando observamos lo que sucede en un vaso, en una tina, en un receptáculo cualquiera lleno de agua, expuesto á la intemperie, y despues de algunos dias vemos en el fondo una capa de tierra, ó mas bien, una capa de cuerpos extraños, al principio solamente reunidos, más tarde incorporados, y al fin solidificados, nos sentimos más que inclinadas á aceptar la opinion de Verne.

—Elevemos, pues, la comparacion á la última potencia; calculemos la extension de la superficie de los marer por donde caen perennemente asombrosas cantidades de cuerpos extraños, que van á depositarse en el fondo de esos mares, y que el movimiento de las aguas reunen en determinados sitios en grupos caprichosos que forman el encanto de nuestra admiracion; y veremos que el aserto de Verne, no es paradoja, sinó realidad.

¡Así es, pues, todo lo que viene directamente de la infinita Naturaleza!

En resúmen: el *acuario* del *Jardin de aclimatacion* es un Océano en miniatura.

CAPITULO XIV

Arte musical. Sociedad de buen tono francesa. Teatros. Un baile.

Concluido el verano, fuimos á vivir en el centro de Paris.

Habia buscado casa en diferentes direcciones, pero inútilmente; hasta que por fin vine á encontrarla en uno de los mejores barrios de la ciudad, calle de Clichy.

¡Singular coincidencia! En esta calle me habia dado á luz mi madre, lo cual no dejó de impresionarme vivamente.

Yo no os lo habia dicho aún, mis queridas lectoras; pero es ya hora de participaros que desde que llegué á Paris estuve perfeccionándome en el piano con Mr. Herz; pues aunque él no daba leccion alguna fuera del Conservatorio, hizo conmigo una excepcion, debida á que cuando Herz estuvo en Chile, mi padre le dispensó algunos servicios. Y no solo fué amable en este senti-

do, sinó que nos invitaba siempre á los conciertos que se daban en su magnífico *Salon*.

El *Salon Herz* es una especie de teatro en que caben cerca de dos mil personas, y está construido con todos los requisitos del arte y de la acústica. Siendo expresamente para conciertos, no tiene bastidor ninguno en el palco escénico, sinó que es todo cerrado, con solo una puerta, que está en el foro. Tiene lunetas y palcos, y está todo dorado.

Allí se ejecutan conciertos de diferentes clases de música, y hay coros de señoritas en el que toman parte algunas señoras. Y á fé que allí no se repara en la edad, sinó en la habilidad: una noche ví cantando en los coros á una viejecita, con sus anteojos, su papel, y temblequeando. Esto llamó mucho mi atencion y me hizo comprender que en Paris, mientras el alma está en el cuerpo, se canta, se baila y se hace todo, sin ridículas preocupaciones.

El traje más usual para concierto es el negro: todas visten sencillamente de negro, con guantes blancos y una flor á la cabeza.

Generalmente los conciertos se componen de

conjuntos, ejecutados por orquestas (que allí están organizadas por notabilidades artísticas), y que son los trozos mejores por su variedad de estilo. Tócanse fugas admirablemente ejecutadas; otros trozos, todo á la sordina, y tan *pianísimo,* que se sentia muy á lo lejos. Los coros, aunque buenos, no nos llamaban tanto la atencion.

Una noche nos convidó Herz á un certámen musical de los discípulos de ambos sexos del Conservatorio. Fijéme en que todos, tanto las señoritas como los jóvenes, tocaban la misma pieza. Al principio me fastidiaba tanta repeticion; pero al observar que la mayor parte de los convidados eran profesores, que iban fijándose más y más en la manera de ejecutar de cada discípula, comprendí que se trataba de emitir juicio sobre su aptitud, y así lo advertí á mi hija.—Algunos profesores permanecian inmóviles, ni pestañeaban. —Yo traté entónces de aprender, como los demás, esa minuciosidad; y ¡cosa admirable! no obstante el aburrimiento que al principio me producia tanta repeticion, al tomarlo con la idea de perfeccionar el oido musical, se operó en mí el efecto contrario.

Al salir preguntóme Mr. Herz qué me habia parecido, si no me habia fastidiado de tanta repeticion. Yo le contesté lo que me habia pasado; y dijo que realmente se trataba de una escrupulosa leccion, y de un severo juicio, y que por lo mismo habia estado él presidiendo al lado de cada ejecutante.

Asistí tambien á varios conciertos dados en el *Gran Cirque d' Hiver*, que es inmenso. Allí generalmente no se toca mas que música clásica; y yo, acostumbrada á la exclusiva música italiana, que es otro de nuestros grandes defectos, no conocia el gusto, lo bello, de la música clásica.

Mi deseo de entrar en la razon de las costumbres y gustos más adelantados, me valió mucho; y en este sentido impulsaba tambien á mi hija, para que estudiara el modo de ser de las cosas, y juntas trabajábamos por adelantar en todo sentido.

El concierto en este Circo era ejecutado por célebres maestros; lo que realmente fué para mí un estudio inapreciable de esa música inmortal.

Despues de un preludio, salió á las tablas un jóven que no representaba veinte años. Iba con un violin.

Ignorante del verdadero arte, pensé que un violin no podria producir en nosotras otro efecto que el aburrimiento; pero . . . . ¡otro chasco! no hizo mas que principiar, y sentí en todo mi sér como una conmocion eléctrica, que yo creí por momentos que me haria volar. Nunca habia comprendido hasta dónde podia llegar el efecto de ese arte de que aquí apénas tenemos idea. Cada nota que arrancaba del violin, parecia que nos trasformaba, estirando como un elástico el alma. El pelo se me erizaba, mi vista se trasportaba á regiones ocultas. ¡Allí comprendí lo que es el talento! pendian de ese genio millares de almas! cada respiracion era por él, pues todos estaban manifestando el asombroso efecto en sus semblantes!

Cuando de vuelta á Chile referí á unas primas mias de Santiago las gratas cuanto singulares emociones que experimenté en ese dia, no querian creerme, suponiendo que era una exageracion, hija de mi entusiasmo por la música; pero poco tiempo despues fueron ellas á Paris, y asistieron á los conciertos del Circo, y se convencieron de mi relato, y no aguardaron á regresar

para justificarme, sinó que escribieron en seguida á otra prima, confirmando cuanto yo les habia dicho, llenas del mayor entusiasmo y clamando por el cultivo de la música clásica en América.

Tambien fuí á oir una ópera séria en *L'Opera Comique*. Era semana santa, y es costumbre allí tocar en conciertos y teatros música sagrada. En ese teatro se daba *Maria Magdalena*, que es una parte de la *Pasion de Jesus*.—La que hacia el papel de Magdalena, era la cantatriz de moda en Paris, Mme. Miolhan Carvalho.

Esa música es más profundamente clásica que las otras; solo la que tiene deseos de aprovechar encuentra en ella gusto; y como yo estaba perfeccionándome en el canto, traté de aprender el estilo más moderno.

En esa época de semana santa no se declama en los teatros; se canta la música con el papel en la mano, y se viste muy sériamente, en traje de carácter, tanto los cantantes como las cantatrices. Los coros de hombres llevaban, sin embargo, trajes adecuados de israelitas; y los de las mujeres iban con túnicas blancas y turbantes al uso judáico.

Una de las costumbres que mucho me agradó en la sociedad parisiense, fué la que voy á referir.

Tuve muy buenas amigas, tan buenas como yo habia imaginado debia ser la amistad; entre ellas figuraba una familia que se componia de la señora viuda del General Saint-Amant, muerto en la guerra franco-prusiana, y su hija. Esta familia tenia tanto interes por nosotras, que no cesaba de colmarnos de atenciones; y desde que vivíamos cerca, querian sobre todo que no faltáramos en los dias de recepcion, que era semanal.

Inútil es decir que nos presentaron á todas sus relaciones, é hicieron que tuviéramos íntima amistad con varias familias distinguidas.

Pues bien: cuando en estas reuniones yo tocaba alguna pieza de ópera, lo agradecian friamente; pero cuando ejecutaba alguno de los trozos clásicos que Mr. Herz me enseñaba, entonces se levantaban y venian á abrazarme y besarme, diciéndome: *ce morceau est charmant.*

La sociedad de buen tono francesa es muy expresiva, muy amable y muy variada: allí se tiene el verdadero recreo de la vida, se goza de la ver-

dadera amistad y se tiene la tranquilidad de que las atenciones que se reciben son verdaderas. Tengo de ello mil ejemplos.

Un dia—el del cumple-años de Mme. Saint-Amant—habia varias personas; pero como estaban de luto, no se podia tocar el piano. Su hija, que se llama Lasthenie, cantó sin música, acompañaca solo con la gracia natural; y esa naturalidad es muy apreciable, me agradó mucho y fué sinceramente celebrada.

Ved aquí otro ejemplo más marcado todavia: Un anciano y respetable General, muy amigo de Napoleon III, quedó en la guerra gangoso, pero no perdió su inteligencia, su talento. Hiciéronle recitar alguna de sus composiciones sobre las batallas. Al principio me causó sorpresa, y la risa del ignorante asomó á mis lábios; pero pronto me avergoncé de mi ignorancia, y admiré como los demas, á ese héroe, que con tanta naturalidad y maestría pintaba los hechos en que habia tomado parte, y los hechos y dichos del Emperador, posesionándose con tanta ternura y animacion, que tenia entusiasmado al pequeño auditorio que lo rodeaba.—Lo recuerdo con agrado y ternura,

pues muchas conversaciones tuvimos despues y grande fué el aprecio que le cobré, debido á su instruccion, bellos sentimientos y agradable sociedad. Por su parte él era muy amable conmigo, y se entusiasmaba con lo que yo cantaba ó tocaba.

En punto á teatros, asistí á los principales, sin abonarme en ninguno, pues en las ciudades populosas de Europa se vé una obligada á recorrerlos sucesivamente para evitar las interminables repeticiones que allí tienen lugar, cualquiera que sea el género de la obra.

Por punto general, los empleos en los teatros están confiados á mujeres: ellas venden las entradas y localidades, acompañan á las personas á sus asientos, se ofrecen para guardar sus abrigos, etc., etc., mediante algunos centavos. Y no se crea que por ello gozan de grandes sueldos: á estas infelices gentes se las paga con treinta francos al mes (150 pesos papel) y tienen que estar muy decentemente vestidas, uniformes todas, cuyo traje es negro, con cuello blanco, una cinta color de rosa y una especie de gorra blanca con cintas rosadas. No les sienta mal este sencillo traje.

Tambien asistí á un gran baile dado por una distinguida profesora de canto, tan apreciable y estimada por su saber como por su finura.

Estaban en él sus discípulas, que eran más de sesenta, y sus mamás, pertenecientes á la mejor sociedad parisiense.

Nosotras llegamos á las once de la noche, cuando ya estaban los salones llenos. La dueña de casa nos presentó primero á su esposo, y luégo á las señoras, las que inmediatamente trabaron conversacion con nosotras, con tanta amabilidad y confianza como si mucho tiempo ántes nos hubiéramos conocido.

Un momento despues sonó la orquesta, y los caballeros se pusieron á sacar. Uno de ellos se dirigió á mí; pero como la antigua y necia costumbre de Chile prohibe el bailar á la mujer casada, no accedí al principio. Luégo que ví que todas las señoras, por mayores que fueran, bailaban, accedí bien persuadida de que no haciéndolo así, me hubieran tildado de incivil.

Escusado es decir que en la sociedad de tono parisiense se baila sin dar saltos, y tan sencillamente como si se paseara.

Reinó mucha animacion.

Como á las doce, se sirvió en un salon dispuesto al efecto, riquísimo té y un suculento chocolate que parecia crema, acompañado de *panqueques* y panecillos.

No se veian sisvientes: la señora de casa y los caballeros recibian á las puertas del comedor el servicio hecho, y lo pasaban á las damas y señoritas.

Concluido el té, continuó el baile hasta las dos de la mañana, hora en que se sirvió la cena ó ambigú, que por cierto fué esquisito, y estuvo delicadamente servido.

Ademas del té y del ambigú, se servian á toda hora bebidas frescas mezcladas con especiales licores muy suaves.

Este fué el primer baile á que asistió mi hija vestida de largo; y tanto la sacaron á bailar, que no alcanzaba á sentarse; y tuve mucha satisfaccion que su estreno fuera en tan escogida sociedad, para que tomara ejemplo de la manera de portarse de las señoritas de buen tono. Éstas allí son de una amabilidad muy séria y muy culta, que impone admiracion y respeto.

CAPITULO XV

Tiendas de Paris.

Como yo estoy, mis queridas lectoras, comunicándoos mis impresiones, creo que debo hablaros tambien de todas aquellas cosas que me llamaron la atencion por el contraste que forman con nuestras costumbres. Por tanto, aunque en nuestros países de Sudamérica haya muy buenas tiendas de comercio, la importancia y las costumbres del comercio europeo distan mucho de las de aquí, y son dignas de mencion.

El comercio de Paris se extiende con tanta ostentacion por toda la ciudad, que cada barrio ó cuartel parece el principal. Nada diré de las tiendas de diversas clases que hay en cada cuartel y que ofrecen la ventaja de poder adquirir todo cuanto puede necesitar una familia, sin alejarse mucho de su casa; y solo os hablaré de las tiendas de géneros, que son las que más pueden interesaros.

Estas tiendas se dividen en departamentos, y cada departamento tiene su especialidad: uno contiene géneros blancos de hilo y algodon; otro, géneros de lana de colores; otro, de seda negra; otro, de seda de colores; otro, vestidos hechos, con gabinetes y modistas para probarlos; otro, vestidos semi-hechos; otro, mercerías; otro, útiles de labores; otro, encajes y blondas, etc., etc.; serán unos veinte departamentos los que tiene cada tienda, y en cada uno, muchos dependientes vendiendo.

Unas amigas me preguntaron si habia ido al *buffet* de una tienda; y habiendo contestado negativamente, me explicaron de qué manera se podia ir. Fuí por curiosidad á esa tienda, que se llama *Bon Marché;* pero para pasar al *buffet* era necesario comprar algo. Compré, pues, unos cuellos y puños, y pregunté al dependiente dónde estaba el *buffet;* y al momento nos acompañó.

¡Qué sorpresa! Es un departamento que comprende varios salones ricamente decorados. En uno hay mesas con toda clase de dulces, bizcochos, licores y refrescos. Todo esto servido por jóvenes vestidos con elegantes libreas.

Al momento que entramos, el dependiente se retiró, y los sirvientes vinieron á ofrecernos dulces y licores de lo más esquisito. Yo estaba sorprendida; me parecia aquello un encanto.

En otro salon habia juegos para que los niños que iban se divirtieran; en otro, un gabinete de lectura, con libros interesantes y los diarios del dia, en donde se veian algunos caballeros leyendo mientras sus señoras estaban ocupadas comprando.

A mi niña le daba vergüenza admitir los dulces y demas que nos pasaban; pero yo le hacia algunas reflexiones, diciéndole que siguiera las costumbres, puesto que eran buenas. Sin embargo, tan impresionada estaba, que no aceptó nada. Yo tomaba todo lo que pasaban, pero solamente probaba algo, pues á mi vez estaba abismada, encantada, y creia por momentos que los licores y confites estaban tambien encantados.

Hice algunas preguntas á los sirvientes, y me contestaron muy atentos y amables. Al fin me iba á retirar y les pasé algunas monedas; pero me fueron delicadamente rehusadas, diciéndome que les estaba terminantemente prohibido recibir

cosa alguna, y por mas que insistí fué inútil. Salimos, pues, como era natural, admiradas de la amabilidad de los franceses, porque es hasta donde puede llegar el deseo de ser agradables, que en ellos es tan natural, que no pueden dejar de ser así.

La tienda del *Louvre,* que es la más grande de Paris, parece una ciudad. Comprende una manzana de ocho cuadras, y tiene cuatro pisos, que juntos forman treinta y dos cuadras.—Estos inmensos salones están constantemente llenos de gentes de todas clases y condiciones. El número de empleados y dependientes que tiene la casa, es de 900 á 1000. Júzguese, pues, de la importancia de esta tienda.

CAPITULO XVI

El panorama de Paris

Uno de los espectáculos dignos de la consideracion del extranjero, es el *Panorama,* existente en la rotonda construida en los Campos Elíseos, contigua al palacio de la Industria.

Deseosas de ver una perfecta representacion de algunos episodios de la guerra franco-prusiana, que tanto ruido habia hecho en el mundo político, nos dirijimos á dicho Panorama. Al entrar en él, nos encontramos en la mayor oscuridad, pues ésta es necesaria desde que los episodios allí representados están dispuestos para la luz artificial graduada, fija, constante; lo que no tendria lugar con la luz natural. Un momento despues divisamos á distancia un punto claro; extendimos la pupila, y vimos una puerta; nos dirigimos á ella, y no pudimos pasar del umbral, pues quedamos perplejas al divisar las calles de Paris en los dias del incendio por la Comuna.

¡Vision aterradora!

Un voraz incendio devoraba calles enteras.

¡Qué confusion! Sus habitantes, precipitándose en tumulto hácia la calle; las mujeres, arrojándose á ella por las ventanas; las casas; desplomándose.

¡Qué consternacion! Niños, jóvenes, ancianos, aterrorizados; madres con sus hijitos en brazos, en actitud suplicante.

¡Qué afliccion me causó el contemplar esta singular catástrofe, ocurrida dos años ántes de mi llegada á Paris como un terrible episodio de aquella espantosa guerra! El arte en esta triste representacion supo ajustarse tanto á la naturaleza, que fué cruel hasta la sublimidad.

Quebrantada el alma en presencia de tanta desolacion, nuestro primer impulso fué retirarnos; pero el vehemente deseo de ver y aprender nos mantenia en perplejidad. Entónces, un custodio que nos observaba nos advirtió que debíamos subir una escalera (que apénas se divisaba) que conducia á un punto donde indudablemente hallaríamos la compensacion de aquel triste panorama.

En efecto, allí nos encontramos de repente ¡qué sorprosa! con un bellísimo dia primaveral, cuyo sol alumbraba los alrededores de Paris.

Preciso es reconocer y acatar el mérito de los artistas que han tomado parte en la ejecucion de esta brillante representacion. No puede darse mayor naturalidad, ni en la luz, que parecia propiamente la solar, ni en lo que es más sorprendente todavía, en la bóveda celeste que aparecia sobre nuestras cabezas. Es hasta donde puede llegar *actualmente* la perfeccion artística, la concepcion humana.

Las baterías, las murallas, los reductos, todo parecia tan natural, que no dejaba una de tener dificultad en convencerse de que no era mas que una hábil simulacion. En algunos sitios los soldados estaban formando, con grandes canastos llenos de piedra, las primeras trincheras; y los oficiales, con sus uniformes llenos de polvo, mirando con anteojos de larga vista las posiciones y movimientos del enemigo. Aquí veíanse soldados llevando en parihuelas á los heridos. Allí, un hospital ambulante, en donde los facultativos les prestaban los primeros auxilios. En otra par-

te veíase la explosion por la culata de un cañon, dejando heridos á un oficial y varios artilleros. Más allá, una hermana de la caridad, dando á un pobre mutilado, que desfallece, una taza de caldo, todavía humeante.

Estaba tan vivamente simulado este grande cuanto horroso espectáculo, que nos parecia estar viendo la guerra misma, lo cual nos tuvo por muchos dias bajo una muy triste impresion.

CAPITULO XVII

Museos

Hablando un dia de las grandes bellezas de arte que encierra Paris, unas amigas mias me preguntaron si habia visitado los museos del *Louvre,* y habiéndoles contestado negativamente, me replicaron que era preciso que yo viera todo lo que hay de más notable en Paris, y que si queria ver bien dichos museos, era preciso que fuera casi diariamente por espacio de seis meses. Estas señoras nos acompañaron algunas veces, mas yo estuve otras muchas con mi hija, que, dicho sea por incidencia, es una inteligente aficionada que ha ejecutado muy regulares cuadros al óleo.

El soberbio palacio del *Louvre,* situado entre el Sena y la calle de Rívoli, es el resultado del trabajo acumulado que diez reyes han ordenado sucesivamente por espacio de trescientos años. Ocupa un área de más de doce cuadras

cuadradas, que deben cuadruplicarse por los pisos que contiene. La fachada principal, que mide ciento ochenta metros de ancho, está enriquecida con un vasto bajo-relieve que representa la Victoria tirada en un carro y distribuyendo coronas. El patio presenta un cuadrado perfecto, rodeado de cuatro cuerpos de edificio, decorados de tres órdenes de arquitectura, uno sobre el otro. Coronan la fachada oeste del patio multitud de cariátides, debidas al diestro cincel de célebres escultores.

Mucho hay que ver y estudiar en los vastos salones de este suntuoso edificio, llenos de una riqueza artística difícil de concebir; y no pudiendo dedicar el tiempo necesario para contemplar y admirar tanta belleza, seguí el consejo que me dieron personas inteligentes, y fuí tomando apuntes de lo más notable que encontraba para meditar sobre ello despues.

Los museos del *Louvre* son catorce; cada uno de ellos se compone de muchos salones, cuidados por empleados vestidos con un traje negro especial que los distingue.

Para ver esos museos nada se paga, pues sir-

ven para la instruccion; el público los visita todos los dias, excepto el lúnes, de 10 á 4 del dia, con un permiso que se da sin el menor inconveniente, bastándole al efecto al extrangero exhibir su pasaporte.

Allí se recuerda fase por fase la historia entera de la Humanidad; y son tan agradables esos momentos, que la persona que desea ilustrarse ó refrescar la memoria con las realidades pasadas, encuentra en esas obras maestras de tantos artistas un dulce encanto al contemplar los hechos que ejecutaron nuestros antepasados, y el progreso, ya rápido, ya paulatino, que siempre ha hecho y está haciendo la Humanidad.—Así es como se comprende que en aquella atmósfera de arte se inspiren tantos nuevos artistas, y aprendan en esa escuela universal, que no habla materialmente, pero que embarga todos nuestros sentidos, dándonos nueva vida.

Con esto que os expongo, mis amables lectoras, comprendereis fácilmente qué variedad de gratas sensaciones no experimentaria yo en aquel simpático recinto, y qué no haria en lo que alcanzase mi corta inteligencia, para que mi hija

sacase de aquella enseñanza todo el fruto deseado. En medio de mi gran deseo, clamé interiormente á mi buen ángel para que iluminara mi mente; y esperé con fé esa gracia, en virtud del móvil que me guiaba. Recordé á mi hija que gran parte de la juventud chilena habia ido á esos lugares mirando sin comprender nada, ni trabajar con su inteligencia en lo que debia, ya que se le concedia un beneficio que otros suspiraban sin poderlo obtener.—« Aprovechemos, hija mia—le dije—este beneficio que nos concede la Providencia de ilustrarnos, aunque someramente. Comprendamos la inmensa necesidad del saber, y el vacío tristísimo en que yacen las inteligencias limitadas, mezquinas, que no tienen fé, que no creen que nunca es tarde para aprender. »

Mi hija fué, como queda dicho, educada todo lo mejor que nos es dado esperar en Chile; de manera que tenia nociones y principios generales, y por consiguiente facilidad de comprension en aquello en que se fijara; y yo fuí interesándola para que lo hiciera con entusiasmo y estudiara todo lo posible, para lograr la satisfaccion de comprender con clara inteligencia.

En ninguno de los viajes ó escursiones que hicimos, tuvimos mas guia que nuestro propio empeño en aprender. ¡Contemplad lo que es la Providencia en su obra de proteccion hácia sus criaturas! ¡Dos señoras enteramente solas, sin consejeros y sin temor, y solo con algunas recomendaciones para los Cónsules, emprendimos un viaje ignorado con una gran tranquilidad, y dejándonos guiar en la inmensidad de los mares y en la babilonia de las ciudades por eso que *impremeditadamente* llamamos *el acaso*, y que no es otra cosa que el paternal celo con que la Providencia vela por sus criaturas!—¿No es verdad que esto es admirable? ¿No comprendeis que teniamos una fé ilimitada en el Sér Supremo, que nos miraba . . . . y que tendria sus guias para cuidar sus huérfanas?

Pero no quiero cansaros. Entremos en los salones del universal museo del *Louvre*, de ese palacio que me recordaba tantos hechos terribles, descritos por los historiadores . . . . . ¡Cuántas lágrimas, cuántos crímenes encierra en sus muros! . . . .

Hemos dicho que los museos del *Louvre* son

en número de catorce, seis en el piso bajo y ocho en los pisos superiores, y que cada uno consta de numerosos salones. Los seis del piso bajo son:

1° Museo de los Antiguos, que posee cerca de 800 estatuas y bajo-relieves griegos ó romanos, colocados en gran número de salas ricamente adornadas. Muchas de estas estatuas son de colosales dimensiones.

2° Museo de la Escultura Egipcia. Contiene estatuas, sarcófagos, momias, panteones con formas de animales sobre los sepulcros, etc., etc.

3° Museo de la Escultura de la Edad Media.

4° Museo de la Escultura Moderna.

5° Museo de Nínive.

6° Museo Mexicano.

Los ocho museos de los pisos superiores son los siguientes:

1° Museo de los Cuadros. Comprende las escuelas francesa, italiana, alemana, holandesa y francesa, en la gran galería del *Louvre*. Esta galería está precedida del salon cuadrado, magníficamente decorado y que encierra la flor y nata de los cuadros antiguos que posee la Francia. Nada hay de más interesante que la vista de

esta bella y extensa galería, que mide una superficie de cuatro mil trescientos metros cuadrados.

2° Museo de la Escuela francesa. Este museo se compone de un extraordinario número de salones formando fila, en los cuales no se ven mas que cuadros de pintores franceses. Sin embargo, hay otras muchas pinturas francesas diseminadas en otras varias salas.

3° Museo ó Galería de los Dibujos. En un gran número de salas, entre las que se ven algunas magníficamente decoradas, se han reunido los dibujos de los pintores célebres de las tres escuelas. A continuacion de este museo siguen las salas de *calcografía,* que contienen bellísimos grabados.

4° Museo de los Esmaltes, Joyas, etc. Este museo, que es de una riqueza extraordinaria, ocupa dos salas, que contienen juntas cerca de 1200 objetos del mayor valor.

5° Museo de las antigüedades griegas y egipcias. Este museo (que era el antiguo de Cárlos X) se compone de once salas ricamente decoradas, cuyos cielos rasos son pintados por los primeros artistas. Contienen vasos etruscos,

momias egipcias, una gran coleccion de los dioses de Egipto, y monedas, alhajas, urnas y un gran número de objetos curiosos.

6° Museo de los Soberanos. Compónese de muchas salas que contienen objetos que fueron del uso de los soberanos de Francia, tales como el machete y la corona de Childerico, el trono de Dagoberto, la corona y cetro de Carlo-magno, la corona de Luis XV, una caja de oro de la reina de Austria para guardar alhajas, las armaduras de Francisco I, Enrique II, Enrique IV, etc. Los últimos reyes de la rama mayor ocupan allí un lugar considerable. La cuarta sala, la más vasta de todas, está enteramente consagrada á Napoleon I.

7° Museo Naval. Comprende diez ó doce salas, conteniendo los modelos de toda suerte de naves y embarcaciones, ejecutadas con admirable precision; planos en relieve de los puertos de Francia con todas las calles y sus nombres, los campos llenos de verdura, de árboles, paseos y edificios públicos; modelos de máquinas empleadas en la marina, etc., etc.

8° Museo Etnológico. Está situado al extre-

mo del museo naval, y contiene un enjámbre de objetos curiosos relativos á los usos y costumbres de los pueblos, y particularmente de los chinos.

Ved ahí á grandes rasgos lo que son los museos del palacio del *Louvre*.

Ví tambien el Museo arqueológico de Cluny, que es de puras antigüedades: Muebles de carey con incrustaciones de perlas, nacar y dibujos primorosamente esculpidos; capillas con todos sus adornos, mosáicos, graderías, balaustradas y púlpito de piedra; otras capillas con todos sus accesorios y cuadros de madera de colores; salas de armas; armaduras completas tal cual los caballeros las usaban antiguamente cuando entraban en pelea, con sus armas y escudo en la mano; lechos de algunos reyes; el primer piano que hubo en Francia, etc., etc.

Asimismo visité el Museo de Bellas Artes. Hay allí una sala ovalada llena de personajes cuya naturalidad sorprende, pues parecen vivos, y á veces se cree ver en ellos movimiento y oir el murmullo que deberian producir, segun sus expresivas actitudes. Esta sala está pintada por los mismos artistas que en ella figuran, cada uno

de los cuales hizo su retrato en la mejor posicion de elocuencia artística. Es de un efecto mágico.

En otra sala se ve una admirable galería de pinturas de Rafael.

En otra, una iglesia de Lisboa; una curiosísima copia en corcho del Coliseo de Roma; un teatro de la ciudad de Darasique; el templo de Vesta en Roma; una magnífica pintura representando la Aurora; un cuadro de los hijos de Cárlos I; la tumba de los Médicis; una estatua de Moises, por Miguel Angel, etc., etc.

De todas estas preciosidades artísticas, ninguna me cautivó y afectó tanto como una obra verdaderamente grande entre las grandes, que se halla en el *Museo de los Cuadros del Louvre:* El Calvario, asunto ejecutado hasta por ocho reputados maestros en el arte.

Fijéme en el cuarto, obra de Proudhon, si la memoria no me es infiel.

¡Sublime concepcion!

Oscurecido el cielo por el eclipse, consternados los hombres por el extremecimiento de la tierra, el cuadro iba tomando una pavorosa animacion ante mis ojos: el sufrimiento que expresaban las

figuras parecia real. Al fin no pude dominar mi emocion, y dejé correr el llanto, pues parecia que en ese momento espiraba el Salvador, y que le habia oido el último suspiro; y sentia como una voz íntima que me decia: « *contémplame y contempla á mi madre.* » En efecto: ella estaba desfallecida, sostenida por las caritativas mujeres que la acompañaron en la prueba: esa dolorosa madre tenia el semblante de su hijo, su misma agonía, su misma muerte.

«¡Redentor mio!—exclamé—Me humillo ante el abismo de mi nada. Ilumina á esta débil criatura, que te invoca con el verdadero deseo de perfeccionarse segun su corta inteligencia. Inspírame en todos mis actos, en todas mis palabras, en todos mis pensamientos, para merecer tus beneficios en esta y en la otra vida. »

Anonadada por la fuerte impresion que recibí, quedé inmóvil é insensible; perdí la vista y no oia los ruegos de mi hija, y fué indispensable que ella me arrancara violentamente del sitio.

CAPITULO XVIII

Educacion

¡Dios mio! Ahora más que nunca necesito que algun celeste espíritu me ilumine.

Permite, Señor, que al hablar de la educacion, FUNDAMENTO DE TODO PROGRESO, pueda expresarme tal como mi pobre inteligencia me la hizo comprender; á fin de que las madres de familia no desdeñen prestarme su atencion y traten con el mayor empeño de secundar mis miras, educando á sus hijos é ilustrando á las personas que tengan á su lado, de cualquier clase y condicion que sean, pues que *enseñar al que no sabe es obra de misericordia.*

§ 1°

Basta ojear algunas páginas de la historia, para convencerse de que la América, merced al influjo de las naciones europeas, recien empieza á salir de su infancia.

Ignorada del resto del mundo, sumidos sus

habitantes en la barbarie que era consiguiente á su estado primitivo, la América, hecha abstraccion de los tiempos de conquista, apénas cuenta tres siglos de vida civilizada, tiempo de todo punto insuficiente para el desarrollo de un pueblo. Estos países, pues, (hablo en términos generales y sin ánimo de ofender á nadie) no pueden dejar de resentirse, y se resienten en efecto, de la dureza de carácter, y aún de la fiereza de los tiempos primitivos; y, salvo algunas excepciones, no han comprendido aún la importancia social de la mujer, y, como consecuencia natural, no se la instruye como es debido, como se la instruye en Europa; pues la educacion que allí se da á la mujer, es muy distinta de la que se le da en América.

Las naciones europeas comprenden hace ya mucho tiempo que no hay progreso, que no hay regeneracion posible, sin el concurso poderoso de la mujer, cuya influencia abraza la vida entera del hombre. Ella le da vida en su seno; lo recibe en sus brazos y lo alimenta de su propia sustancia apénas sale á la luz; lo cuida y lo inspira durante su infancia; lo anima y le da energía

en su juventud; lo acompaña y le ayuda en el matrimonio; lo sostiene y lo consuela durante la vejez. La vida entera de la mujer está consagrada al bienestar y felicidad del hombre. Ved si no será justo que se la proteja, que se la trate con cordura, que se la instruya; en una palabra: QUE SE LA EDUQUE, enseñándola á ser modesta sin afectacion, afectuosa sin ceremonia, caritativa sin ostentacion, obediente sin servilismo, buena sin restriccion, alegre sin bullicio, franca sin indiscrecion.

Observad á este respecto la conducta de las naciones más civilizadas, y vereis con cuánto esmero se educa allí á la mujer, y cuán vasta es la instruccion que se le da; cuántas consideraciones, cuántos miramientos, cuánto respeto se le tributa; y es porque esas naciones comprenden que la mujer es el primer elemento de regeneracion social, por lo mismo que es el órgano primordial de inspiracion para los hijos.

En Europa, la educacion, así del hombre como de la mujer, principia en el hogar doméstico, y concluye en los colegios: los profesores enseñan la ciencia, y la madre inspira los sentimientos;

los profesores enseñan la grandeza de la Creacion, las leyes de la Naturaleza, y la madre demuestra la existencia de Dios, sus infinitas perfecciones; los profesores enseñan las leyes de la materia y sus relaciones entre sí, y la madre inspira las leyes del alma y sus celestialas armonías; los profesores enseñan á discurrir, y la madre enseña á amar; en una palabra: en los colegios se cultiva la inteligencia y la razon, en el hogar doméstico se cultiva el sentimiento; y estas tres facultades del alma, unidas en perfecto consorcio, completan la educacion así del hombre como de la mujer.

No creias, pues, mis queridas lectoras, que vuestras hijas salgan del colegio enteramente educadas; porque allí solo recibirán la instruccion, que es una parte de la educacion. Para completar ésta, es indispensable que por vuestra parte inculqueis en su ánimo desde los primeros años los principios de caridad evangélica, *bajo todas sus fases,* á fin de despertar en sus corazones los sentimientos que la doctrina de Jesus inspira; porque á la verdad, si el hombre no consiguiera otra cosa *mas que ser sabio,* despues de

tantos afanes no habria llegado á ser mas que un hombre incompleto, un hombre defectuoso, expuesto, *por falta de la necesaria virtud,* á convertir su ciencia en daño propio y de sus semejantes.

No olvideis, mis queridas lectoras; no olvideis, madres de familia, que lo que más distingue al hombre no es *su inteligencia,* sinó *su bondad,* y que por lo tanto, deben desarrollarse en igual proporcion las facultades morales é intelectuales, sin cuyo equilibrio no hay progreso ni felicidad posible. Una educacion puramente intelectual hace al hombre presuntuoso, insolente, egoista, injusto, y á veces hasta tirano y cruel, pasiones todas terrenales, que nos materializan, conduciéndonos á la incredulidad, y acaso al ateismo. Una educacion puramente moral conduce con frecuencia al hombre á ocuparse casi exclusivamente de la moral religiosa; y una vez colocado en esta pendiente, cae en un misticismo fatal que, ó bien exaltando su imaginacion hasta el delirio, acaba con su juicio; ó bien fanatizándolo, le hace cometer los actos más reprensibles, creyendo así honrar á Dios; ó bien estupificándolo, lo reduce á la impotencia.

Por tanto, en materia de educacion, la perfeccion no consiste en la enseñanza de la ciencia ni de la virtud aisladamente, sinó en el equilibrio que resulta de la sabia combinacion de ambas.

§ 2°

En los tiempos primitivos, la mujer fué considerada como un sér inferior al hombre, creado tan solo para su servicio absoluto, y yacia en la mayor abyeccion.

En los tiempos que precedieron al cristianismo, la mujer gozaba ya de algunas consideraciones privadas; pero permanecia esclava todavía y sujeta á la voluntad casi omnímoda del hombre.

En la nueva era, merced á la sublime doctrina de Jesus, la mujer ha sido, con la mayor justicia, considerada digna compañera del hombre.

¿Qué es, pues, lo que ha producido este cambio gradual tan favorable? ¿Es que la mujer haya cambiado de naturaleza?

No; es que los hombres han ido ilustrándose gradualmente, y la ilustracion ha dado paso á las verdades del Evangelio, que han herido su mente y penetrado en su corazon. Es que cuanto más se ilustra el hombre, mejor comprende las leyes de

la Naturaleza, más espléndida ve la Creacion, y más grande, más sabio, más misericordioso, y más justo ve á su Creador. Es que cuanto más se ilustra el hombre, mejor comprende su ignorancia y el atraso espantoso en que está aún sumida la Humanidad terrestre, y por consiguiente lo mucho que hay que aprender. Es que cuanto más se ilustra el hombre, mejor comprende la generosidad y abnegacion de la mujer y su poderosa y benéfica influencia en el progreso social, y por consiguiente en la regeneracion humana.

Sí, mis caras lectoras, merced á la instruccion guiada por los principios evangélicos, los tiempos han llegado, y nuestra mision es grande; pero mision de caridad, de abnegacion. Nuestro principal deber es educar á nuestros hijos, y especialmente á nuestras hijas, que un dia deberán reemplazarnos en la obra santa de regeneracion que está iniciada.

Fijemos ante todo nuestra consideracion en lo que han sido siempre nuestros colegios de niñas, y observaremos que, tal cual han estado organizados hasta el presente, no ofrecian sinó una instruccion muy superficial, que no bastaba de modo

alguno á llenar las exigencias de nuestra mision. Nuestras hijas, en su mayor parte, ¡doloroso es decirlo! son frívolas, porque tal ha sido la educacion que en ellos han recibido. La ciencia no habia penetrado nunca en esos colegios; recien ahora empieza á penetrar, aunque en su parte elemental; y es preciso que penetre de lleno, por que sin ciencia no puede comprenderse la grandeza de la Creacion; y sin comprender la grandeza de la Creacion, no se pueden conocer bien las infinitas perfecciones de Dios; y no conociendo las infinitas perfecciones de Dios, no se le puede amar de todo corazon, de toda alma y de toda mente; y no amando á Dios de todo corazon, de toda alma y de toda mente, no puede amarse al prójimo como á nosotros mismos; y no amando al prójimo como á nosotros mismos, no hay caridad, y no habiendo caridad, no puede haber progreso; y no habiendo progreso, no puede haber regeneracion; . . . . y como la regeneracion es una ley de la Naturaleza, inmutable y eterna como todas sus leyes, hé aquí que la instruccion tiene forzosamente que fomentarse.

Nuestro plan abraza dos puntos:

1° Pedir con toda la fuerza de nuestra voluntad y por todos los medios justos que nos sea dado, hasta conseguirlo, que se creen colegios en donde la mujer pueda aprender una profesion, una carrera científica, que la ennoblezca y la independice.

2° Secundar con fé y perseverancia esa instruccion pública, por medio de la enseñanza doméstica, que todas debemos dar á nuestras hijas.

Eduquémoslas para cualquier posicion social que el destino les depare. No las habituemos al lujo, que siempre es ruinoso en las familias, por acomodadas que sean. Llamemos su atencion sobre las necesidades que sufren multitud de madres viudas ó desamparadas, que no pueden proporcionar, no digo educacion, sinó ni el necesario alimento á sus hijitas, jóvenes como las nuestras y sin esperanza en el porvenir; y ejercitemos su esquisita sensibilidad y bellos sentimientos haciendo que ellas mismas nos acompañen con el mayor sigilo á socorrer y consolar á esas pobres madres y á esas pobres hijas. Porque, creedme, mis lectoras, no hay leccion más elocuente para una hija que el ejemplo de su madre, ni consejo

más eficaz y duradero para todos que el espectáculo vivo de la miseria honrada. Y cuando vuestras hijas vean que existen tantas criaturas desgraciadas, que se reputarian felices con poseer el valor de las superfluidades que ellas usan, es bien seguro que modificarán sus ideas en todo aquello que no sea de verdadera utilidad; y se desprenderán de lo superfluo, y lo cederán para alivio de los necesitados; y cuando ya no tengan superfluidades de qué desprenderse, ocuparán, si necesario fuere, una parte de su tiempo en beneficio de esos mismos desgraciados.

Eduquemos nuestras hijas, vuelvo á decir, para cualquier posicion social qúe el destino les depare. Si son favorecidas de la fortuna, que sepan emplearla en provecho propio y de sus semejántes, ayudando al mismo tiempo con prudentes consejos á sus compañeros para sòlidificar esa misma fortuna, y para que produzca la mayor suma de bien posible. Y si sobreviene algun contratiempo y se ven en desgracia, entónces la esposa, buena é inteligente, en lugar de ser motivo de carga, es el faro que alumbra la decadencia; y el hombre mira entónces en la mujer á su dig-

na compañera, y la halla bien colocada, tanto en la prosperidad como en la desgracia. Y esta digna matrona dirigirá á su vez la educacion de sus hijos, porque habrá aprendido de nosotras á educarlos; y trasmitirá á sus hijos las mismas enseñanzas que nosotras le hemos dado; y de esta suerte, de generacion en generacion se irá propagando el beneficio de la educacion, y el mundo progresará, y la Humanidad será regenerada.

Hace más de un año sucedió en Chile, que, comprendiendo los hombres ilustrados la necesidad de mejorar la educacion de la mujer, se proyectó fundar un Liceo para que las señoritas pudieran crearse una vida independiente siguiendo una carrera científica, como hace tiempo que acontece en Norteamérica.

Era este proyecto un gran paso de progreso que prometia aminorar las desgracias de la mujer; y aunque sucedió lo que sucede siempre que se trata de progreso, aunque se levantó una bandada de retrógrados que de la manera más mezquina se declaró en contra de tan humanitario pensamiento; felizmente semejante oposicion no tuvo eco; y hoy tenemos la satisfaccion de ver

fundado este importante establecimiento, al que concurren muchas señoritas de todas clases y condiciones, entre las que figuran tambien de la clase más elevada de aquella sociedad.

Si yo fuera hombre, impulsaria á los chilenos á levantar una estatua al que realizó esta bella y trascendental obra, *Don Miguel Luis Amunátegui,* pues su nombre debe ser inmortalizado, y su estatua debe dominar siempre en ese establecimiento, para estímulo de la juventud generosa y progresista, y baldon de los estacionarios mezquinos y egoistas.

Dedícale del fondo del corazon este pequeño recuerdo una de sus admiradoras, ya que tuvo la fuerza de sostener la verdadera causa en bien del oprimido, contrarestando denodadamente el tremendo empuje de una oposicion tan formidable como insensata.

Concluyo, mis queridas lectoras, este capítulo, exhortándoos á que trabajemos cuanto esté de nuestra parte por vencer nuestra natural apatía; y yo os aseguro con toda mi alma que habremos logrado una obra colosal: LA EDUCACION BIEN ENTENDIDA DE NUESTROS HIJOS, Y ESPECIALMENTE DE

NUESTRAS HIJAS, para no volver jamas á ser pequeñas.

Es verdad que tan ímprobo trabajo algunos esfuerzos nos ha de costar; pero siendo la obra grande, más meritoria y más satisfactoria será nuestra tarea.

CAPITÚLO XIX

Regreso á la patria

Como todas las cosas tienen su término, se acercó la época de regresar á Chile.

Debo confesar que era grande mi indecision, pues estaba perfectamente avenida con el modo de ser y con las costumbres de aquella alta sociedad; pero llegó una carta de mi hermana política en que me anunciaba que mi suegra, en Santiago, estaba muy en peligro, y deseaba tener el consuelo de vernos ántes de abandenar este planeta, y fué preciso decidirse.

Mi hija aceleró esta resolucion, pues estaba inconsolable, deseando ir cuanto ántes á ver á su mamá abuelita; sentimiento que halagaba mucho mi corazon, pues yo lo habia fomentado en el suyo, advirtiéndole, siempre que era oportuno, que debemos prestar culto al agradecimiento, y más aún tratándose de esa santa mujer, que fué para mí una tiernísima madre desde que me uní

á su hijo. Ella habia sido la que en todas mis desgracias me consolaba, y me tenia mimada y hasta regalona. Tal es el afecto abnegado de la madre cristiana: ella suple los tesoros de la maternidad con su minucioso cariño.

Es necesario—dije á mi hija—hacer este último sacrificio por nuestra idolatrada madre, por que ella es digna de él bajo todos conceptos: despues nos volveremos á Paris, en el seno de la verdadera amistad.

Sí, allí encontré, tal como puede soñarse, la poesía de la amistad, pura, verdadera, sólida; y con la verdadera amiga se siente una fuerte para soportar las fatigas de la vida.

Dos fueron las amigas que más me demostraron su afecto en los últimos dias, una chilena y otra francesa.—La amiga francesa me acompañó hasta la estacion, haciéndome tantas demostraciones de cariño, y tantas manifestaciones de sentimiento por mi separacion, que yo estaba confundida, y me enternecia sobremanera esa grandeza en la pura amistad. Renovaba los cariños durante el trayecto á la estacion, sintiendo no haberme servido más; lamentándose de sus

circunstancias de entónces, que eran muy distintas á las de la época en que su padre vivia, como General, al lado del Emperador. Manifestaba á cada instante el deseo de que le escribiera de continuo, pues queria saber siempre de mi porvenir.

Parecerá una exageracion; pero es necesario que me creais, mis lectoras: existe en la Tierra la verdadera amistad, con todos los consuelos que le son propios y que la acompañan, consecuencia precisa de la educacion ilustrada que adquiere la mujer cuando se cultiva su inteligencia, su razon y su sentimiento.

Salí de Paris en la noche del 9 de Abril, habiendo permanecido nueve meses en aquella encantadora ciudad.

Al dia siguiente á las tres de la tarde llegamos á Burdeos. El Cónsul de Chile, á quien íbamos recomendadas, salió á recibirnos; y por la noche nos acompañó á su casa y nos presentó á su familia.

Pasamos la velada muy agradablemente con las amables bordelesas, muy interesantes bajo todos conceptos. Nos pidieron noticias de Paris, nos hicieron cantar, y á su vez ellas nos complacieron tambien en el piano.

Por fin, nos despedimos muy satisfechas de tan simpática familia y de sus relaciones; y del Cónsul, hasta el dia siguiente, en que vino á acompañarnos hasta el vapor.

El dia 11 de Abril nos embarcamos abordo del *Puno,* que es tan grande, tan cómodo y tan magestuoso como el *Corcovado.*

Sin embargo, todas esas ventajas desaparecieron ante una tremenda borrasca con que principiamos nuestro viaje, presagio sin duda de los pesares que me aguardaban en Chile. En efecto, hay cierta intuicion que nos previene de lo que nos espera, que si es desfavorable no tenemos el valor de creer, de pensar en esa especie de vago aviso que nos advierte que tal vez podamos evitar en parte el presentido contratiempo.

Yo me hallaba en este caso: presentia los sinsabores que más tarde experimenté, y no tuve valor para considerarlos detenidamente, sin duda porque mi destino debia cumplirse.

Luego que el vapor rompió la marcha, fué tanto lo que me impresioné, tanto lo que me entristecí, que no pude reprimir el llanto, y lloré copiosamente. ¡Qué contraste! ¡Al salir de Chile

estaba contenta; al ausentarme de Francia, muy afligida!

En estos momentos, cuando más abstraída me hallaba, vino mi hija diciéndome que la niñita del Sr. Corradi, el amigo italiano enfermo con quien fuimos á Italia, venia abordo con una señora, y vestidas ambas de riguroso luto. Como Eva es míope, creí que se equivocaba; pero me acerqué y tuve una gran sorpresa. La señora con quien la niña venia, era la sirvienta trasformada, civilizada; aquella sirvienta con la cual salió de Chile, y de quien yo no quise nunca hablar por temor de desagradar á mis lectoras, pues era repugnante su modo de vestir desaliñado, y sobre todo su desaseo. Pero ¡oh poder del ejemplo! un año no cumplido de vivir en aquella atmósfera europea, bastó para trasformar aquella montaraz en una señora, bien vestida, con regulares maneras y hablando bastante bien el italiano.—Su saludo, apénas me vió, fué echarse á llorar; por lo que comprendí la desgracia acaecida á aquella pobre huerfanita, que iba sola en poder de una doméstica. A mis instancias me refirió ésta el triste suceso y lo mucho que le

encargó el difunto llevara á su hijita á Chile, donde tenia su fortuna y su tutor.

Tanto me enterneció que acompañé á la fiel sirvienta en su justo sentimiento; y me propuse servir en cuanto me fuera posible á esa pobrecita huérfana, durante la navegacion, y entregarla despues en Valparaiso á la persona á quien su moribundo padre la recomendó.

Este suceso me hizo comprender una vez más, que Dios habia hecho un gran beneficio á mi hija, en conservar mi existencia hasta entónces; y mi abatido espíritu cobró nuevos ánimos, pensando que tal vez los tristes presentimientos que yo tenia serian producidos por los recuerdos de mis antiguas desgracias. Con este motivo, pues, me permitiré dirigir algunas breves consideraciones, no á las madres de familia, como en el capítulo precedente, sinó á las hijas.

Vuestra madre, amiguitas mias, se toma muchos cuidados por vosotras, en quienes cifra todo su orgullo, y en quienes reposa toda su satisfaccion, y quiere por tanto que seais inteligentes, hermosas y de elevados sentimientos. Si ella es todavía jóven, se eclipsará en vuestro obsequio;

y si de edad madura, se despojará de todo en beneficio vuestro. En cambio, pues, de sus bondades, ayudadla en su difícil obra, mostrándoos llenas de esquisita atencion con vuestra madre. No imiteis á esas jóvenes caprichosas, llenas de egoismo y vanidad, que están siempre de malhumor. Conozco señoritas tan poco razonables, que á fuerza de pesares han causado la muerte de los que les dieron el sér. Desagradables respecto de su madre, jamás tienen para ella esas dulces palabras que tanto cautivarian su corazon; y si alguna vez le dirigen alguna sonrisa ó se dignan hablarle con ternura, es tan solo cuando se proponen pedirle algun favor.

En la mesa no despliegan los labios, manifestando siempre un aire de contrariedad.

La desgraciada madre, herida por esta indiferencia, las más veces calla y se reduce á gemir en silencio.

Fijaos, amigas mias, en lo poco que os expongo, y tratad de evitar á vuestra madre el menor sinsabor, pues no podeis imaginaros el veneno que haceis penetrar en su corazon cada vez que la contrariais.

Nuestro regreso no ofreció novedad alguna digna de referirse, á no ser su monotonía, la ausencia absoluta de objeto de distraccion, á lo cual contribuyó mucho la falta, no ya de amabilidad, sinó de civilidad del Capitan, quien llegó hasta prohibir á los oficiales y contador que hablasen con los pasajeros.

En todo el Atlántico solo hicimos escala en Pernambuco, Bahía y Montevideo; pero sin bajar nosotras á tierra. En Montevideo desembarcó gran número de pasajeros; pero como habia que pasar la cuarentena, quedaron en la isla de Flores, poco distante del puerto.

Habiendo habido mucha neblina aquella mañana, se acercó demasiado el vapor á la costa y varó. Así permaneció tres dias, durante los cuales vinieron de Montevideo muchos buques de guerra en su auxilio, cuyas maniobras nos sirvieron de gran distraccion. Luégo que el vapor salió á flote, presenciamos una operacion en extremo interesante: la sumersion de un buzo que iba á examinar el casco del vapor. No dejó de impresionarme el ver tanto aparato de vestidura del buzo, descender al fondo del mar y permane-

cer allí tres cuartos de hora. Luégo subió á la lancha, se sacó el casco y máscara de hierro, con tamaños ojos de cristal, tomó coñac, se mojó las manos con lo mismo, fumó un cigarro y volvió al agua. Finalmente, sacó de la mariposa mucho cable enredado y declaró hâber encontrado el buque en perfecto estado de poder continuar el viaje.

Sin embargo, todavía faltaban para concluirlo dos malos pasos: el Estrecho de Magallanes y el Archipiélago de Chiloé, que yo temia más que á toda la navegacion; y tan justos fueron mis temores, que en el Archipiélago tuvimos que sufrir un furioso temporal de tres dias, durante los cuales creíamos á cada instante sucumbir.

En estos terribles momentos en que las olas combatian como débil caña el vapor; en que éste subia por inmensas montañas de agua y de repente descendia á los abismos; una profunda tristeza se apoderaba de mí al considerar que mi hija pudiera perecer allí, y sentia anticipadamente remordimientos.

Era tan grande la borrasca, que un doctor polaco, que habia viajado por todos los mares

del globo, me decia: «No volveré á pasar este infierno. Quise venir á Sudamérica por ver el Estrecho; pero no volveré jamás por aquí.»

Viendo que este caballero era persona muy instruida; que poseia muchos idiomas; que conocia los usos y costumbres de la generalidad de los pueblos, sus leyes, etc., traté de instruirme con su trato y sus reflexiones. Notaba en él una cosa extraordinaria: cuando yo hablaba sobre la vida, su objeto, sus consecuencias, la diversidad de caractéres en los hombres, ó bien discurríamos sobre el poder de los elementos organizados y puestos en la esfera por el Eterno; este sabio hablaba con tal profundidad y de una manera tan sentenciosa, que me dejaba estasiada; y sin embargo, la mayor parte del dia la pasaba jugando con las criaturas, y como un muchacho de pocos años, saltaba, se les escondia, les formaba juegos, etc.

Preguntándole yo por qué era así, me contestó: que para vivir en el mundo habia dedicado á la Humanidad doce horas; ocho para dormir, y solo dos ó tres para sí, porque si dedicaba más tiempo para él, seria más infeliz.

Un dia, deseando conocer su opinion sobre mis asuntos, le pedí consejo sobre lo que yo deberia hacer caso de morir mi madre política, contando yo con que nos quedaria poco, y teniendo en cuenta mi idea dominante de lograr una posicion que me permitiera colocar convenientemente á mi hija.—« Entónces, señora—me dijo—para lograr V. sus deseos, no deberia V. estar donde estuviera su familia, deberia irse á vivir á otra ciudad. »

Comprendí en toda su extension la verdad de este consejo, y me propuse ponerlo en práctica tan pronto como me fuera posible, esto es, así que percibiera la herencia que pudiera corresponderme.

Al acercarme á Chile, al país donde habia pasado mis primeros años, y del que solo recordaba amarguras y desengaños sin fin, sin haber tenido un solo momento de verdadera expansion, pues jamas encontré el eco de mis sentimientos; temia, y temia con fundamento, el que volviese á eslabonarse la cadena de mis desventuras; y mi ánimo decaia y se debilitaba, pues volvia ya con alguna mayor luz de los mundos que habia cono-

cido, y los males futuros se me representaban con espantosa realidad.

Mi anhelo era grande por saber qué era lo que me convenía hacer, qué trabajo deberia emprender; pues, como ya os podreis figurar, mis lectoras, yo volvia escasa de recursos, y tenia que pensar como hombre de negocios. Pero me encontraba impotente bajo todos conceptos; el problema de mi vida se reasumia en esta exclamacion: ¡SOY MUJER! y con esto explicaba mi difícil situacion.

SEGUNDA PARTE

MIS VICISITUDES

CAPITULO XX

Llegada á Chile

El 20 de Mayo de 1874 á las tres de la tarde llegamos á Valparaiso.

Yo habia escrito anticipadamente á mis amigas que llegariamos en el vapor *Puno,* é iriamos á descansar por una noche en casa de ellas; pero no habiendo recibido mi carta y hallándose entónces fuera de Valparaiso, nos fuimos á un hotel, y al dia siguiente á Santiago, presurosas de abrazar cuanto ántes á mi madre política.

Queriendo evitarle la impresion que necesariamente debia producirle la sorpresa, nos dirijimos ántes á casa de una hermana de mamá, quien

nos dijo que ésta se hallaba algo mejor; pero que habian creido que moriria, y que aún no estaba fuera de peligro.

Luégo que se preparó el ánimo de mamá, pasamos á abrazarla, y nos instalamos en su casa; y era de ver cómo esta virtuosa señora daba sin cesar gracias á Dios por el beneficio de habernos traido salvas de tantos peligros.

Algunas semanas despues, mamá, aunque algo delicada, estaba ya restablecida. Nosotras seguimos en casa por algun tiempo más.

Una cosa me mortificaba mucho desde mi llegada á Chile. Cuando me hablaba cualquier persona, extrañaba las ideas tan apocadas, tan faltas de fé, á veces tan egoistas. ¡Qué raras me parecian las costumbres, y sobre todo las malicias de las conversaciones! Me sentia inquieta; iba poco á poco perdiendo la benéfica tranquilidad de la buena sociedad europea, echaba de ménos su ilustracion, ese móvil que nos da vida, inspiracion. Y entónces sentia en mi interior una voz secreta que me decia: *Vete de aquí, vete de aquí!*—¿Por qué, pues, no me iba yo?—Por que *el destino* (como dijo Jesus cuando se acercaba su pasion) *tiene que cumplirse, á pesar nuestro.*

Esto contribuyó de tal modo á desmejorar mi salud, que todas las amigas notaban el cambio que iba operándose en mí.—¡Cosa singular! Al llegar á Chile las amigas en general me habian encontrado rejuvenecida; algunas llegaron hasta decirme que parecia menor que mi hija, y era frecuente entre las desconocidas tomarnos por hermanas. Sin embargo, al cabo de un año de haber llegado á Santiago, me ví obligada á abandonarlo, é irme con mi hija, que tambien se sentia cada dia peor, á Valparaiso, buscando nuestro remedio universal, que son los baños de mar.

Aunque me costó bastante tiempo y trabajo, por fin me establecí en Valparaiso, dedicándome á la enseñanza del canto y piano. Pero mi ánimo sufria mucho cuando algunas veces tenia que tratar con gentes de pocos alcances, que no comprendian mi abnegacion en dejar á un lado las preocupaciones sociales, y dedicarme al noble trabajo de la enseñanza; porque ¡triste es decirlo! en América el trabajo de una señora es, en general, considerado con las ideas más mezquinas; y lo que en Europa es un honor, aquí casi es una deshonra.

CAPITULO XXI

Las particiones, la voz interior y nuestro destino

Como si todos los males que me rodeaban no fuesen bastante para mi prueba, recibo noticia de la muerte de mi madre política en circunstancias en que mis asuntos iban bien, divisaba algun porvenir, y en que todo podria convenirme ménos ausentarme de Valparaiso . . . . . ¿Qué hacer? . . . . . Paciencia.

Pasados los primeros momentos, mi cuñada me llamó á la particion de bienes; pero no pareciéndome conforme el ocuparnos del asunto cuando todavía era tan reciente la irreparable pérdida que habiamos sufrido, suspendí mi ida á Santiago hasta el siguiente mes, en que fuí y nombré apoderado, en calidad de heredera y como curadora de mi hija Eva. En seguida regresé á Valparaiso.

No obstante la mejor posicion en que me co-

locaba el fallecimiento de mi suegra, comprendí que ya iba acercándose el tiempo de mi salida de Chile, é instintivamente me apresuraba en activar las particiones. Entre tanto la voz secreta que en mi interior sentia no cesaba de repetirme: *actívate, actívate, porque si no te apresuras, sufrirás más.*

Esta constante advertencia me obligaba á recomendar á mi apoderado la mayor actividad, pues ya habíamos acordado mi hija y yo volver á Europa, en lo cual ella estaba más animada aún que yo. Pudiendo como podiamos vivir allí de nuestra renta, si bien económicamente, nuestro objeto era seguir estudiando en aquellos centros, donde seguramente no hubiera faltado á mi hija una colocacion digna, que era todo mi afan; pero . . . . . nuestro destino (*que debe cumplirse, á pesar nuestro*) habia dispuesto muy diferentemente las cosas. Así que, el tiempo iba pasando, y apesar de mis continuas instancias, mi apodorado no hizo nada, viniendo por último á comprender que en la otra parte habia interes en demorar toda diligencia.

Entre tanto, yo veia acrecentarse cada dia

más en Chile la terrible crisis, cuyas naturales consecuencias no podian dejar de encarecer la vida, y reducir el valor de la propiedad; y como nuestra herencia consistia en fundos de la ciudad, hé aquí que el perjuicio que tales dilaciones nos causaban era grande. Por tanto, resolvimos levantar la casa de Valparaiso y trasladarnos decididamente á Santiago, á fin de acelerar el término de las particiones.

Fatalmente fuimos á alojarnos en casa de unas amigas, cuyos consejos, tal vez dados con buena intencion, labraron nuestra desdicha. Sin embargo, si yo hubiera atendido á las repetidas advertencias de esa voz secreta que me hablaba interiormente en los primeros instantes de nuestra estada en aquella casa, ciertamente que nuestro porvenir hubiera sido muy diverso; pero los desatendí, y en haber desatendido esas inspiraciones, tuve el castigo. Cuando el mal no tenia ya remedio, pues estaba inoculado ya, abandoné aquel domicilio y me dediqué con todo empeño, y á costa de los mayores sacrificios, á la terminacion de la testamentaría.

Así discurriendo las cosas, y sin saber á qué

atribuir la causa, observaba en mi hija una profunda displicencia que la conducia al extremo de encontrar pésimo todo cuanto yo hacia, y hasta la cosa más insignificante la molestaba. Creyendo yo que esta desagradable disposicion de ánimo era efecto del mal estado de salud, á fin de tranquilizarme, llamé su atencion y le pedí explicaciones de su rara conducta para conmigo; pero . . . . ¡ni una sola palabra me contestó! ¡Cuan poco comprendia esta hija, Dios mio, lo que su madre la idolatraba, y el martirio que le hacia sufrir con su silencio! Sin embargo, creyendo que todo eso no era mas que un capricho pasajero, callé y sufrí.

Por último, llegó el dia aciago en que mi infortunio se manifestó de improviso en toda su magnitud: mi hija, aconsejada por aquellas amigas; dominada su voluntad por la de un pariente de ellas, y apoyada en la autoridad local, abandonó á su madre para unirse . . . . al hombre *que el destino le habia deparado.*

¡Dios clemente!

Tú que ves cuán favorables han sido siempre mis deseos para con mi hija; Tú que sabes que

toda mi felicidad se cifraba en la felicidad de la que tantos sacrificios me ha costado; Tú que has presenciado mis clamores, mi agonía; Tú, Señor, juzgarás de mi conducta al oponerme á su union.

¡Pobre hija mia: yo te bendigo!

¡Quiera el Cielo que en medio de tus desventuras te acuerdes de la que te dió el ser con la misma ternura con que ella se acuerda siempre de tí, pues ni el tiempo, ni la distancia, ni las ingratitudes, ni las amarguras porque ha pasado y pasa tu infeliz madre, no han podido jamas impedir que ella llore sobre tu memoria y te bendiga!

CAPITULO XXII

El paso de los Ándes

Luégo que mi hija se casó, me fuí á tomar baños á Valparaiso, para restablecer mi quebrantada salud y poder emprender el viaje que deseaba realizar por la Cordillera.

En Valparaiso me aconsejaron que me viniera por mar á Buenos Aires, por ser largo y expuesto el paso de los Ándes; pero yo reflexionaba que abordo, *sola,* llevaria recuerdos más tristes; y ademas, me proponia venir poco á poco, segun me lo permitiera mi salud, haciendo alto y descansando en algunas ciudades.

Contra todas mis esperanzas, no hallé en los baños de mar el restablecimiento de mi salud, que siempre habia logrado; y no pudiendo hallar consuelo en mi nueva y máxima desgracia, resolví venirme, aun á riesgo de perecer en el camino.

Arreglé mis asuntos muy á la ligera, pues mi angustia no me permitia dedicarme á ellos con ahinco; y no obstante la contraria opinion de los facultativos, pues afirmaban que en el mal estado de salud en que me hallaba, me exponia á morir en la Cordillera, salí de Santiago de Chile en lamentable estado de abatimiento, despues de haber escrito una carta de despedida á mi inolvidable hija.

¡Hija mia! Si el recuerdo del afecto que siempre te he profesado, de los sacrificios que por tí he hecho, de las lágrimas que por tí he derramado, conmueven algun dia tu corazon (que siempre fué bueno) y sientes pena por mis amarguras; ven á mis brazos, que yo te consolaré, probándote una vez más que la madre es hechura de la Providencia, y por consiguiente, que es la única que tiene por sus hijos sentimientos verdaderamente púros, verdaderamente abnegados.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Llegué por ferro-carril á *Santa Rosa de los Ándes,* pueblo situado al principiar el camino de la

Cordillera, é hice alto con ánimo de esperar allí alguna de las familias que me habian anunciado podrian acompañarme. La divina Providencia, que vela siempre por el desgraciado, hizo que ese mismo dia se presentase poco despues de mi llegada en casa de unas inmejorables amigas, un sugeto que viaja por la Cordillera acompañando las señoras, pues es muy atento y se toma muchos cuidados por ellas. Su aspecto me agradó, revelaba ser muy bueno; pero no me resolví á emprender el viaje hasta esperar dos ó tres dias á ver si llegaba alguna de las familias que me habian anunciado. Más tarde vino un caballero amigo de la casa donde yo estaba recomendándome al hombre como inmejorable, muy atento, inteligente y muy paciente. Sin embargo, esperé más de lo que creia, pues al segundo dia me dió otro ataque tan fuerte, que demoré cuatro dias más en aliviarme un poco. El médico declaró que era una gran temeridad emprender un viaje tan penoso; pero yo no hice caso. Por una parte las familias que yo esperaba habian partido durante mi indisposicion, y mi conductor no podia esperar más por tener que volver todavía á Chile;

por otra parte, la voz interna que en mí hablaba me decia: *Anda, anda, pasa pronto la Cordillera; si no te apresuras, ya no la pasarás este año, porque graves inconvenientes, que no estará en tu mano allanar, te lo impedirán.* (*)

Esto me dió temor porque tal vez despues me tocaria un mal conductor y me enfermaria más, y dije: « No importa que esté enferma y que vaya sola; la divina Providencia me acompañará; estoy resuelta á todo lo que pueda sucederme. »

Como estaba en tan delicado estado, las buenas amigas donde yo me habia alojado, acomodaron todas mis cosas, pues yo no me sentia capaz de nada.

Al decirme el conductor (que se llama Mauricio Mendoza) en aquel tono grave y receloso, propio de quien tiene que administrar un remedio y no se atreve á interrumpir el sosiego del paciente: « *Señora, vamos que es tarde,* » sentí una emocion tan extraña en todo mi sér, que jamás se me borrará: quedé como insensible, en un estado de vaguedad mental y corporal inexplicable; sentí una impresion que solo el reo á

(*) Más adelante tendremos la explicacion de este presagio.

quien notifican la última pena podria comprender. En ese momento creí que mí destino iba á cumplirse!.... y desfallecia ante la prueba!..... y me sentia morir, dejando atras á mi única y amada hija, á esa hija que en la mitad de mi existencia habia sido mi valor, mi fortaleza, mi númen, mi alegría, y que entónces todo lo habia perdido con ella!

Despues de un largo silencio, en el que mis amigas me contemplaban sin proferir un acento, comprendiendo que se operaba en mí una lucha extraordinaria, hice un sobrenatural esfuerzo, como el último esfuerzo del moribundo, y dije: «*¡Que se haga la voluntad de Dios!.... Vamos.*»

Abracé á mis tiernas amigas, que veian mi abatimiento y lloraban en silencio mi desventura. Ellas me habian visto feliz con mi hija, viva hechura mia, y con quien me identificaba enteramente. ¡Cuántas veces seguí sus consejos, viendo que pensaba como yo!

Encontrándome ya en la mula, clamé á mis amigas rogasen por que mi peregrinaje en la Tierra concluyera bien.

«Luégo que pase la Cordillera—les dije—si

es que llego viva, sacaré mi armoniflauta y cantaré mis pesares, para recibir siquiera mi triste eco. Mi pensamiento será entónces con vosotras. . . . Adios. »

Eran las cuatro de la tarde del dia 20 de Marzo de 1877.

Mi conductor se habia posesionado de tal modo de mi delicado estado, que me conducia y me cuidaba con la mayor amabilidad y paciencia, complaciéndome en todo cuanto las circunstancias del mal camino lo permitian.

Para pasar la Cordillera úsase de un antifaz que preserva cara, oidos y cuello, de unos anteojos que preservan la vista y de unos espesos guantes, porque las manos es lo primero que suele quemarse. Si por acaso se desprende alguna parte de esta rara vestidura, y nos da el aire, al momento quema el cútis, poniéndolo negro, ó por lo ménos del color de los indios. A veces es tan sutil y penetrante, que, no obstante las precauciones que se toman, diseca, priva y hasta corta las extremidades del cuerpo. Tal es la naturaleza maligna de este aire, que allí llaman *apunado.*

El expresado antifaz tenia para mí un doble motivo de estima: podia llorar en plena Naturaleza sin ser vista; y á fé que el sitio se prestaba para ello. Así que, no se pasaba una hora en todo el camino que no lo regara con mis lágrimas.

Sin embargo, fuí contemplando el variado panorama que se desarrollaba ante mi vista, y traté á menudo de distraerme, admirando la gallardía de aquellos cerros que iba costeando, y observando que hasta la luz se vé cambiar de tono, segun la forma del paisaje.

Mi estado de salud solo nos permitió hacer en ese dia una jornada de cinco leguas, y al llegar á *Rio Colorado,* hicimos alto. Ántes de apearme oigo con estrañeza que uno de los empleados de aquella aduana me llama por mi nombre.— «Vaya—dije—esto es curioso: ni entre los cerros soy desconocida.» En esto, un sugeto, que al principio no conocí, vino á bajarme de la mula; mas como estábamos á oscuras, pues eran las siete de la noche, le pregunté quién era, ántes de bajarme. Dióme su nombre, y ví que era un antiguo conocido de mi marido y que yo no habia

visto hacia muchos años. Este encuentro me animó mucho, pues era natural que él hiciera que allí me atendieran aquella noche como mi delicado estado lo exigia. Este sugeto me presentó despues otros compañeros, y aunque me sentia muy fatigada, estuvimos un rato en sociedad.

Aquellas noches que se pasan en tales caminos, tienen mucho de novelesco, y, frecuentemente, mucho de pavoroso. Figuraos, lectoras mias, que la gente que á veces se aglomera en tales sitios de jornada no puede cobijarse en aquellas estrechas casuchas; y entónces forzoso es acomodarse en los *corredores,* separados del corral de las bestias por simples pilastras. En su alfombrado piso de abrojos, tiende cada cual la cama que consigo lleva; y hecho esto, los peones que acompañan, echando mano del equipaje que una lleva, hacen un parapeto al lado de la cama por donde viene el aire, y entréguese usted, por la razon ó la fuerza, al descanso, esperando estar á oscuras para desnudarse, esto es, esperando que la hoguera de la cena se estinga.

Este singular alojamiento en noches oscuras,

y en medio del desierto, me dió mucho que meditar. «¡Dios mio!—exclamé—¿no será una locura lo que yo he hecho? Ahora más que nunca comprendo que estoy enteramente en manos de tu Providencia, y tengo cumplida fé en que ella sabrá cuidar de mi vida mejor que yo. Dame, Señor, el reposo que mi quebrantada salud ha menester.»

Es inútil decir que aquella noche la pasé completamente en vela.

Ántes de aclarar seguimos el viaje, pero con más valor. Mi buen conductor iba explicándome todas aquellas particularidades curiosas que forman la historia de esos caminos, y decia:

—En ese paraje, señora, dicen que hay un entierro de plata. Muchos son los que han trabajado por descubrirlo; pero no han dado con él. Fíjese V. bien, señora, á ver si su buen instinto le hace conocer el lugar aproximadamente.

Y yo me sonreia de la candidez del buen viejo. Más adelante añadia:

—Ve V. aquel peñasco, señora?

—Sí lo veo, Mendoza, ¿cuál es su historia?

—Pues al revolver de aquel peñasco se encontraron un dia asesinados dos pasajeros, sin que se haya sabido por quién ni por qué.

—Y esos sucesos, ¿ocurren con frecuencia?—le pregunté.

—No, señora; gracias á Dios son raros.

Un poco más tarde dijo:

—Allí en aquel repecho, señora, quedaron helados años atras varios pasajeros, y aún pudieron salvarse frotándolos con nieve.

Y de esta suerte, Mendoza iba refiriéndome mil anécdotas, que yo le agradecia mucho, pues contribuian á hacerme más llevadera la pesadez del camino; porque desde que salimos de *Santa Rosa de los Andes*, íbamos subiendo por caminos cada vez más pendientes, hasta que por último tenia que inclinarme tanto hácia adelante, que no podia estar sobre la silla sin asirme con fuerza de las crines de la mula; y como su paso era tardo, encontraba las jornadas muy largas y pesadas, iba rendida y á veces no hallaba postura que tomar en la silla. Este dia aprovechamos el primer sitio á propósito para almorzar, y me apeé con este motivo, y despues me acomodaron

una de mis maletas para que reposara algunos instantes.

En estos viajes hay que llevar todo lo necesario para la manutencion, y aun los útiles para hacer la comida, pues nada se encuentra en el camino. Yo llevaba gallinas vivas, pues estaba á dieta, una regular bateria de cocina, y bastante azúcar, arroz, té, pan y bizcochos; todo lo cual componia una cárga.

Mientras los conductores hacian fuego y preparaban el almuerzo, descargaban y soltaban las mulas, todo lo cual, á pesar del cansancio, me entretenia; yo hacia reflexiones sobre mi destino: ¿Qué iba yo á hacer en otra parte? ¿Me iria bien?—Imposible, me decia á mí misma; mi vida entera ha sido un tejido de desventuras, un martirio prolongado; ¿como podria ser ahora diferentemente?—¿Llegaria, al ménos, salva de tanto peligro como me rodeaba?—Y la voz secreta que en mi interior sentia me contestaba: *Adelante; déjate conducir, ten fé.*

En la segunda jornada llegamos al pié de la Cordillera, habiendo pasado la mayor parte del camino costeando una ladera, siempre subiendo

cada vez más pendiente. Esta ladera, que salia del cordon interminable de cerros, tenia á veces muy estrecho el camino; de un lado, el cerro; del otro, la profundidad del abismo, que poco queria mirar por no aterrarme más. Al fondo de las profundas quebradas, veíase un torrentoso rio, cuya agua tenia á veces distintos colores, segun los reflejos de la luz, y distintos raros sonidos, segun las malezas y piedras que arrastraba, y que retumbaban en los encajonados cerros de inmensa altura, que nunca se concluyen de subir.

La vista mejor en cuanto á vegetacion, es la de la parte de Chile. Ese grandioso desarrollo de la Naturaleza que allí se observa, es imponente hasta para aquellos que á todo se muestran indiferentes. Solo así podia yo (que iba enferma, triste, desolada) ver y contemplar con placer aquella espléndida manifestacion de la Naturaleza.

Llegamos al *Juncal*, que fué nuestro segundo alojamiento, á las ocho de la noche. Yo iba que no podia ni descender de la mula, lo cual verifiqué con grandes sufrimientos y ayudada de Mendoza y otro de los conductores, que entre

ayes y gemidos me llevaron hasta la cueva, que este es el nombre que á tal albergue podia darse.

Aunque no he visto las tiendas de los indios, no creo que sean tan bajas como aquella en que entré, para lo cual tuve que agacharme mucho. Es una especie de carpa abovedada, ó mas bien, una bóveda de horno de pan-cocer, construida de ladrillo para que pueda resistir el peso de las nieves de todo el invierno; y es tan pequeña como baja, pues estrechamente cabíamos la hija del posadero y yo, que fuimos las que dormimos allí aquella noche. Con este motivo estuvimos discurriendo sobre el resto del viaje, y me dijo (tal vez por consolarme, pues no era exacto) que ya habia andado lo peor del camino; que la Cordillera (pues estábamos al pié de ella) no era tan peligrosa, si bien para pasarla debia ir abrigada.

Estando en este diálogo, que nosotras teníamos de cama á cama y á oscuras, oigo andar por la cueva algunos pericotes, animal que me causa terror, y pedí que durmiéramos con luz; pero ¡oh percances de viaje! un momento despues de haber prendido la vela, los tales animalitos se la llevaron, encendida como estaba, dejándonos por

segunda y última vez á oscuras, pues ya no habia mas velas.

No hubo, pues, mas remedio que presenciar á oscuras los repetidos ataques que aquellos huéspedes estuvieron dando á los restos de la cena.

Al dia siguiente me abrigué con pieles y lanas, y, puesta sobre mi mula, empecé á subir la Cordillera.

Por esa cadena de los Ándes tan renombrada en todo el mundo como una maravilla geológica, y tan justamente temida por los peligros que su pasaje ofrece; yo, débil mujer, quebrantada de salud, sola, y cada vez más sola (segun el mundo lo entiende) sobreponiéndome á todos los elementos, iba á pasar . . . . sin conocer bien el término de mi viaje, sin mas objeto que huir de mi desventura, sin otro norte que me guiara que aquella voz íntima que á cada paso resonaba en todo mi sér repitiéndome: *Hija mia: resígnate á tu infortunio, es tu destino, tú lo has querido, no desmayes, ten fé en Dios, Él premiará tu sacrificio, Él te salvará, valor.*

Así pues, amables lectoras, no dudeis que todo debemos esperarlo de Aquel que nos defiende de

todos los peligros en general, y sobre todo, nos fortalece para resistir toda clase de pruebas, en medio de nuestra gran debilidad.

Íntimamente convencida de estas verdades, y dispuesto mi ánimo al combate entre la vida y la muerte, principié á ascender la atrevida montaña. Una calma inesplicable llenó todo mi sér; y á fé mia que venia á tiempo, pues fuimos encerrándonos cada vez en mayores precipicios; por momentos era tan estrecho el camino, que casi no cabia la dócil bestia, la cual se paraba á cada instante en medio de la pendiente á tomar resuello; y esta posicion era para mí tan arriesgada, que solo podia permanecer sobre la silla asiéndome fuertemente de la crin y adhiriéndome al cuello de la mula; y estos esfuerzos que yo hacia me tenian muy agitada, y con la agitacion y los sustos desapareció el frio, y ántes de llegar á la cumbre me quité los abrigos.

Como mi ánimo iba preparado para lo peor que pudiera ocurrir, sucedió que cuando yo no creia ni haber llegado á la mitad de lo que propiamente se llama Cordillera, nos encontramos sobre su cumbre.

La vista de la inmensidad me anonadó; mas, recobrada mi serenidad, mi alma se reconcentra, mi pensamiento se eleva al Cielo, y, arrobada en la contemplacion de un espectáculo tan magestuoso, exclamé:

«¡Señor!

«Cuando desencantada de la ficcion mundanal fijo mi vista en el espacio inmenso, y contemplo el curso eterno de los astros, su vertiginosa celeridad con la precision de tan colosales movimientos, su asombrosa magnitud, su número infinito, y comprendo, aunque imperfectísimamente, la grandiosidad de tu Creacion, ¡cuán sabio, cuán poderoso, cuán justo y cuán misericordioso te concibo, Dios mio! . . . . . y cuán ignorantes, cuán débiles, cuán injustos y cuán pequeños veo que somos nosotros! Entónces, Señor, siento en mi pecho una fé inestinguible, y creo firmemente en que no me abandonarás, por que Tú, que eres Padre infinitamente clemente, no puedes abandonar á ninguna de tus criaturas.»

Una especie de éxtasis se produjo á pesar mio en mí, durante el cual oí mi voz interna que me decia:

Abre tu corazon con más ingenuidad y verás centuplicado.

En Dios no hay cólera, sinó justicia. Las almas son obra de sus manos; y todo lo que de Él sale tiene que tener BUEN FIN.

Él es INMUTABLE, compréndelo bien; y lo que al principio quiso será eternamente.

Tú estás abismada, porque ántes no lo comprendistes; pero ahora estás en una nueva vida, que te servirá para tu porvenir.

¡Pobre alma! has sufrido verdaderas pruebas en todo sentido; pero no desmayes, prosigue con empeño, y así te acercarás á Él. . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

En la cumbre de la Cordillera (que por el sitio por donde la pasamos nosotros solo es de pocas cuadras de ancho) corre un viento helado, (más fuerte desde el mediodía en adelante) que corta la palabra hasta el punto de no oirse muchas veces, y suele ser mortífero; por eso se pasa de prisa y conteniendo en lo posible la respiracion; y si al cruzarla se encuentran pasajeros que van

en direccion opuesta, como sucedió él dia en que yo la pasé, se saludan con una seña y sin detenerse. Las caballerías son las que más sufren, por tener que respirar cerca del suelo, que es donde más se sienten los efectos de la *puna*.

Al principiar á descender la Cordillera, me advirtió Mendoza que tal vez bajaria mejor á pié; y al momento accedí gustosa por creerme más segura, pues era tan pendiente la cuesta de este lado, que yo tenia que ir completamente echada de espaldas sobre el lomo de la mula, y esta posicion no era como para caminar muchas horas; mas luégo que, apoyada en Mendoza, empecé á andar, ví que era imposible sostener mi cuerpo, y á los pocos pasos caí al suelo extenuada. El conductor me ayudaba á levantarme, diciéndome que luégo que anduviera un poco se me afirmarian las piernas; y yo hacia esfuerzos extraordinarios por tenerme en pié, pues en el suelo me faltaba la respiracion, la vista, el sentido. Muchas veces me sucedió esto, y creí ya morirme en esa malhadada Cordillera.

El pobre viejo tambien se sentia mal, no pudiendo ya ayudarme; yo iba perdiendo acc-

leradamente la vista, y sin el auxilio de los compañeros, ambos hubiéramos sido víctimas de la *puna.*

Fatalmente habiamos soltado las mulas, que se fueron solas é iban léjos, junto con las de la carga. Mendoza entónces, haciendo un esfuerzo, les silbó y gritó, y al momento volvió uno con las mulas, y entre ambos pudieron colocarme sobre la mia. Una vez allí, y mediante algunas tomas de agua con vino, fuí recuperándome un poco.

Cinco leguas mortales de malos pasos y de rápida pendiente tuvimos que bajar. Uno de estos pasos que se halla ántes de llegar al *Puente del Inca,* lo forman dos cerros unidos por sus cumbres con enormes peñascos, unos sobre otros, donde no hay camino ni posibilidad de hacerlo, porque los dos cerros son perpendiculares y rectos. Pues bien: por estos peñascos tuvimos que pasar. Cuando ví que mi guia enderezaba por allí, diciéndome: « tómese fuerte, señora; » me así de las crines con toda la fuerza que suele prestar el instinto de conservacion, me tendí sobre el pescuezo del animal, cerré los ojos y lo

dejé ir á su instinto. La bestia pasó brincando el precipicio. Es admirable la inteligencia de estos animales para tales caminos: puede decirse que están en su elemento. ¡De qué extraordinario peligro no acababa de salvarme! ¡Yo que soy tan tímida para el caballo . . . . haciendo pruebas de equitacion con riesgo de perder la vida en aquellos abismos!

Y para que se vea lo que son rarezas; en un llano que vino despues, con el deseo de llegar pronto á la posada del *Puente del Inca,* hice caminar más ligero á la mula; el aire me ladeó el sombrero; eché mano á él inadvertidamente, y encabritándose la bestia, me arrojó por detrás al suelo.

Y Mendoza que iba delante y solo oyó el golpe de mi caida, se admiró que despues de pasar sin novedad por tantos peligros, viniera á caer en una llanura.

Entónces echaba yo de ménos el mar, pues aunque tal vez con mayores peligros, siquiera el cuerpo no sufre, va cómodamente, está una acompañada, atendida. . . . Pero no habia que pensar en ello: aunque estropeada y herida, de-

bia conformarme, y me conformé pensando que eran percances de ese fatigoso y difícil viaje, y considerando que me hallaba en un camino del cual ya no podia retroceder.

Por fin, llegamos al *Puente del Inca,* donde tuve el gusto de encontrar tomando baños á un antiguo amigo de la familia, y donde yo me proponia descansar de tanta fatiga y proporcionarme algunas cosas que me hacian falta; pero Mendoza no queria hacer alto en ese sitio, por no haber buenos pastos para las mulas.

Por otra parte, el alojamiento era tambien pésimo; el aire maligno, siempre apunado, me ahogaba cada vez más; por manera que viendo el guia que no podia ya tenerme de enferma y extenuada, me propuso seguir y alojarnos un poco más adelante, en mejor sitio, pero á toda intemperie, sin más techo que la bóveda celeste, ni más murallas que los arbustos; y yo accedí gustosa, pues lo mismo daba, y ademas, esa clase de alojamiento tenia para mí el interes de la novedad, que solo por las leyendas y descripciones novelescas conocia; tomar, pues, ahora una parte activa, aunque molesta por mi mala salud,

tenia cierto atractivo que creí me serviria de distraccion.

Una sola hora descansamos en el *Puente del Inca;* y en seguida continuamos el camino hasta llegar á un lugar cerca de un rio, único punto donde habia algun pasto. Pronto veremos á lo que este pasto dió lugar.

Junto á una mata grande, á falta de árbol, bajaron mi cama; y allí me arrojé vestida, no teniendo valor para más.

Sin embargo, ese rústico alojamiento tenia para mí cierto encanto, producia en mi ánimo ese abandono de ideas en medio de una inmensidad solitaria, del magestuoso silencio de una Naturaleza que parecia muda, pues ni el eco de ella misma se sentia.

Me contemplaba (con los compañeros que allí éramos) un grano de arena, de impalpable polvo, que ni pensar acertadamente sabíamos, ni mucho ménos comprender á Dios. Yo misma me compadecia de nuestra miseria, y tuve momentos en que, extasiada, creíame trasportada á otras esferas, pues mi espíritu tomaba rumbos deseonocidos y sublimes, que no acertaba á comprender.

Y cuando volvia en mí de ese éxtasis, sentia un raro goce con la fé que este estado producia en mi ánimo, alimentando mi espíritu, dándome fuerzas y haciéndome entrever, en medio de mi poquedad y miseria, la mano del Creador del Universo que me señalaba sus obras.

Entónces sentí un vehemente deseo de escribir, pues mil ideas extrañas se agolpaban á mi mente; y comprendiendo que la misericordia del Omnipotente no se cansa de enviarnos sus Ángeles para que nos guien, para que nos impulsen, nos fortalezcan y nos consuelen; me incorporé en mi humilde lecho, abrí mi maleta, saqué lápiz y papel, y, dejando correr mi mano casi sin voluntad, escribí el siguiente coloquio:

—Decidme, Querubines: ¿Cuál es la gloria del Señor?

—Recibir al pecador purificado; lo cual viene con el poder del trabajo que le costó la expiacion. Purificaos, pues, con ardor, por medio de la caridad, y os elevareis al trono del Señor.

¡Caridad! palabra sublime, virtud divina!—¿Cuándo será el dia en que todas las mujeres te fomenten con la fuerza que nos legó el Sal-

vador? Entónces sereis fuertes, entónces sereis poderosas, entónces sereis grandes.

—Verdad sublime de la esperanza: tú nos alumbras el camino de la vida; ven á recibir el culto que mereces: yo te adoro.

—Sigue, pobre infortunada, sigue adelante en tu idea con firmeza, aunque se te presenten grandes escollos. El pesar que te agobia por la pérdida de tu hija, atraerá hácia tí el bien: déjate llevar por la caridad de tus guias.

—Anhelo solo tranquilidad, bien lo sabeis.

—Pues bien, la tendrás; sé austera contigo misma, aprende á conocer para qué fuiste puesta en ese mundo. Los montes, los valles, las praderas cumplen su destino, porque la voluntad del Eterno es inmutable. Así, debeis, oh mortales, apaciguaros . . . . . .

. . . . . .

Estaba yo ensimismada, cuando vinieron á ofrecerme un mate mientras se preparaba la comida; y lo acepté, pues la sed que se pasa en esos caminos es inextinguible: tenia la boca amarga, seca la lengua y difícil la respiracion.

Viendo que se acercaba la noche, quisiéron

ponerme un techo de cuero sostenido en las ramas donde tenia apoyada la cama, pues en aquellos sitios cae tanta escarcha, que parece que haya nevado. Yo lo agradecí; pero dije que lo suspendiesen por un momento, pues tenia que escribir aún.

Venia la luna llena apuntando por el cerro que teníamos enfrente, y no queria perder las inspiraciones de que me sentia dominada...

« ¡Sublime Naturaleza! exclamé: Tú eres lo más grande, lo más sabio que jamás encontraremos.

« Tu voz no tiene fin, invade todo el Orbe; y á medida que los tiempos van pasando, encontramos ecos que causan nuestra trasformacion. »

Y la voz misteriosa, tomando el lugar de la Naturaleza, respondió:

Me has definido bien, piadosa mujer; mas yo debo añadir:

Todos los séres que me pueblan, están poseidos del bien y del mal. Así pues, si en vosotros veis grandes defectos, ejercitad la caridad, y trabajad sin descanso por mejoraros.

Los ídolos que os forjais reasumen vuestros

males. Despejad con fuerza y no os abatais, pues entónces dais pruebas de debilidad, que os hacen retroceder. Afirmaos en la inmensa Naturaleza y vencereis siempre.

Ved esa grande armonía que ois constantemente; fijaos en que ese canto de los pájaros en medio de la magestad de las montañas, domina el silencio imponente que os encanta. Estamos ciertos que ningun concierto de escogida orquesta conmueve vuestra alma tanto como el concierto de las aves y pájaros que el Eterno ha puesto en los campos.

¿No veis que no tienen vicios? Ellos son sencillos y libres como los contemplais, y manifiestan sus placeres y su fuerza con sus trinos. Ambicionad, pues, esa clase de libertad, pensad con grandeza y servios de esa escuela sublime.

Las ideas mezcladas de pasiones mezquinas son hijas de atrasados espíritus; el instinto del bien os las demuestra á cada paso.

Estudiad la constante armonía de la Naturaleza, desnuda de la mano del hombre, y su conocimiento os servirá de poderoso talisman para dirigiros en el bullicio del mundo.

La oscuridad de la noche me impidió continuar. Guardé todo en la cartera y advertí á Mendoza que podian poner cuando quisieran el improvisado techo.

Como queda dicho, mi morada aquella noche se reducia al espacio que ocupaba mi cama al pié de un solitario arbusto, limitado por una valla formada con el equipaje y los aperos de viaje, y cubierto con un cuero para preservarme de la copiosa escarcha.

Hallándome sumamente fatigada, luégo que tomé mi dieta, traté de conciliar el sueño, y cuando iba quedándome dormida, siento el mugido de los bueyes y vacas que se acercaban lentamente.

—¡Mendoza!—grité—¿se aproximarán esos animales?

—No tenga usted cuidado, señora,—me contestó con una calma verdaderamente mendocina—que es hacienda que anda de noche con sus conductores.

Mientras tanto sentia á la cabecera de mi cama ruido de ratas; y pensé que eso era muy propio y natural del género de albergue que me habia cabido en suerte; por consiguiente, me

apronté para guerrear con tales enemigas, y vencerme de una vez de lo que toda mi vida habia sido mi terror. Así pues, era preciso renunciar al reposo por aquella noche, á pesar de hallarme dolorida, quebrantada, rendida. Hice cuanto pude por espantar las ratas; pero ellas no querian irse, y si se iban, volvian en seguida, ó venian otras, porque no cesaban los rüidos.

Estando en esta fastidiosa tarea, hé aquí que las vacas iban aproximándose poco á poco hácia nosotros, pues no habrán olvidado mis lectoras que nos hallábamos en medio del *único regular pásto* que por allí habia.

¡Pues está bueno!—dije para mí.—Encontrarme en un inmenso campo abierto, durmiendo entre abrojos, acompañada por las ratas y visitada por los bueyes, es realmente muy curioso. No hay duda que seria un interesante asunto digno del pincel del célebre paisista D'Azeglio; pero visto de noche á la luz de la luna, que ya se perdia entre los cerros, y alumbrado con solo el resto de la llama del fuego de nuestra cena.

Pensando todo esto, no habia advertido que dos vacas estaban ya muy cerca de mí.

—Pero Mendoza, por Dios, que nos van á comer.

—No tenga usted cuidado, señora—volvió á contestarme medio dormido—que es hacienda mansa.

—Pero si andan al rededor de mi cama. Espántelas.

—No tenga usted cuidado, señora, que no harán nada. ¡Muchacho! ve á ver esos animales *qué quieren.*

Levantóse el muchacho dando tumbos, y no hizo nada, pues estaba enteramente adormecido.

—Vaya—dije—no hay mas que espantarlas yo misma.

Y así me llevé la mayor parte de la noche dándoles gritos y haciendo ruido para que no me husmearan como pasto.

Pero no parecia sinó que aquellos animales hacian estacion al pié del arbusto, pues unos se iban y otros venian; y lo único que de vez en cuando, y entre sueños, decia Mendoza, era: «qué hacienda tan grande, que no acaba de pasar nunca.»

Así concluyó aquella por tantos títulos memorable noche.

Al siguiente dia estaba mi techo cubierto de nieve, pero sin que yo hubiese experimentado frio.

Montamos á caballo y continuamos el camino, que nada ofreció de particular en aquella jornada; y por la tarde llegamos á *La Punta de las Vacas,* que es el mejor alojamiento de todo el camino.

Allí eran los directores del albergue una señora y su hijo; y díjome Mendoza que podia hacerme algunos remedios, pues eran buenas gentes, y seria regular se encontrasen los recursos necesarios.—En efecto, hallé en aquella gente caritativa, aunque todo sencillo, un buen servicio y mucha amabilidad. La dueña me hizo varios remedios en aquella noche y todo el dia siguiente, pues fué imposible moverme.

Al segundo dia por la noche, sintiéndome ya más aliviada, y queriendo demostrar mi agradecimiento á tan humanos huéspedes, les dije que iba á tocarles un instrumento musical que conmigo llevaba.

Eché, pues, mano al armoni-flauta y toqué varias piezas, lo cual les dió tanto gusto que todo

el mundo se animó. Luégo, unos caballeros que habian llegado hacia una hora, mandaron pedir permiso para entrar. Se les concedió, y entraron tres, que conocí eran personas distinguidas. Uno de ellos se adelantó manifestándome que el amigo que estaba tomando baños en el *Puente del Inca,* le habia encargado se informara de mi salud, pues quedaba cuidadoso por el estado en que iba, y al mismo tiempo se me ofrecia con sus compañeros, diciéndome que me acompañarian hasta el punto donde se separa el camino que conduce á San Juan, que es adonde ellos se dirigian; á lo que accedí gustosa, pues en mi estado delicado podria empeorarme y ser necesaria su ayuda.

Despues seguí tocando algunas piezas que me fueron indicando; y ellos no cesaban de manifestar la admiracion de oir música en aquellas alturas; y lo agradecieron tanto más cuanto que en las muchas veces que habian hecho ese mismo viaje, jamas habian tenido tal sorpresa.

Un momento despues se retiraron, y yo quedé con los dueños de casa, quienes me pidieron cantase una cosa triste.—«Tengo realmente un

compromiso—les dije—con unas amigas mias de cantar luego que pasase la Cordillera; mas no sé si mi salud me lo permitirá: voy á hacer un esfuerzo por complacer á ustedes y cumplir con mis amigas.» Reflexioné ademas que cualquier cosa que yo hiciera seria de mucha distraccion para aquellas buenas gentes que tan caritativamente me cuidaban; así que no vacilé, y canté naturalmente con toda la melancolía y todo el sentimiento de que mi corazon estaba poseido.

Estaba embebida en mis ecos, cuando se me aparecieron dos de los anteriores caballeros pidiendo les permitiera que volvieran otra vez, pues estando ya recogidos habian oido mi voz, y no habian podido resistir al deseo de estar presente, que aquella noche formaria un grato recuerdo en sus viajes.

Me sonreí al ver el efecto causado, y canté otra vez; pero ya no pude continuar, pues me sentia fatigada.

Al siguiente dia continué mi viaje medianamente descansada y repuesta, lo que me hizo sobrellevar bastante bien las cuestas del célebre *Paramillo de las Vacas*. El tal Paramillo es,

como si dijéramos, otra Cordillera, no tan pendiente, pero en gran parte igual. Sin embargo, anduve siete leguas sin molestarme tanto, pues me hacia el ánimo que aquel dia teniamos que andar muchas más para llegar al otro alojamiento.

Para almorzar hicimos alto en la falda de un cerro; y estando allí sentada, ví venir dos enmascaradas con unos niños y peones que las acompañaban.

«¿Qué es esto?—dije para mí—¡Yo he visto otra vez á estas mujeres, á este valle, á este cerro, á todo este paisaje: en fin, yo conozco este triste cuadro que se presenta ante mi vista; y sin embargo, yo jamas he pasado por aquí! ¿Qué significa esto, pues? . . . . . ¿Acaso se realizará ahora el ensueño que tuve cuando era niña? Forzoso es que yo conozca á estas viajeras.»

Y esto diciendo, me quité la máscara y los anteojos, para que, caso de conocerme, vinieran á hablarme.

Efectivamente, apénas me distinguieron, en-

derezaron las mulas hácia donde yo estaba, se apearon y se descubrieron el rostro.

Reconocílas por una familia de Valparaiso, á quien hacia muchos años que no veia. No tenia con ellas lo que se llama amistad; pero nos encontrábamos de visita en algunas casas de amigas. Ellas venian de San Juan. Se admiraron de hallarme allí, y *sin mi hija;* y yo les referí mi desventura, mi afliccion, de la cual huia desconsolada.

Luégo que descansaron unos instantes, continuaron su viaje á Chile.

Ya, pues, se habia realizado en su mayor parte mi precitado ensueño, así como tambien se habian realizado otros. Faltaba solo que esa jóven que acompaba á su madre, tal y como en otro tiempo me acompañaba la mia, se casase contra la voluntad de la que le dió el sér, como la mia se casó.

El ensueño á que me refiero fué éste: Siendo niña aún, soñé que iba por un camino angosto en la falda de un cerro, y que mi corazon estaba cubierto de tristeza por las muchas pérdidas que habia experimentado, siendo la de mi hija

la mayor de todas; que estando en ese camino divisé á unas señoras con máscara, que vinieron hácia mí, resultando ser una conocida mia y su hija; que entónces nos contamos recíprocamente nuestras penas; y finalmente, que esa hija que la acompañaba, de la misma edad que la mia, se casó á disgusto y contra la voluntad de su madre.

Tal fué mi ensueño, que hasta aquella fecha se habia realizado al pié de la letra. Desde entónces, nada he sabido de aquella señora, y por consiguiente ignoro si habrá tenido lugar la última parte del profético ensueño.

Concluido el almuerzo, emprendimos nuevamente el camino, y despues de mil molestias y mil sufrimientos, llegamos á las nueve de la noche á *Uspallata*. Los compañeros (que se habian adelantado) salieron á recibirme, y me bajaron de la silla, pues yo no podia moverme ni tenerme en pié, y tuve que pasar media hora afirmada en un poste, con todos mis dolores.

Despues, con mil quejidos pude hacer (siempre ayudada) algun ejercicio caminando.

¡Dios eterno! lo que es el destino de la cria-

tura! venia sin saber á qué ni por qué! huyendo de mi desventura, y pasando tantas angustias!

Al dia siguiente se despidieron los compañeros de viaje: ellos tomaron el camino de San Juan, y yo me dirijí por el de Mendoza, yendo á parar por la noche á *Villa Vicencio,* último alojamiento afortunadamente; pero para llegar á él tuvimos que pasar otro paramillo dichoso. Desde su cumbre me mostró mi guia la ciudad de Mendoza, que solo se veia confusamente desde aquella elevacion.

Una de las particularidades de este paramillo, fueron unas calles formadas de cerros, por las que íbamos caminando. La altura de estos cerros es tan grande, que en pleno dia queda el fondo de las calles á média oscuridad, lo que les dá un áspecto bastante lóbrego. El paso de las mulas y la conversacion de los viajeros producen un eco particular, que varia segun la configuracion de los cerros.

A las ocho de la noche llegamos á *Villa Vicencio.*

Estando los cuartos empapados de humedad y mal olor, hice poner mi cama en un corredor;

pero ántes de amanecer tuve que vestirme, por temor de ser vista, y me tendí despues en la cama esperando la hora de partida. (Refiero todas estas particularidades, precisamente para que se conozcan todos los inconvenientes que este viaje de la Cordillera ofrece para las señoras.)

En *Uspallata* habia yo puesto un telégrama para que desde Mendoza salieran á buscarme con un coche á *Los Hornos,* punto situado á seis leguas de la ciudad.

El camino que media desde *Villa Vicencio* hasta *Los Hornos,* es el mejor que anduve en todo el viaje; de modo que yo iba más contraida en mis reflexiones. Miraba con ternura casi filial á aquel buen anciano de mi guia, cuya paz inalterable, cuya paciencia y cuya amabilidad lo hacian á mis ojos tan apreciable. ¿Quién sabe si yo hubiera podido pasar la Cordillera con otro guia que no tuviera tan recomendables condiciones? O cuando ménos, ¿cuánto no me hubiera hecho sufrir cualquier otro conductor? Deseo, pues, que estas líneas sean para mi buen guia, Mauricio Mendoza, un testimonio de mi aprecio y gratitud por lo mucho y bien que me cuidó.

Iba á concluir mi viaje, y creí concluirlo sin mas tropiezo, cuando una cuadra ántes de llegar á *Los Hornos,* se espantó la mula nuevamente y me arrojó por segunda vez al suelo. Esta vez me lastimé mucho una rodilla, y no sufrí más porque caí en tierra blanda.

Cuando subí al coche, fué tanto el placer que tuve al ver que salió á escape, y tan aburrida estaba del paso tardo de la mula, que no quise contenerlo. Volando pasaba por aquellos vericuetos; pero nada me importaba, me creia ya salva, y por consiguiente quedaba para mí resuelto el problema del viaje por la Cordillera.

CAPITULO XXIII

Mendoza

Llegada á Mendoza, me apeé en un hotel.... « de cuyo nombre no quiero acordarme. »

Como dos horas despues de mi llegada, ví entrar á mi conductor con el equipaje. « *Señora*—me dijo—*hasta aquí llega mi compaña.* »—Yo le manifesté mi profundo reconocimiento, no solo con mis expresiones, sinó de la manera que debia hacerlo respecto de quien tantos cuidados se habia tomado por mí; y relativamente, hice lo mismo con los peones. Al despedirse me dijo Mendoza que vendria su señora á verme y ofrecérseme. Su ingenuidad me enterneció; y le manifesté deseos de que viniera él tambien á verme alguna vez, lo que efectivamente hizo más tarde.

Pasados los primeros dias, luégo que con el descanso y los cuidados recobré las fuerzas perdidas en tan fatigoso viaje, mandé á su destino

las cartas de recomendacion que llevaba para varios sugetos de aquella ciudad, los cuales vinieron aquel mismo dia á ofrecerme sus servicios; así que con la mayor prontitud y facilidad me relacioné con lo más distinguido de aquella sociedad, teniendo la suerte de haber adquirico muy buenas amigas, que me dieron repetidas muestras de afecto.

Los caballeros que allí conocí, y algunos antiguos amigos que me conocian desde la época en que vivia mi esposo, tambien me prestaron algunos servicios. Entre estas personas exige la justicia que haga especial mencion de D. Ramon Regueyra y su estimable esposa, la familia del señor Bombal y D. Manuel Sayanca, Director del Colegio del Salvador de aquella ciudad, y su apreciable señora, á quienes debo particulares servicios y atenciones, que solo se pagan sintiendo, como siento por ellos, muchísima gratitud.

La ciudad de Mendoza es bonita, alegre y con buen clima; sus calles, muy rectas y anchas, muchas de ellas con buen arbolado. La principal calle, que es la de San Nicolas, es una especie de *boulevard,* rodeada de hermosos árboles y con

una grande acequia de riego. Esta calle es la más comercial, está llena de tiendas, de casas de registro y tiene tres Bancos.

Hay tambien varias regulares plazas; pero hay una, la Plaza de Armas, segun unos, ó Plaza Municipal, segun otros, que pocas ó ninguna en la República le llevarán ventaja.

Extraordinariamente grande, contiene un inmenso jardin, dividido en varias secciones de formas diversas, en las cuales se ven glorietas, cenadores, laberintos, calles de variados arbustos, que forman hermosos matices, y un cerrito artificial hábilmente construido, al que yo ascendia muchas mañanas por un camino rodeado de galerias rústicas, cubiertas de odoríficas plantas, y á cuyo extremo se vé un puente del mismo órden artísticamente ejecutado. La cumbre de este cerrito, que es ovalada, está rodeada de asientos, y en el centro se eleva una especie de palmera que corona tan hermoso kiosco.

Desde aquel punto de vista se domina la plaza y sus avenidas. Es un sitio que para mí tenia mucho atractivo, sentia en él un indecible bienestar: me creia sola, porque me hallaba en un

lugar donde podia meditar, leer, escribir y aún hacer alguna labor, sin ser molestada; y me creia al propio tiempo acompañada, porque todo lo presenciaba desde allí.

Al pié del cerrito hay una pequeña cascada de un agua cristalina y perenne; y en medio de la plaza se vé una grande y hermosa fuente con elevados juegos de agua. Esta fuente está á mayor altura que el nivel de la plaza, y se sube á ella por unas gradas de mármol que tiene á su alrededor.

Recien llegada á Mendoza asistí á un baile de máscaras en el teatro.

Como era consiguiente, yo no conocia á nadie; pero las señoras con quien fuí, iban nombrándome las máscaras, que eran solo las señoritas, pues los caballeros iban de particular.

Una de las singularidades que noté en aquella reunion fué que las señoritas sacaban á bailar á los jóvenes. Parecia á primera vista que esto las entretendria más agradablemente; pero era todo lo contrario, pues los jóvenes rehuian de mil modos el compromiso, tal vez por ser poco afectos al baile.

En las fiestas mayas, fuí igualmente invitada. Una de esas noches se dió un baile alternado de concierto, que la Sociedad de Señoras de Beneficencia daba para adquirir fondos con que llenar los deberes de su piadosa institucion; y allí tomé parte con sumo gusto, no obstante de hallarme casi sin poder cantar, pues el temperamento de Mendoza me era desfavorable, y sentia cada dia mayor opresion en el pecho.

Esa noche hubo más animacion; y puede decirse que tan escogida funcion y tan selecta reunion eran dignas de la fiesta patria.

Entre tanto, yo iba perdiendo dia á dia mi salud. La mayor parte del tiempo la pasaba enferma, á veces con ataques fuertes; y en todo comprendia que allí no debia permanecer.

Mi primer idea fué estar allí seis ú ocho meses, por hallarme más cerca de Chile, y recibir con más facilidad la correspondencia; pero sucedió una cosa muy singular: á los dos dias de haber yo llegado á Mendoza, se cerró la Cordillera por un temporal, y despues otro, y otro; por manera que una parte de mi equipaje no alcanzó á venir.

Todos me decian: « Parece que usted sabia que iba á cerrarse la Cordillera, por el apuro en venirse tan enferma. Esto no ha sucedido de treinta años á esta parte. Generalmente se cierra á fines de Mayo; y ahora ha ocurrido á fines de Marzo, dos meses ántes. »

Entónces comprendí claramente el significado y el valor del presagio de mi voz interna cuando me decia: *Anda, anda, pasa pronto la Cordillera; si no te apuras ya no la pasarás este año, porque graves inconvenientes que no estará en tu mano allanar, te lo impedirán.*

Solo al cabo de un mes recibí cartas de Chile; despues no habia ya esperanzas de recibir más. Esto me hizo comprender que yo no estaba allí bien, pues que si por la distancia me hallaba cerca de Chile, por las dificultades de la comunicacion estaba á mayor distancia que si residiera en Buenos Aires.

Pero mi tenacidad se resistia á comprender lo que en mí se manifestaba. Cada dia me hallaba más enferma; sentia una pesadez en todos los miembros, que no podia vencer; llegué casi á postrarme, pues me costaba mucho vestirme y

desnudarme. Muchas veces en la calle sentia una voz como si álguien anduviera á mi lado y me dijera: *Cúlpate á tí misma de tu estado. ¿Qué haces ahí? vegetas? sufres? ¿Por qué eres tan tenaz? ¿No conoces que tu destino está en Buenos Aires? . . . . ó quieres perecer aquí? Vete, vete luego, y tu salud se mejorará.*

Y yo me decia á mí misma:

« Esperaré, esperaré todavía algo; puede ser que me mejore. »

Entónces veia á los médicos, cambiaba de sistema; pero cada dia iba peor. Hacia cuanto mis amigas me aconsejaban; y sēguia peor aún.

Un dia estaba tan abatida que creí haria crisis la enfermedad, cuando, despues de una gran conmocion en todo mi cuerpo, seguida de una relativa calma, oigo de nuevo la voz que en mí siento hablar, que me dice: *Sé cuerda, hija mia, ¿no ves cómo estás? ¿Y todavía no te decides? Si, pues, no partes esta semana ¡ay! en la otra ya tal vez será tarde, pues una terrible enfermedad te amenaza. El destino te llama á Buenos Aires. ¿Qué esperas?*

Todo esto lo sentia en mi interior, sin darme

cuenta de cómo podia oir la voz de un sér que no veia. Y sin embargo, yo replicaba: «Pero el clima húmedo de aquel país, ¿no me pondrá más enferma?»—Y todavía volvia á sentir en mí la voz que decia: *Es tu destino.*

Era, pues, necesario decidirme, no solo por este constante y benévolo aviso, sinó porque mis males se agravaban hasta el punto de no poder moverme sin gemir, de no poder andar sin cortárseme al instante la respiracion.

Mis buenas amigas multiplicaban sus atenciones y cuidados conmigo, y procuraban con el mayor empeño y de mil modos disuadirme de la partida, hasta metiéndome miedo con los indios; pero yo no pude acceder, á pesar de lo doloroso que me era desprenderme de tan grata compañía—Que mis queridas amigas reciban este recuerdo con tanta benevolencia como en mí es la gratitud que siento por todas las pruebas de sincera amistad que me prodigaron.

CAPITULO XXIV

De Mendoza á Buenos Aires

Salí de Mendoza el 15 de Junio á las seis de la mañana, en la mensageria.

Iban tambien en ella una señora con su esposo y otros varios viajeros de San Juan.

Andando el camino, me mostraban los lugares donde habian venido los indios, y me referian los estragos que habian hecho, los cautivos que habian llevado y los martirios que solian dar á estos cautivos: todo lo cual me tuvo en gran zozobra hasta que pasamos el peligro.

Llegamos á San Luis; y como yo estaba tan delicada, me quedé allí tres dias para descansar y poder seguir el viaje en la inmediata diligencia. Llovió tanto en esos tres dias que no alcancé á conocer nada de la poblacion.

Dos dias despues de salir de San Luis, llegamos á Villa Mercedes, desde donde seguimos el viaje en ferro-carril.

Esta poblacion es bonita y alegre. Dijéronme que vivian allí algunas familias indias; y aunque deseaba verlas, no me fué posible, pues solo estuvimos dos horas en el hotel.

Salimos á las dos de la tarde para ir á alojar nos á Rio 4°.

En lo mejor del camino, cuando íbamos atravesando las interminables Pampas, de repente se paró el tren. Eran las siete de la noche. Como no era estacion, tratamos de averiguar la causa, y resultó que se habia descompuesto la máquina, y no podíamos seguir. Fué necesario mandar un hombre á caballo á Rio 4°, á pedir una máquina, que vino á las once de la noche.

Una hora despues llegamos á Rio 4° donde permanecí tres dias para reponerme de la fatiga del viaje.

En el hotel donde estuve hospedada, conocí dos familias establecidas en aquella poblacion; y habiéndose dado un concierto la víspera de mi partida, me invitaron á tomar parte en él. Yo les dije que mi salud no lo permitia de modo alguno; pero tanto se empeñaron, que no tuve mas remedio que acceder.

Lo que más agradable hizo para mí aquella reunion, fué la naturalidad y sencillez con que se conducian las señoritas y caballeros que tomaron parte en ella.

El concierto tuvo poca concurrencia; pero su ejecucion fué buena, habiendo sido todas muy aplaudidas.

Al dia siguiente á las cinco de la mañana dejaba el hotel para ir á tomar el tren. Allí oí decir que los indios estaban á seis leguas de distancia de nosotros, lo que me infundió algun temor, pues siendo poca la guarnicion que allí habia, no era difícil que en el momento ménos pensado cayeran de improviso sobre nosotros. Felizmente llegamos por la noche al Rosario sin novedad.

Esa agitacion y movimiento de gente tan natural en una estacion, la profusion de carruajes, el bullicio que todo eso produce, me causó agradable efecto. Iba ya encontrando y reconociendo las ciudades donde estaba acostumbrada á vivir: me sentia más en mi centro.

Viniendo yo deseosa de hallar alguna distraccion al profundo pesar que me agobiaba,

á la soledad en que me habia quedado, á fin de fortalecer un tanto mi abatido espíritu, y poder continuar sosteniendo la lucha de esta momentánea y miserable vida; esa agitacion, ese movimiento y hasta ese bullicio, eran otro tanto aire respirable y benéfico para mi dolorido pecho.

¡Triste condicion humana! ¿En qué situacion de la vida no se sufre?

Si una persona es rica, sus caprichos, sus pasiones tienen más fomento; y, como una consecuencia natural, tiene ménos satisfacciones, ménos complacencias, se posesiona ménos del bien que haria á la humanidad doliente ó desvalida, ejerciendo la caridad, siquiera fuera venciéndose en alguno de sus caprichos.

Si la persona es pobre, tiene en su própia vida un infierno bajo todos aspectos: á cada momento se vé humillada, *y algunas veces injustamente vituperada,* principiando por las personas de su misma familia, que la miran como si adoleciera de alguna enfermedad contagiosa.

Sin embargo, si esta persona pobre es paciente y quiere cumplir bien la prueba que trajo á la

Tierra, recibe estos ultrajes como otros tantos medios de elevarse á esa vida superior de ultra tumba á que todos aspiramos; y bendice la mano del que la ofende, y le tiene compasion, deseando abra los ojos á la luz de la verdadera vida.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Hasta llegar al Rosario tenia la idea de quedarme allí por algun tiempo; pero como siempre tengo la costumbre de pedir inspiracion y luz á la divina Providencia, que es la madre de los desamparados en este valle de miserias, medité y tomé la resolucion de seguir al siguiente dia el viaje á estas playas de Buenos Aires.

Sin embargo, habia momentos en que yo quedaba en suspenso, acordándome que me habia despedido de las amigas de Mendoza, y habia escrito á las de de Chile, diciendo que permaneceria algun tiempo en el Rosario, pues tal era mi ánimo. De modo que me encontré sorprendida de la perplejidad que se habia apoderado de mí.—¿Qué hacer? me preguntaba á mí misma.

¡Señor! Ten piedad de esta pobre viuda, huér-

fana y desamparada. Dispon de mí segun tu voluntad. Dígnate iluminarme, Señor.

Y bajé la cabeza, quedando enteramente absorta.

Un instante despues, siento en mí esa simpática voz á quien tantos consuelos debo, que me dice: *Está sin susto, hija mia. Si las cosas se te allanan sin dificultad y sin diligencia por tu parte, no pongas obstáculo á la partida. Acuérdate que yo soy aquel que te ayudó á pasar la Cordillera.*

Oido esto, hice ánimo de dejarme conducir sin resistencia por los acontecimientos.

No habrian pasado seis minutos, cuando se me presenta un hombre de buen aspecto, diciéndome que al siguiente dia salia vapor para Buenos Aires; que si necesitaba carruaje y lancha para embarcarme.

Quedé admirada al ver la claridad con que se me presentaban las cosas, y al puntó contesté afirmativamente, encargando al hombre viniera al dia siguiente.

En efecto, dos horas ántes de la partida del vapor *Galileo,* se presentó de nuevo el desconocido, puntual, atento y servicial como pocos, y

en un instante acomodó mi equipaje y lo dejó abordo, sin que yo tuviera absolutamente que ocuparme de cosa alguna.

Muy agradable me fué ese momento del embarque, que me recordaba al vaporcito que nos condujo por el Garona desde el lazareto á Burdeos.

A fin de contemplar mejor la perspectiva de las pintorescas costas del Paraná, permanecí sobre cubierta.

Y me entregué á mis pensamientos, dejándolos correr en el estrecho círculo de mi limitada inteligencia.

«Héme aquí sola, entregada siempre con implícita fé en brazos de la Providencia, con la profunda conviccion de que nada desgraciado tiene que sucederme, de que ningun peligro corre mi vida.

«He atravesado la terrible Cordillera sin el menor inconveniente, no obstante mi quebrantada salud, y espero llegar salva á mi destino.»

Mirando las aguas que íbamos dejando atras, pensaba en mi hija ¡última esperanza mia!..... muerta ya para mí! Pensaba que la distancia

iba cada momento separándome más de ella, como si quisiera que el espacio puesto entre las dos fuese el medio mejor de hallar el olvido de tanta pena.

¡Imposible! imposible!

. . . . . .

. . . . . .

Al dia siguiente, 27 de Junio de 1877, llegué á esta ciudad de Buenos Aires.

CAPITULO XXV

Conclusion

§ 1°

Mis queridas lectoras: Al dedicaros el presente trabajo, lo hice impulsada por un vehemente deseo que me anima de que nos coloquemos en el lugar que por nuestra mision nos corresponde. Salgamos de nuestra inaccion, sacudamos esa apatía que nos domina como un castigo de nuestro falso temor en manifestar nuestros pensamientos, cuando éstos pueden ser útiles á nuestros semejantes. Al tratar de la educacion de nuestros hijos, ocupemos nuestro puesto tal como queda indicado en el capítulo XVIII; y no dudeis que habremos llenado cumplidamente la mision santa que el Hacedor nos ha confiado, y cuyo cumplimiento espera de nosotras.

¡Ea! no perdamos el precioso tiempo que para ello se nos ha concedido; y así no tendremos

que lamentar, como lo hacemos ahora, el descreimiento, el materialismo y la relajacion de las costumbres, que ya desbondan. Cambiemos la ambicion de la vanidad por la ambicion del deber; la falta de respeto y conmiseracion en nosotras mismas, por la caridad; la soberbia, por la humildad en confesar nuestra pequeñez. Descorramos, en fin, siquiera sea en parte, el denso velo que oculta á nuestra vista los secretos de la Naturaleza; y así nos acercaremos al cumplimiento de nuestros destinos.

No lo dudeis ni por un instante: si algunas de vosotras os sentis animadas de los deseos que me dominan, y quereis poner mano á la obra, venid á verme, y os ayudaré con alma y vida, pues si aisladamente no podriamos superar las dificultades, acompañadas, aunque seamos pocas, formaremos una alianza que centuplicará nuestro poder y coronará nuestros esfuerzos.

Por lo que á vosotras toca, queridas lectoras, yo aconsejaria, que todas aquellas cuyas circunstancias les permitiesen ir á Europa, deberian hacerlo, no como hacen muchas, que pasan años en aquellos centros sir ver, sin observar y sin

comprender nada, y vuelven tal cual se fueron; sinó introduciéndose en la buena sociedad y visitando los establecimientos de beneficencia, de artes y de instruccion, y observando con minuciosidad, inquiriendo con anhelo y comparando provechosamente aquel estado de progreso con el nuestro, para poner en práctica en nuestro país y en beneficio de nuestros propios hijos tantos adelantos, de que no tenemos noticia sinó por referencia, y cuyas ventajas no comprendemos suficientemente para hacer una justa aplicacion de ellos entre nosotros.

Antes de conocer yo la Europa y los progresos de su civilizacion, pensaba como piensa la generalidad de las gentes: *creia que nada hubiese mejor que mi país, y todo lo referia á él;* pero luégo que conocí aquellos adelantos (y eso que solo he visto una pequeña parte de ellos) me he convencido de lo mucho que nos falta que aprender en punto á industria, y lo muchísimo con relacion á las bellas artes, á las bellas letras, al bello ideal en todas las cosas, á la estética, en fin, de la Creacion y de la vida.

Estamos todavía muy materializadas, muy

adheridas á este triste suelo, donde la materia domina la idea; y es necesario que nos elevemos, por medio de la educacion, á regiones más puras, donde la idea triunfa de la materia, y nos regenera.

§ 2°

Ántes de concluir quiero contestar á una objecion que sé que me habeis de hacer.

—«Tú (me direis) has dado á tu hija la mejor educacion que era posible; has formado su corazon inculcándole desde su más tierna edad todos los buenos sentimientos, todos los principios de moral y de virtud que debian más tarde hacer de ella una hija virtuosa, amable, discreta y obediente. ¿Cómo, pues, esta hija tan bien educada, y por quién tú te has afanado y sufrido tanto, te abandonó?»

—Me abandonó, no porque no fuera virtuosa, amable, discreta y obediente, ni porque no comprendiera el valor de mis sacrificios, sinó porque, jóven aún é inexperta, cedió á las sugestiones de quien la aconsejó. Pero, ¿quién nos dice

que no se arrepentirá más tarde cuando conozca la falta de cordura con que obró?

¡Hé aquí mi esperanza!

§ 3°

Creo, mis queridas lectoras, que he llenado el objeto que me propuse al dedicaros esta obrita. Solo falta que vosotras sepais aprovecharos de esta sencilla narracion de MIS IMPRESIONES Y MIS VICISITUDES. Ojalá que mi experiencia pueda ahorraros los trabajos, los sinsabores y los sufrimientos que he pasado y paso aún, porque entónces mi satisfaccion no tendria límites.

Ya lo sabeis: fuí y soy muy infortunada: habia concentrado todo mi amor en mi única hija.... y la perdí.

Mi soledad me aterró; y ya habeis vísto cómo y por qué salí de mi patria.

¡Hija mia! en vano el destino me alejó de tu presencia. ¿Qué importa la distancia? Yo no puedo olvidarte: mi pensamiento está siempre en tí.

Tú fuiste un dia mi esperanza.
Tú eres ahora mi agonía.

¡Dios de misericordia!

Yo no te acuso: yo te bendigo: ten piedad de mi afliccion.

Sobre los hombros de tu hijo Jesus pesaba una cruz de madera, y él sucumbió bajo de ella tres veces. Sobre los mios gravita una cruz de plomo—¡tan grande es mi debilidad!—Fortalece Señor, mi espíritu, para que yo no sucumba bajo el peso de mi cruz, para que yo pueda soportarla con resignacion.

APÉNDICE

Mis esperanzas se han cumplido.

La piadosa educacion que dí á mi amada hija ha producido, como era natural, opimos frutos: ella acaba de escribirme una carta, que ha llegado á mis manos cuando este libro estaba en prensa.

Esta tiernísima carta, expresion viva de los sentimientos que con tanto esmero inculqué en el corazon de mi hija, viene providencialmente, no solo á mitigar el profundo dolor que me causó su separacion, sinó á probar una vez más *los felices resultados de la buena educacion.*

Hé aquí, amables lectoras, esta inapreciable carta:

Santiago, Junio 8 de 1878.

Mi querida madre:

Hace ya año y medio que nuestras relaciones

han estado interrumpidas, pero no cortadas. Parece ahora que ya es tiempo de que se reanuden, puesto que los resentimientos se habrán calmado, y que habrán vuelto á renacer en su generoso y buen corazon los sentimientos que siempre lo adornaron.

En la necesidad de casarme con el hombre á quien designé para ser mi marido, sentí que no me fuera posible conciliar su voluntad de usted (muy justa en cierta parte) con esa necesidad imperiosa que entónces me dominaba.

Ante los hechos consumados, no es justo ni racional que las afecciones de hija y madre se ahoguen por más tiempo.

Por esto hoy le escribo sin mas objeto que saber de usted y dirigirle la expresion de mi cariño, la manifestacion más viva de mis recuerdos y de mi ternura hácia usted. Ni la distancia, ni el tiempo ni los acontecimientos que alteraron nuestra comun armonía, han sido ni serán bastantes para debilitar el sentimiento profundo del gran cariño que le tengo; y aunque pasen mil y mil años, y aunque mil y mil leguas medien entre ambas, segura estoy de que siempre conservaré viva su memoria y mis

afectos. Estos sentimientos, querida madre, son los sentimientos que una hija ha recogido del alma de la misma que le dió el sér.

Creo, por lo mismo, que usted tendrá por mí igual ternura que yo siento por usted. Y así, le ruego encarecidamente que en cuanto le sea posible me escriba siquiera una letra de su mano; pero una letra completamente extraña á la desavenencia que el destino hizo sentir entre nosotras; una letra, en fin, en que me hable de su cariño por mí, de su situacion, de la manera como corren los dias de su vida, tan digna de otra suerte.

Yo me conservo, á Dios gracias, con muy buena salud, y me siento perfectamente bien en la vida de matrimonio. Mi marido se conserva tambien como yo, y pasamos los dias con sosiego, sin zozobras ni disgustos.

Hace ya dos meses que tuvimos una niñita llamada, Blanca Lila Encarnacion, hermosa criatura, que será y es actualmente la delicia de nuestro modesto hogar. Con todo mi corazon ofrezco á usted esta niña, y le suplico que acepte mi ofrecimiento como una muestra débil pero sincera de mi reconocimiento hácia usted.

Yo confio en que usted no desatenderá las súplicas de una hija que se dirige á usted despues de haber dejado pasar bastante tiempo sin escribirle, con el único objeto de que se estinguiesen completamente los recuerdos de la discordia que produjo mi matrimonio. No es poco lo que he tenido que sufrir yo misma por el silencio voluntario que he debido mantener con aquel fin. Ni es muy agradable acordarse dia á dia de un sér querido y ausente, y tener que resolverse á no hablarle para no remover cenizas que debian permanecer intactas.

Dios quiera conservarla con buena salud y darle tranquilidad y los medios de pasar la vida cómoda y dignamente.

Mi hija y yo la estrechamos desde acá, abrazándola con el más sincero y vivo cariño.

Eva Filomena Cobo de Aliaga.

Hija amada mia: Un secreto presentimiento me decia á cada instante que tú me escribirias, y que éste seria el signo precursor de mi tranquilidad.

Llenaste un deber sagrado; y al cumplir con él, derramastes sobre el corazon de tu afligida madre el bálsamo reparador, y sobre su alma dolorida el consuelo que habia menester para no sucumbir á tan dura pruaba.

Yo te bendigo, hija mia, é imploro en tu favor la bendicion del Cielo.

INDICE

Páginas

Advertencia de los Editores 3
Dedicatoria: A las Damas Argentinas. 11

PRIMERA PARTE

MIS IMPRESIONES

Cap. I—Causas que me decidieron al viaje 13
Cap. II—El Estrecho de Magallanes 17
Cap. III—En las aguas de Montevideo 35
Cap. IV—Rio Janeiro. 40
Cap. V—En el Atlántico. 55
Cap. VI—Burdeos. 72
Cap VII—Marsella 83
Cap. VIII—Génova 88
Cap. IX—Turin. 104
Cap. X—De Turin á Paris 106
Cap. XI—Costumbres buenas y costumbres malas. 108
Cap. XII—La plaza de la Concordia, el Sena y el Bosque de Bolonia. 116
Cap. XIII—El Jardin de Aclimatacion. 122
Cap. XIV—Arte musical—Sociedad de buen tono francesa—Teatros—Un baile . . . 130
Cap. XV—Tiendas de Paris 141
Cap. XVI—El Panorama de Paris 145
Cap. XVII—Museos. 149
Cap. XVIII—Educacion 160
Cap. XIX—Regreso á la Patria. 173

SEGUNDA PARTE

MIS VICISITUDES

Cap. XX—Llegada á Chile 185
Cap. XXI—Las particiones—La voz interior—Nuestro destino 188
Cap. XXII—El paso de los Andes. 193
Cap. XXIII—Mendoza 231
Cap. XXIV—De Mendoza á Buenos Aires 239
Cap. XXV—Conclusion 247
Apéndice 253

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.